

La Esfera

AÑO XIV.—NÚM. 693

MADRID, 16 ABRIL 1927

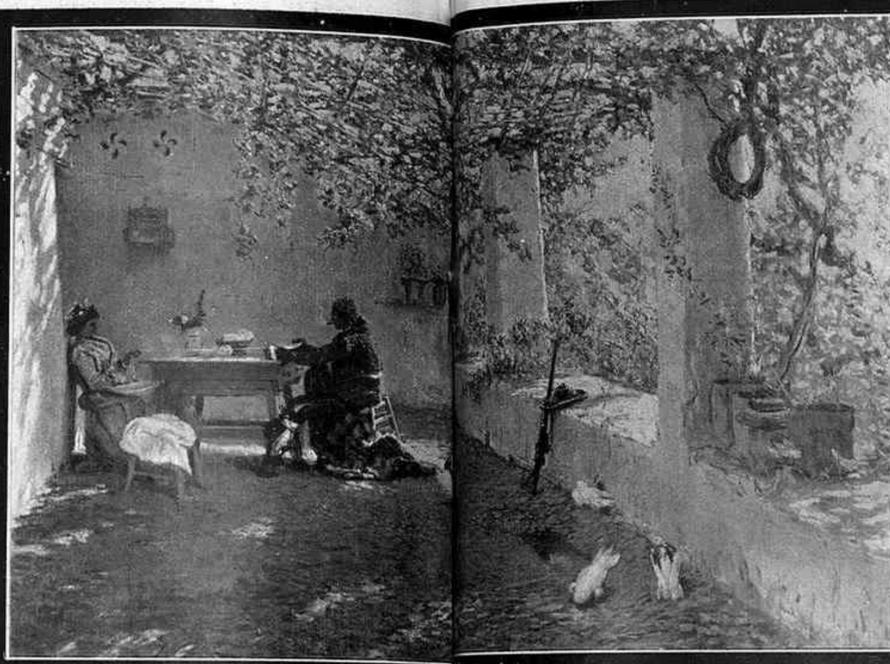
ILUSTRACIÓN MUNDIAL

Director: FRANCISCO VERDUGO



EL MAESTRO DON ENRIQUE FERNANDEZ ARBOS

Ilustre director de la «Orquesta Sinfónica de Madrid», que tan brillante participación ha tenido en las fiestas musicales organizadas en la Corte con motivo del centenario de Beethoven

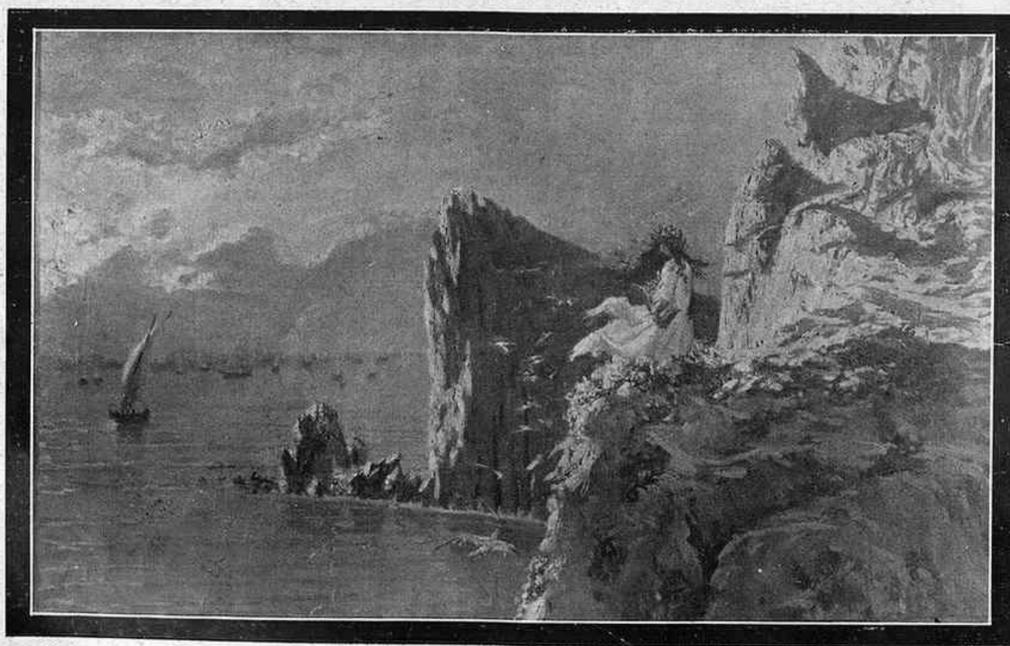


«Patio del Albaicín»

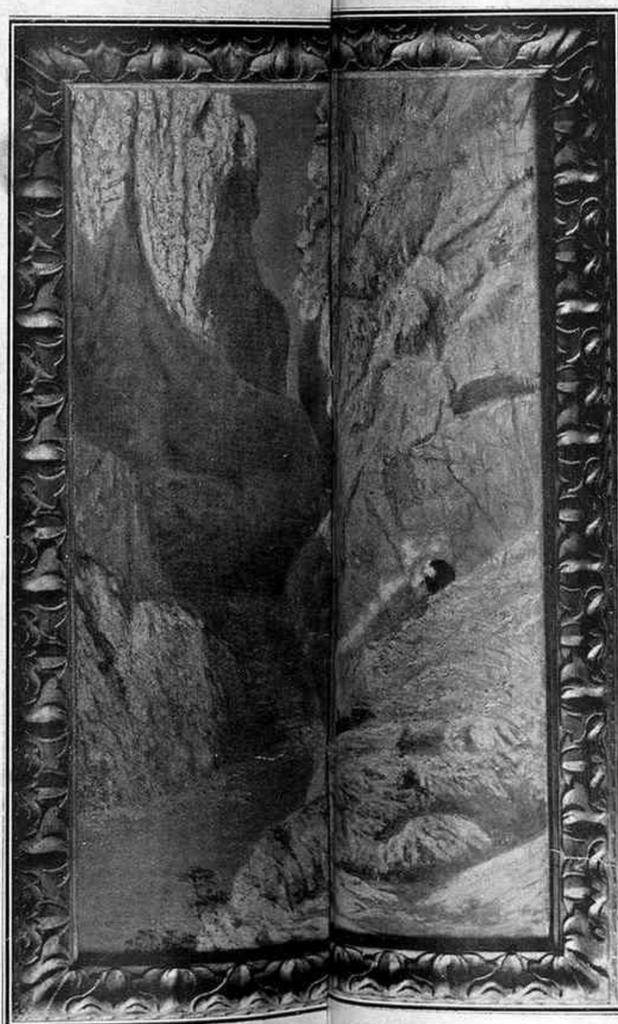
ALGUNOS CUADROS DE MUÑOZ DEGRAIN

EXPUESTOS EN EL CIRCULO DE BELLAS ARTES

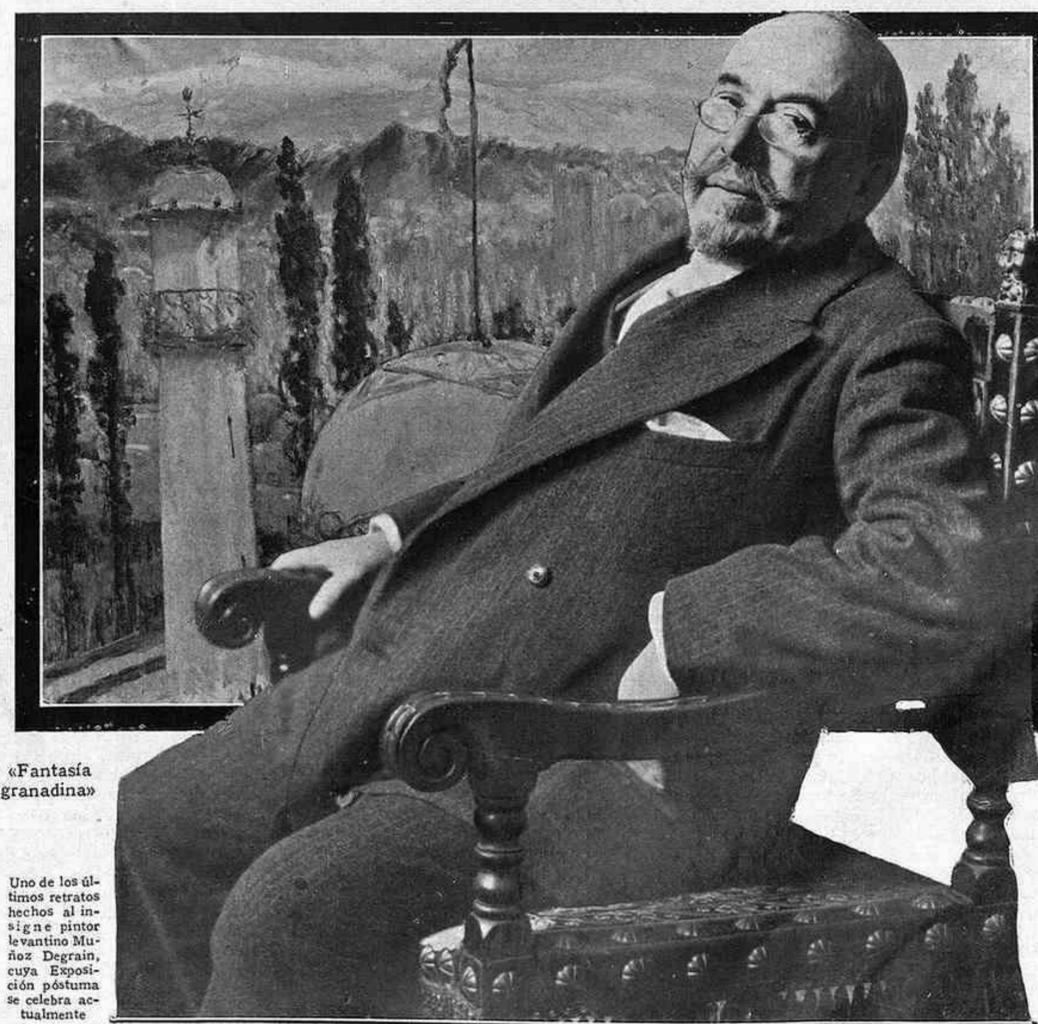
«Apunte del Albaicín»



«Lago»



«Los Gaitanes»



«Fantasía granadina»

Uno de los últimos retratos hechos al óleo por el pintor valenciano Muñoz Degrain, cuya Exposición póstuma se celebra actualmente

La Exposición Muñoz Degrain en el Círculo de Bellas Artes

CONTINÚA el Círculo de Bellas Artes celebrando Exposiciones de la más alta importancia. A las recientes de Zuloaga y los Zubiaurre, sucede ahora la de Antonio Muñoz Degrain, el glorioso artista valenciano, en quien el arte moderno español tiene una de sus figuras mejores. Ha sido organizada por el hijo del gran artista, y como era de esperar, el éxito de la Exposición ha sido verdaderamente excepcional.

Las obras expuestas responden á diferentes

épocas de la ruta artística de Muñoz Degrain, y es interesantísimo ver de esta forma las diversas facetas que fué presentando, á lo largo del tiempo, la inspiración soberana del pintor.

Su técnica, audaz y luminosa, fué la expresión ideal de su imaginación potente. Fruto de ese ferviente abrazo de las dos cualidades—técnica, imaginación—son esas obras tan diversas y tan igualmente admirables que se llaman «Los amantes de Teruel», «Jesús en el Tiberiades» y «Un chubasco en Granada»...

BLONDAS DE LUTO

Y DE GLORIA



Por el contrario, á la mujer criar el cabello le es honroso, porque en lugar de velo le es dado el cabello.

SAN PABLO: Corintios. 15 del XI.

Es cierto que la mujer da al cuerpo un valor de emoción del que sólo puede tener el hombre idea enfriando con la reflexión ese temblor de instinto. Y es verdad asimismo que, en determinados días, siente la necesidad, y acierta en modo soberano, de acentuar el relieve del poderío que lleva consigo. En algunas Razas, su docilidad de sentimiento á coerción tan honda produce cromos de encanto. Sobre todo cuando las Razas han sabido solicitar esa acentuación creando días henchidos de siglos. En la mujer de nuestra Raza, el fervor secreto de su feminidad ha hecho sangre el milagro de tal unión é incorporado al alma nacional el fuego de adentro enardeciéndole con disfraces de gracia suprema. Jamás en país alguno, ni en los que por razones de latitud é identidad de imágenes de sensualidad hubieran de parecérseles, el ropaje transparentó con tan diáfana valentía el don natural: los que en Italia han visto el mantón de flecos ceñido al cuerpo de las napolitanas ó venecianas de la «Parrocchia dell'Angelo-Raffaele» saben que es así. Las ondulaciones del encaje negro de la mantilla de Raquel Meller produjeron sensación en el Vaticano y en Roma, una sorpresa feliz de perfil propio, de fisonomía de un país de esencia irreconciliable. Prenda es la mantilla en sí de responsabilidad tal que por temeraria é imposible fué rechazada siempre desde otras Naciones á su punto de origen; pero siempre con pena muy sincera, porque entre todas las sin-

gularidades del vestir femenino es la sola suntuosidad aparte de toda moda. No disimula nada, ni favorece, ni enriquece pudores ó energías nerviosas; mas no existe una mujer, sea cual sea su raza, que no declare incuestionable la superioridad de esas blondas hispanas. Pocas estampas de tan delicioso humorismo, salvados los respetos del sexo, como la visión de un rostro extranjero tocado de mantilla de tira ó de teja. Por hermosa que la dama sea; es decir, cuanto más hermosa, bien difícil le será á su cara triunfar del burlón desenfado de esas sedas caladas que al descuido más ruin ó alborozo más inocente caen sobre las mejillas, la frente ó los hombros como lamentables visillos, cortinas, ó ribetes de cofia. A esa mantilla española le importa muy poco la perfección de la cara y asentarse blandamente sobre un talle ideal, interésale muy mucho otra cosa: la vibración, el gesto que es rasgo, la intimidad enajenada por ardentísima posesión de sí misma, la espontaneidad trémula de gracia y de sangre. Interésanle sobremanera los ojos, y en ellos el infierno de horizontes abiertos, el deleite interior mostrado fuera con descaro de doñaire. Si no son negros, bueno; si son negros, mejor; pero, oscuros ó no esos ojos, no han de dormirse en arrobamientos inefables, ni desmayarse en las iniciaciones que las blondas anticipan. Tienen aire casero esos encajes y secreto nupcial son. Son velos que han recogido en ondas una emoción sexual para sorprender con un efecto radiante.

Por eso la mantilla española es tan alegre y por eso la mantilla española es tan triste; tristezas y alegrías que tienen sabor de consagración, de renunciaciones; pero muy voluntarias y muy altivas. Y es en estos

días del Señor, días henchidos de siglos, cuando esa sacerdotisa vivifica el placer de sus sentidos sembrando en ellos éxtasis de desolación y ternuras, no del todo sensuales ni bien espirituales, de naturaleza de fuego místico, de desposorios. Mantilla blanca ó negra, ¿qué más da?... Dicen los grandes modistos de hoy que el luto tiende á desaparecer en austeridad y en duración. El color blanco invade en el mismo primer período del luto la toca de crepé, escandalizando el borde con una zona de protesta suave, dulce. El poderío del instinto femenino las mueve á proceder así. La verdadera misión de la mujer, si tiene alguna, ¿no es desdeñar la muerte?... Si es algo, ¿no es ella la vida?... De todos los atributos que á Jesús se dieron, el más bello y puro y simple es el de *Vencedor de la muerte*. Sabe la mujer que Jesús resucita. En el segundo período del luto moderno puede ya la mujer usar sus perlas sobre el negro mate de su tisú de seda, su marrocaín ó su crepé de China. Si es joven... la moda va más lejos y autoriza el vestido blanco de *voile* ó crepé romano, y el velo *Georgette* se lía graciosamente al cuello. ¿Qué importa que la mantilla sea negra ó blanca?... Si el buen sentido del hombre y hasta su lealtad, según decía Shakespeare en una de sus comedias, se disuelven en el brasero de los sentidos, de la belleza hechicera, ¿qué importa lo demás? La mujer no conoce, ni tiene por qué conocer, la generosidad mental del hombre. Rosas, muchas rosas en la mantilla negra ó blanca.



Y alta, muy alta, más alta cada vez. Diadema, corona, tiara..., es poco eso. ¿Qué raza ha inventado ó descubierto ese adorno frontal que asciende como un surtidor de ensueño para caer á lo largo del cuerpo como un manto de espuma? Hilillos invisibles unen esas mantillas á nuestras verjas catedralicias y á nuestras rejas de amor, á la policromía arrobadora de los azulejos y al plateresco de farolas, cruces arzobispales, tescros de sacristía y maravillas de froga... Lo sabe Ella también. En los *Pasos* incomparables de Semana Santa, las Vírgenes cubren su cabeza plorante con mantillas y Ella es quien las toca así, quien así las adereza. El placer y el dolor... ¿qué más da? Las lágrimas cayendo sobre los brillantes..., da lo mismo. Blondas de luto y de gloria.. «Las mujeres, dijo quien las conocía, no necesitan ser hermosas todos los días de la vida, les bastan momentos...» Y sabe aprovecharlos. Hay Razas como la nuestra, que saben ofrecérselos espléndidos. Y es en esos instantes de sangre y gloria, de dolor y triunfo, toros en la Plaza ó Jesús en la Cruz, Dios en la Custodia ó Regimientos que vuelven de la victoria..., cuando la mujer acusa fieramente la emoción de su cuerpo. Alegría y dolor..., le es igual. Por eso es tan difícil, imposible tal vez, á otras mujeres que no sean las nuestras llevar esa prenda tan sencilla. Todas saben acentuar el valor de su cuerpo. Sólo las nuestras saben burlar el dolor y el goce de la vida capeando al andar, con un profundo sentido gladiator del instante. Viendo un Pontífice una crucecilla de brillantes sobre el escote de cierta señora, dijo así: «El Calvario es digno de la Cruz». Digna es la mantilla de tal cabeza.

(Fots. Walken y Cortés)

EUGENIO NOEL

TENDIDO en la cama, rodeada de amigos íntimos, oyó sonar las dos en el reloj de la iglesia próxima, según su costumbre; y cuando la vibración última quedó por completo diluida en la tarde fragante de Abril, se dispuso á tomar el caldo con dos yemas, que su madre se obstinaba en darle, para entregarse luego en las manos de Jeromito, cuyo gracejo cambiábase en litúrgica seriedad apenas comenzaba la ceremonia del vestuario.

—¿Te has decidido por el tórtola y oro?

—Sí.

—Bien hecho. La supertisiones pal gato. Tú no eres torero de casualidad, sino de siensia.

—¡Ele!

—Y con el terno tórtola y oro vas á demostrarle á ese que esta no es una plasa de provincia, y que aquí hay que templar, dominar y colocar el estoque según manda Dios. ¿Sabes lo que te digo? Que á mí todos esos que se comen los toros crudos me paresen cobardes que huyen hacia delante, eso es.

—¡Ele que ele!

Entre las caras cetrinas, el rostro bermejo del señorito que hablaba con doctoral certeza parecía de otra raza. La llegada de una viejecilla detuvo el rumor de los comentarios, y puso en el silencio del torero una misteriosa ternura que casi le salió á los ojos. Era su madre; la que dentro de unos minutos iría á encender ante la imagen en cromolitografía de Nuestro Señor del Gran Poder, con un ingenuo sentido de toma y daca, las dos velas votivas; la que en aquel rincón madrileño había establecido una sucursal de Sevilla con sólo su acento seseante, unos cuantos azulejos, varias macetas de claveles y la cañera cartujana donde la manzanilla era una alegría dorada y fluente que dejaba—imagen perfecta de Andalucía—amar-go regusto.

Cuando Juan dejó la taza de caldo, ordenó Jeromito:

—Vamos, maestro.

Y el diestro, sumiso, se entregó á sus manos. En medio de la charla de los demás, su madre, el mozo de estoques y él, comulgaban en un silencio íntimo, apasionado. ¡Se querían tanto los tres! Por labrarle una vejez holgada, más que por ambición propia, dejó el taller de carpintería, y viajó en los topes de los trenes y saltó las cercas de los cerrados y anduvo en capeas y se hizo á mirar á los toros más que como un peligro como una esperanza. El primer traje de luces que vistió Juan, se lo ciñó Jeromito con el mismo angustioso esmero con que luego, cada tarde, en la ascensión triunfal, solía vestirlo: ensimismado, presintiendo tal vez, turbiamente, que otras manos de hueso, de un zarpazo, podrían destrozar, para arrancarle la vida, la seda coruscante, la camisa alforzada, la faja ceñida en varias vueltas y los alamares de oro.

Uno de los amigos, tras de escupir por el colmillo, dijo:

—Ese es un temerario que se juega la vida á cara ó á cruz.

Y el del rostro rojo:

—Tú llevarás siempre el noventa por ciento á tu favor, con tu vista, con tus facultades. El otro diez por ciento es del sino.

Jeromito no dijo «ele», pero asintió con un cabeceo recio. La madre susurró entonces con un doble resplandor rencoroso de los ojos bajo la suavidad de las canas;



—Eso de las competencias me dió rabia siempre. ¡El público no quiere ir á ver torear, sino á ver matarse!

—Siempre fué lo mismo, señora.

—Pues es un crimen. ¿No acabas el caldo? Luego te sientes débil y es mucha faena, hijo.

Obedeció para no contrariarla. El definidor de la tertulia seguía teorizando sobre el valor, y de vez en cuando exclamaciones de menosprecio concitábanse contra el rival. Pero Juan, empero, no se abandonaba al mal instinto; no sólo por caballerosidad, sino por justicia. Nadie como él apreciaba los méritos de su contrincante. ¿Temeridad? ¡Quién sabe! No todos los arrojos tenían que ser lo mismo. El ni un instante dejaba de sentirse sereno. Los íntimos aseguraban que apenas si una tenue palidez y el envaramiento del maxilar alteraba el color y el equilibrio de sus facciones. Pero, ¿por qué no habían de existir otros medios de ser valientes? Por automatismo profesional la cólera y el desaliento no entraban jamás con él en la plaza. Además, regía en él, desde las primeras capeas, una especie de cálculo misteriosamente lúcido: las consecuencias de cada movimiento, el éxito real de salir ileso, de jugar con la furia del toro al par que con la del público y de enriquecerse y ganar en rango también. Sus facultades se polarizaban en brazos, piernas y su entendimiento en la vista. El era torero, matador de toros, no víctima. Eso no lo formulaba así su inteligencia, mas lo sentía y propugnaba el ser íntegro. Ahora, sin embargo, hubiera querido poder torear de otra ma-

en el callejón, ante la cuadrilla dispuesta á romper plaza, Juan pensó en lo que significaba para él aquella tarde.

Ya los caballos de los alguaciles caracoleaban sobre la arena. El sol encendía más de la mitad de la plaza. Los toreros se desplegaban en tres filas, siguiendo el diámetro de la circunferencia, para ir á saludar ante el palco real donde rebrillaban uniformes y mantillas de blonda. Juan iba á la derecha, en medio el neófito, y á la izquierda el competidor que enloquecía á los públicos. Marejadas de aplausos, propagándose por el inmenso anillo humano, dejaban apenas percibir la disciplina alegre del pasodoble. Ya en la barrera pudo ver algunas caras conocidas. En el tendido nueve estaba la bella abonada que le sonreía siempre con algo fiero y prometedor. Un conocido lo llamó por su nombre, jactanciosamente... Hubo un momento de zozobra, el de siempre: ese vano angustioso entre el trueque del capote de paseo por el de faena, en que los labios de los lidiadores se resecan, una interrogativa angustia casi paraliza los músculos, y los ojos, presos en el imán del toril, atisban la roja puercecilla por donde va á salir el enemigo. Juan vió la color ceniza de su rival y sintió el orgullo de sentirse tranquilo. Un clarín, apoyándose en opaco redoble de timbales, redujo la algarabía de la muchedumbre y paralizó los tendidos cual si cuerpos, sombrillas y abanicos, colores y voces, participasen un instante del drama. Casi en seguida, el primer toro—furia, cuernos y carne hechos proyectil, mugidos—estuvo en medio del ruedo,

nera; parecer menos seguro: en sus últimos éxitos notaba algo frío. Los que llegaron á motejarle de «oficinista de los toros» casi tenían razón. Una fiesta cuyos protagonistas secretos eran el terror y el ansia de muerte, no podía ser desposeída de su aire de aventura cruel. Y en el fondo, juzgándose superior á su émulo, envidiaba aquella torpeza arrebatada que lo hacía aparecer al final de cada lance como en el resplandor prodigioso de una resurrección.

A la hora de la despedida fué un beso rápido á la viejecita, un momentáneo bisbeo entre las dos lágrimas de oro encendidas al Cristo, y una sonrisa ausente á los hostigadores, que le decían:

—Hay que quitarle los moños á ese vendedor de riñones. La afición va hoy á sa dar cuentas entre ustedes. El pobre que va á tomar la alternativa se podría quedar en su casa. ¡A apretar, Juan!

Luego, camino de la plaza, bajo la suavidad de la tarde, tras el campanillear de las mulas del cochecillo, entre el bullicio incomparablemente alegre de la multitud, tuvo la impresión de ser otro espectador más, y se interesó por las mujeres asomadas á los balcones y por las que, con el pañolón de Manila tendido en la capota, reían á torrentes ó iban con seriedad hierática, dejándose admirar. Saludó á un centauro grotesco vestido de chaqueta rojinegra y pantalones amarillos. En lo alto de un andamio, varios obreros se inclinaron á verlo pasar, y se dijo: «Para eso sí que hace falta valor.» Las calles hervían de júbilo, asoleadas, henchidas de una multitud á la vez perezosa y presurosa. Toda la vida de la ciudad contagiábase de la fiesta que unos minutos después iba á empezar con exactitud escarnecedora de la informalidad habitual en todos los actos de la vida. Sólo cuando estuvo

Tras el primer capotazo, Juan sintió serenarse las facultades, como siempre. Quería triunfar. Su primer quite fué vistoso. En el suyo, el contrincante cayó ante el bruto y Juan se llevó entre los vuelos de la capa el peligro, oyendo los primeros aplausos. Cada vez que se acercaba á la barrera, oía á Jeromo exhortarle:

—A ver, maestro.

Pero cada vez que el rival salía milagrosamente ileso de un episodio de la lidia, una voz bárbara, desde una andanada de sol, le gritaba haciendo bocina de las manos:

—¡Aprende, gallina!

La brega seguía sus trámites al mismo tiempo de terrible azar y de ceremonioso rito. El torero que tomaba la alternativa no tuvo suerte. El otro, en cambio, tras ser arañado por los cuernos en cada pase, logró una estocada certera, efectiva; y hubo un momento en que los miles de pañuelos agitados en demanda del supremo trofeo de la oreja, crearon la ilusión de que la plaza iba á echarse á volar. La voz ronca, hostil, dominaba el clamor de triunfo:

—¡Aprende, gallina!

Juan se encogió de hombros, malhumorado. Sobre los denuestos y la pasión vil del público, que desde sus asientos seguros azuzaba á los hombres hacia la muerte, turbábalo, á veces, el ruego de Jeromo ó la mirada ansiosa de cualquiera de sus peones. Al llegarle su primer toro lo toreó á conciencia. La cabeza alta, inquieta, exigía pases de castigo cuyo mérito sólo aquilataban los inteligentes. El toro tenía querencia hacia el toril y se quedaba en la suerte para buscar el bulto. Cuando, un poco desde lejos, se perfiló para entrar á matar, la voz enemiga le gritó:

—Así ya podrás, ¡cobarde!

¿Cobarde? ¡Mentira! Estaba sereno. Aquel toro era preciso matarlo así. Entró doblándose, sin cuartear, vaciando bien con la mano izquierda. La estocada fué buena; pero el toro tardó en caer y los aplausos tibios sólo se avivaron, ante su paso, ante esos sectores incondicionales que todos los grandes toreros tienen en cada plaza.

La lidia del otro toro fué muy lenta, y el cuarto, que salió con cojera visible, originó un largo escándalo, tras el cual la presidencia se decidió á ordenar la salida de los cabestros para retirarlo. El mal humor de Juan crecía: era ya malestar físico. Además, la tarde, un rato antes radiosa, se nublaba. Por los tendidos pasaban de tiempo en tiempo ráfagas de quietud y silencio. El sustituto era un toro enorme, de abiertas y enhiestas agujas. ¡Mal bicho para su competidor! Al sentirlo pasar con furia de tromba, entre espuma, bramidos y polvo, Juan tuvo casi una mala alegría. Con formidable poder, la fiera sembró el pánico en los piqueros y desmoralizó la cuadrilla. Durante otro rato nadie se atrevió á acercarse. Picado de mal modo, banderilleado de prisa, llegó al fin á manos del espada. Uno de los banderilleros de Juan vaticinó:

—Este le da pal pelo.

Y Jeromo repuso:

—¡Ele!

Al primer pase, el público, en pie, movido por ese placentero terror que es el alma de la fiesta,

lanzó un grito unánime. No. La sangre del toro y la del hombre no se mezclaban aún. Ciego, fatal, con esa brevedad fúnebre de destino que se encierra en los tres versos de las coplas sagradas del pueblo andaluz, el torero, en su ira, pretendía atropellar á la Muerte. Juan se dijo: «Y á eso llaman valor...» Y saltó la barrera dispuesto á ayudarle, igual que tantas veces; mas el otro, ebrio de soberbia, cárdeno, distendidos todos los músculos, lo detuvo con exasperado ademán y volvió contra el toro. Hubo dos muletazos más, inverosímiles; y al tercero el estoque y la muleta cayeron lejos, y lo que un instante antes era una irritada estatua, quedó convertido en flácido bulto sobre la arena ya entristecida de penumbras.

Juan miró afanosamente mientras corría hacia el grupo. Ya entre los brazos de los monosabios, el rival se alejaba. No le tocaba á él sustituirlo; mas tuvo la inmediata certeza de que el otro torero iba á ser cogido también y sintió, de pronto, que la oleada de malestar físico fundíase con una sombra espiritual hermana de la que bajaba del cielo. En vano trató de reportarse durante la breve peripecia del segundo espada. Su serenidad, su facultad habitual de análisis eran desplazadas por un desasosiego y una ceguera nuevas... ¿Era el caldo tomado á disgusto? ¿Era la conciencia de haber casi gozado con anterioridad la desdicha del que estaría ahora sabe Dios cómo, sobre la mesa de operaciones de la enfermería? Y por vez primera un fantasma de superstición nubló su juicio: «¡Tenía que matar aquel toro!»

La voz ronca de la andanada, que no era de sol ya, gritó:

—A ver tú ahora, ¡cobarde!

Juan cogió de manos de Jeromo los trastos. Antes de ir al encuentro del toro miró al redondeo del íntegro, donde todos los colores y los movimientos naufragaban en la creciente oscuridad.

Densas nubes de lluvia anticipaban la noche; la sangre y las lentejuelas metálicas de los trajes se apagaban. Una inmensa fatiga caía de los tendidos. Juan quiso reaccionar y mecanizar á ejemplo de tantas veces, su valor; mas de súbito se acordó de su madre. Esto no le había ocurrido nunca. ¡Nunca! Dió dos pases sin ritmo y el toro huyó. Al ir tras él sintió gruesas y tibias gotas de lluvia mezclarse con su sudor helado. Vanos presurosos abriéronse en las gradas. En unos minutos la plaza quedó como desierta, y él hubo de dar la vuelta, al hilo de las tablas, seguido por sus peones contagiados del desfallecimiento, tras el toro. Al pasar por el tendido número nueve miró instintivamente, como si buscara un socorro, un asidero para su dignidad, y vió vacío el sitio en que, una hora antes, la bella mujer le sonreía con sumisa fiereza. El hombre de la voz hostil debía haber huido también, porque el vacío de sus dicterios ahondábase en la tarde y en el alma de Juan; la fiera, encarnizada contra los despojos de un caballo, lo salpicó de algo viscoso. Segundo á segundo el circo acababa de perder todos sus estímulos de fiesta. Ya sólo era visible para los ojos desorbitados del torero la cabeza astada, el belfo lleno de furiosa espuma, la mole del enemigo que creciendo al igual de la noche, pateaba con tal violencia que la arena despedida por las pezuñas hacía daño al través de la seda de la media. ¡El toro y él estaban solos en el mundo! La fealdad y el tamaño del bruto hicieronle visibles casi por primera vez. Vió, además, el dinero ganado en tantos años de peligros, la vida muelle en un cortijo sevillano tras el obstáculo de los dos cuernos vengadores. Y aquel combate en la sombra, sin el acicate de la expectación, sin entusiasmo ni insultos siquiera, adquirió la súbita fealdad de una encrucijada.

Otra vez aún quiso, en vano, sobreponerse. ¡Si siquiera la voz bronca y hostil le hubiese llamado una vez más cobarde! Pero no: todo era som-

bra, lluvia, silencio, amenaza. El peligro habíase tornado anónimo, sin espectáculo, sin embriaguez. Juan sentíase color de ceniza la piel, y un frío agarrotador que había helado ya su voluntad é iba á helar sus músculos. Las grandes pupilas del toro eran lo único llameante. Olía á sangre, á muerte, á humedad, á tinieblas. Juan recordó de pronto el único libro leído en su vida: una novela en la cual cierto reo repasaba al ir al patíbulo detalles nimios de toda su existencia, y al recordar las dos luces del Cristo y los obreros del andamio, su alma unificóse con la del condenado á muerte, y se abandonó por completo al terror.

Cuando el toro humilló el testuz para relanzarlo con tremendo ímpetu, ya ni el alma podía mandar ni la materia obedecer. En vano pretendió huir hacia detrás ó hacia delante. Con toda la vida en las pupilas alucinadas por el espanto, quedó rígido. Y las astas, después de ahondar en el suelo como el principio de una fosa, se clavaron alternativamente, hasta la cepa, en el cuerpo que ya, desde unos segundos antes de ser herido, había comenzado á morir.

A. HERNANDEZ CATÁ

(Dibujos de Dubón)





ESCENAS Y TIPOS
PINTORESCOS DE
LA SEMANA SANTA
:: SEVILLANA ::

El lápiz de Martínez de León ha recogido en esta plana varias típicas escenas de la Semana Santa en Sevilla, desde el alborozo con que la chiquillería acoge la presencia en las calles de los primeros «nazarenos», á la curiosidad impasible de los turistas extranjeros y los tipos castizos del vendedor de «almendraos» y «corrucos», el que vocea «las sillas baratas», el papá flamenco que va luciendo henchido de orgullo á su chaval vestido de penitente, y el «armado» que muy en serio ostenta su uniforme de soldado romano y el grupo popular del mocito que canta la doliente saeta asistido por los amigos que le animan y jalean.

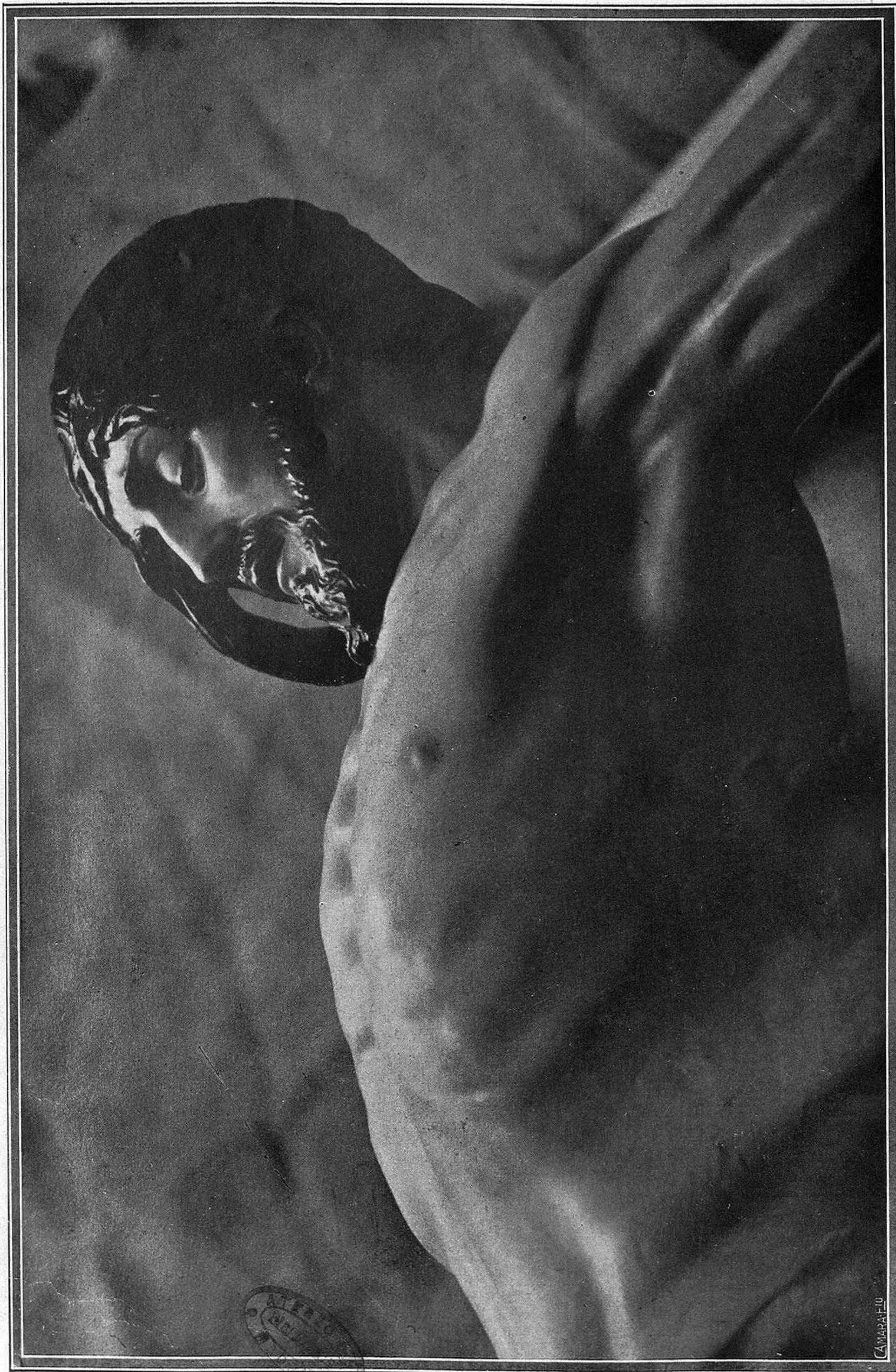
UNA
OBRA
DE
ARTE



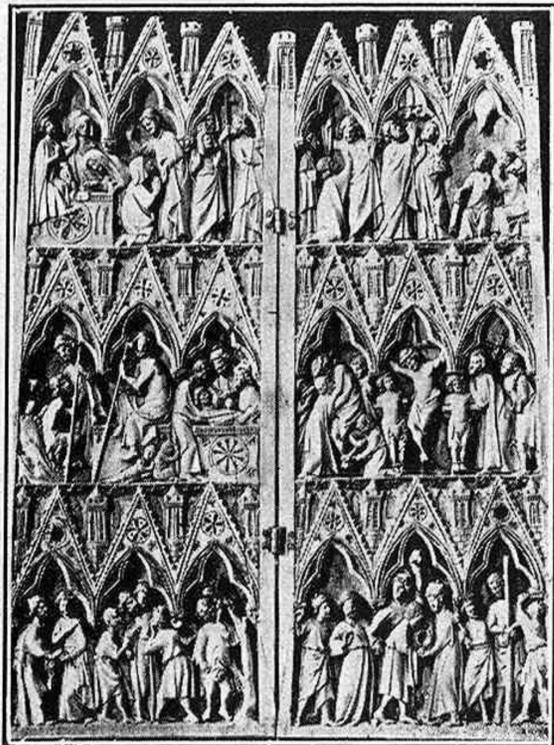
El
Cristo
de
la
Buena
Muerte



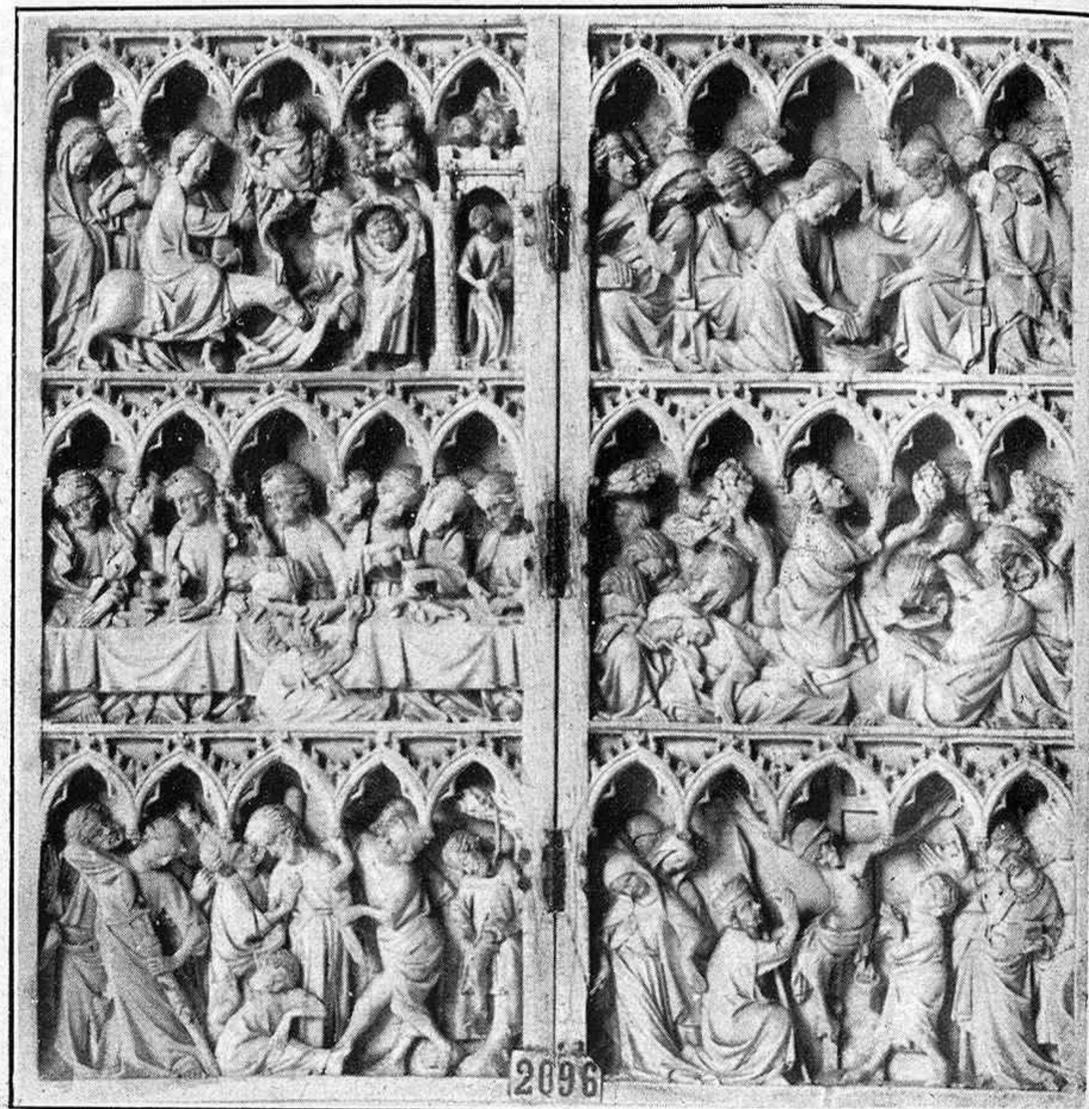
Talla en ma-
dera policro-
mada, y be-
llísima obra
del ilustre
escultor Ja-
cinto Higue-
ras, destina-
da á la co-
fradía de
Jaén



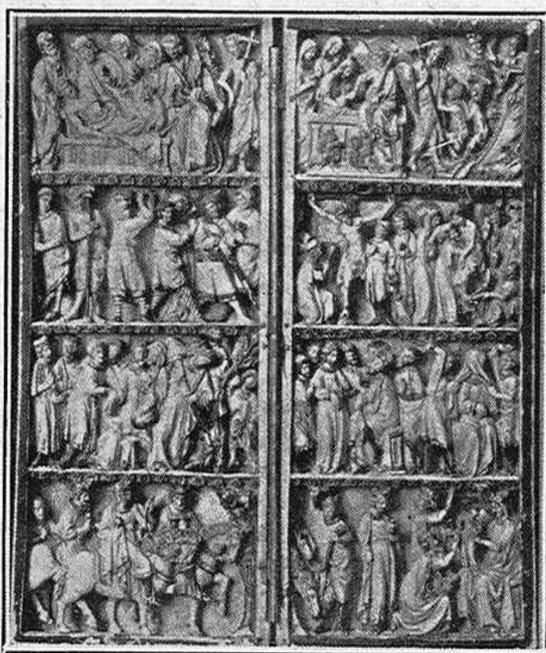
CAMARAFIO



Diptico del siglo XIII, que se conserva en el Victoria and Albert Museum de Londres



Diptico del siglo XIV, perteneciente al Museo Arqueológico Nacional

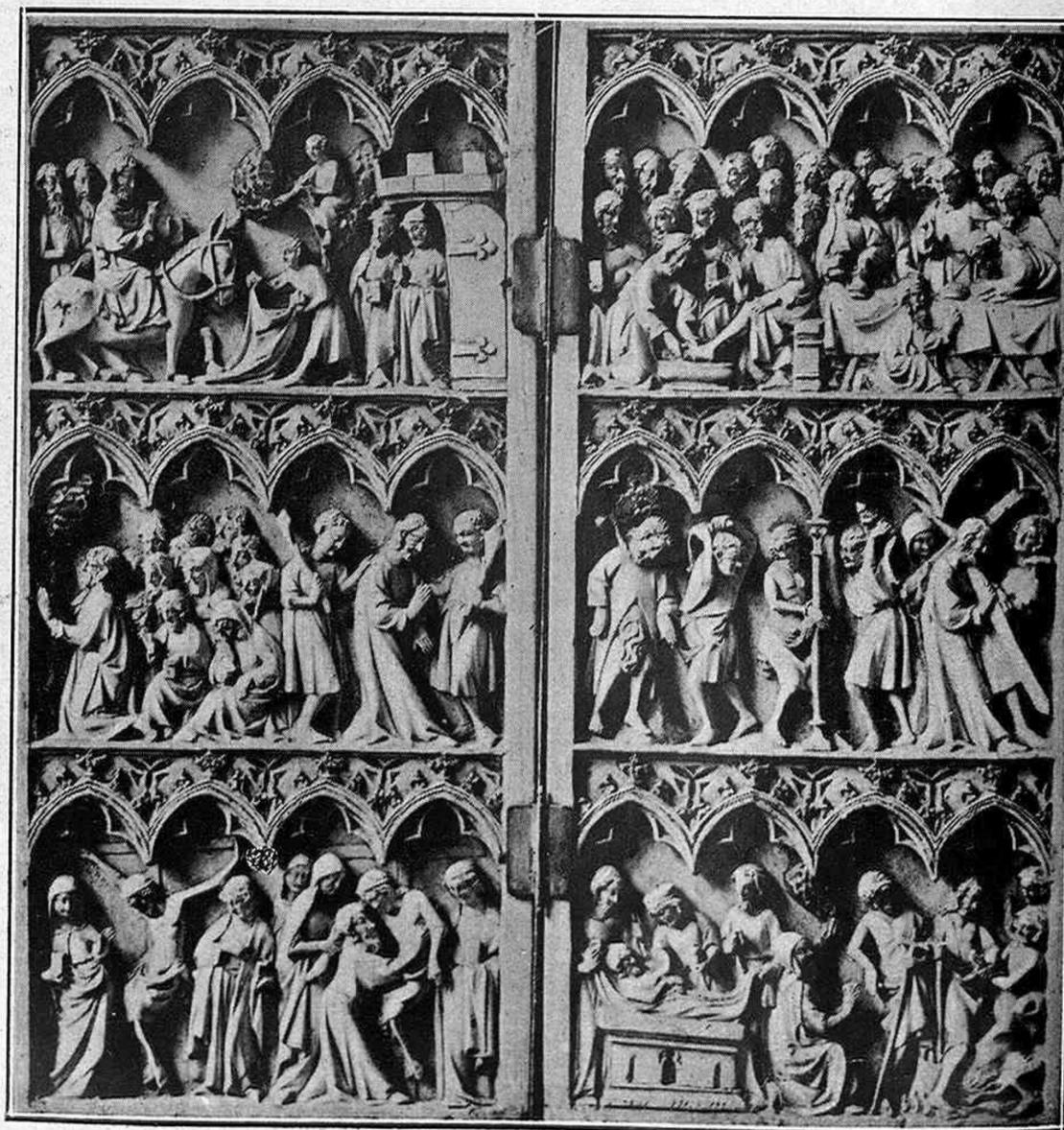


Diptico del Escorial (siglo XIV)

DIPTICOS DE LA PASIÓN

La iconografía cristiana ha pasado por diversas preferencias, y mientras en los primeros siglos del Cristianismo no encontramos representación alguna que se refiera a la Pasión, adquiere una difusión extraordinaria en el siglo XIII y llega a su máximo esplendor en el XIV.

La devoción de los siglos en que predomina el arte gótico acepta tan de buen grado los dipticos y trípticos de marfil con escenas de la Pasión de Cristo, que aun hoy son numerosísimos los que se conservan en museos nacionales y extranjeros. Hay que hacer también una obser-



Diptico del siglo XIV, que se conserva en el Museo de Vich

vación interesante, y es que la fabricación de tales dípticos estaba centralizada en Francia, especialmente en París, y merced á una curiosa organización gremial se crean diversos talleres, en los que un maestro, artista conocedor de los secretos de la talla del marfil y de la escultura de su tiempo, componía un díptico patrón, del cual copiaban otros análogos los oficiales que tenía á sus órdenes.

Si el modelo alcanzaba éxito comercial, se seguía copiando en el mismo taller, y cuando la aceptación era general, se imitaba hasta en los talleres cercanos. No ha de extrañar, pues, que existan grandes analogías entre los dípticos de marfil que conocemos; y como quiera que en España se conservan numerosos ejemplos, creemos sería curioso señalar algunos tipos de los más interesantes, ya que se da el caso de que aquí se guarden algunas obras de las más selectas, seguramente ejecutadas por el maestro que dirigía el taller.

El arte del marfil en Francia seguía la misma trayectoria que la escultura y la pintura. La escultura gótica de las catedrales francesas podía interpretarse en el marfil con una simple reducción. La pintura, especialmente los códices miniados, sirven de inspiración para policromar las figuras, y aun para disponer las escenas, por ser más rica la iconografía de los libros que la de las iglesias. Con razón se ha llegado á afirmar que el marfil gótico era una miniatura en relieve.

En el siglo XIII, en un taller conocido con el nombre de *Taller del díptico de Soissons*, se inventó el díptico de marfil, cuyo origen, á su vez, puede buscarse entre los dípticos consulares de la decadencia de Roma. La innovación consistió en dividir las tabletas en una serie de registros, conteniendo cada uno varias escenas. Privó tal sistema, y durante este siglo y el siguiente estos altarcitos portátiles se repartieron por todo el mundo cristiano.

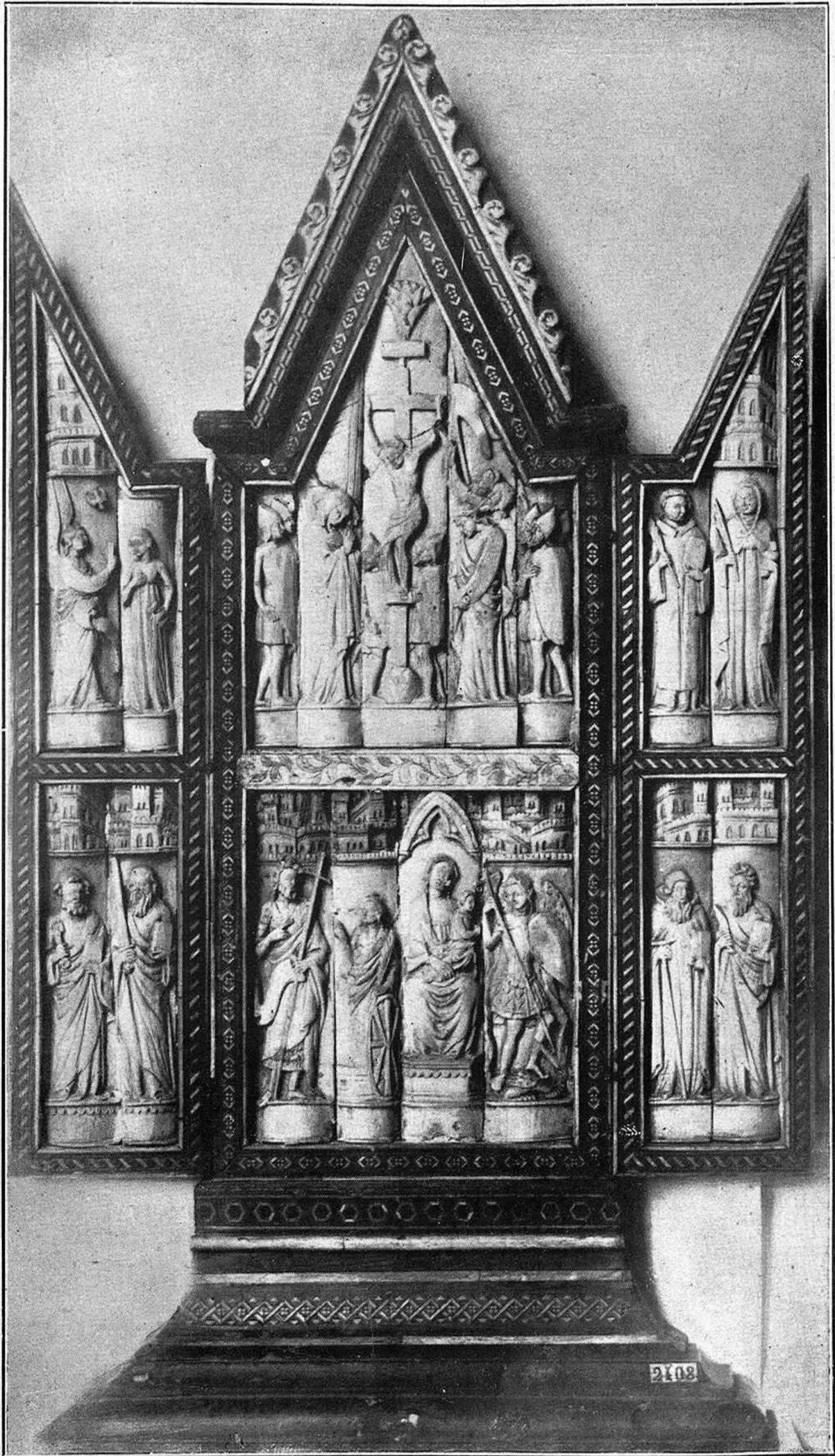
Al comenzar la fabricación, el arte francés se caracterizaba por su nobleza y solemnidad; las figuras, delicadamente trazadas, son muy largas y elegantes; el movimiento es escaso, denotando con un gesto la actitud de la escena; el plegado de los paños es sencillo y sin complicaciones de movimiento. A este grupo pertenece el díptico que se reproduce, conservado en el Museo Victoria Alberto, de Londres, y un pequeño tríptico de nuestro interesante Instituto de Valencia de Don Juan.

A comienzos del XIV corresponde otro díptico, conservado en el Monasterio de El Escorial. Ofrece la particularidad de carecer de coronamientos arquitectónicos, y corresponde á la serie de «dípticos de rosas», llamados así porque unas florecillas separan los cuadros de escenas. Conserva todavía la elegancia del siglo XIII, aunque algo amanerado el dibujo; la sobriedad de las escenas, la esbeltez de las figuras y, sobre todo, una maravillosa policromía nos lo hacen amar como obra maestra. Además de las escenas de Pasión, contiene otras de la vida de Jesús, siguiendo la disposición como el anterior, de abajo arriba y de izquierda á derecha.

En el siglo XIV, la escultura monumental seguía las tradiciones del siglo precedente, amanerándose el dibujo y la composición. Surge, sin embargo, un artista de la eboraria capaz de crear una nueva escuela, y cuando parecía que se agotaba el tema, se rehabilitan los dípticos con una nueva fase dramática que les da una mayor aceptación. Los dos mejores dípticos de este momento son el de la colección Hainauer, de Berlín, y el del Museo Arqueológico, de Madrid; los derivados de ambos son infinitos.

Para el arte fué una desdicha que ganasen una aceptación comercial tan extraordinaria, puesto que la repetición del mismo tipo convirtió en fórmula lo que era creación estética. Como los dípticos del siglo XIII, tienen sus escenas coronadas con arcadas góticas; pero la sucesión de asuntos cambia, siguiendo la dirección de arriba abajo y de izquierda á derecha.

Los motivos se copiaron también de algún Evangelario de su tiempo; las figuras son más bajas, con grandes cabezas algo desproporcionadas que contrastan con la esbeltez de los anteriores; los paños se agitan con violencia, dando un carácter más dramático y expresivo á la com-



Tríptico del siglo XIV, tallado en hueso, que pertenece al Museo Arqueológico Nacional

posición, y carecen de la solemnidad de los del siglo XIII.

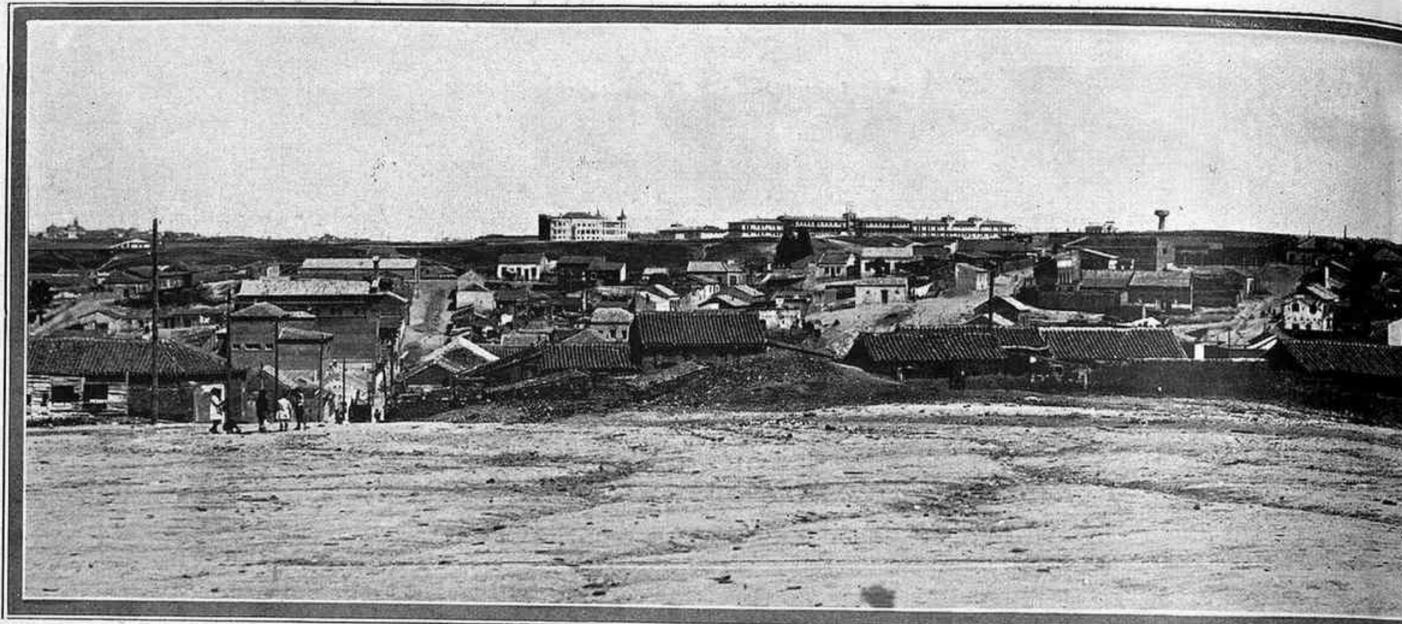
Cuando se trata de obras maestras, hay que reconocer poder creador á este siglo rutinario; pero en los demás casos se evidencia la industrialización del arte; aunque todavía de buen tipo nos puede servir de comparación un díptico desgraciadamente desaparecido del Museo de Vich, cuya pérdida tanto quebrantó al benemérito

Mosén Gudíol, conservador de aquel museo gran entusiasta de su diócesis, á la que dedica todo su esfuerzo de arqueólogo.

Con los dípticos de la Pasión terminan los talleres de eboraria en Francia, y muy pronto el comercio se ve inundado con los trabajos que hicieron célebres á los Embriachi.

P. F. VEGA





Vista general de Tetuán de las Victorias

(Fot. Díaz Casariego)

EL ADOBE Y LA LATA

TETUÁN de las Victorias está cogido por la tenaza de la Prosperidad y los Cuatro Caminos. Este suburbio ó arrabal cortésano es el asilo de los guñapos y remiendos de la Corte. Tetuán se viste con lo que desecha Madrid, y se da aire de señorío, como criada melindrosa y enchipada que se adereza con los trapos deslucidos de la señora.

La ciudad y el pueblo están unidos por el cordón umbilical de una hilera interminable de carritos que portean harapos. Todo está aquí desteñido, sucio, viejo, deshilachado... El adobe y la lata fraternizan en la construcción de estas pobres casas reumáticas, alguna de las cuales destaca con femenina coquetería su fachada, teñida de rojo, azul ó rosa. Hay paredes abultadas como vientres hidrópicos, hundidas como bocas sexagenarias, y brechas que parecen abier-

tas por el disparo de un cañón. Se ve una casita á medio construir, como si el propietario se hubiera arrepentido, y algún hotelito limpio y claro, con sus pintadas ventanitas, sus balconcillos de complicado herraje y su remedo de jardín guardado por las lanzas de unas rejas. Esta vivienda, como las otras, está rodeada por un cinturón de basura y lodo, y cierra los ojos de sus postiguillos y balcones, como rapaza pudorosa ante un desmán lúbrico.

El agua llovediza se estanca y llena las rúas de una gacha negra, espesa y sospechosa. La puerta de un bohío la tapa un trozo de vieja harpillera, y en la pared de un corralón se recuestan grandes y pesadísimos bloques de trapos que la industria de los hombres convertirá en papel. Y gracias á este milagroso trueque, el periódico ó revista que tiene el lector en sus manos puede estar compuesto de la chaqueta de un

político, el balandrán de un sacerdote y la falda de una estrella coreográfica.

EL PUEBLO SE DESPIERTA CON HAMBRE

Pisándole la sombra á un carrito, del que tira un borriquillo más harto de palos que de paja, hemos llegado á Tetuán, este pueblo epílogo mugriento de Madrid. En las ramas de los ateridos arbolillos de la carretera ya vemos colgados algunos harapos. Es la hora del mercado, y el bullicio, tráfico y acarreo es enorme. El pueblo se despierta con hambre y acude al zoco á cargar su mochila. En el suelo, en los sacos ó banastas, bajo los tenderetes ó encima de tablones, se ven repollos enormes, zanahorias, gallinas colgadas de garabatos y desplumadas, como tahir en garito; el desnudo cabritillo, que pende de un garfio, y al que han quitado el pellejo, como á una compañera del Lyceum; los sacos preñados de patatas, estas «bombas de mano» contra los malos cómicos; la sardina de ojo flácido que ha dejado el anchuroso mar para caer en una banasta desportillada; el conejo, ó gazapo, dulce hermano del escritor, y el disociable espárrago ibérico, que no se une á su compañero como no se le ate. Todo es confusión, ruido y griterío. Un buhonero mal encarado, con barba espesa y plomiza, tiene un puesto de baratijas: lápices, relojitos de dúblé, navajas, sacacorchos, y de «lengas de vaca», con el consabido letrero de «viva mi dueño»; y junto á este arsenal de herramientas carcelarias, unos cuadros de santos y Cristos que vende este Judas ambulante.

Olisqueando aquí y allá, de puesto en puesto y de tenducho en tenducho, va la mozueta albilla junto á la vecina descarada, ó la vieja de barrio de faz de torta, ojillos carnosos y labios exangües.

En la calle tortuosa y sucia del mercado bulle

LA CINTURADA DE MADRID

TETUÁN DE LAS VICTORIAS

Ó EL PUEBLO QUE SUFRE DE REMIENDOS

una humanidad compuesta del truhán, amigo de la briba y el azacaneo; el menestral ocioso, la comadre ladina, el cazurro solapado y cochambroso; el gañán que distingue, al catarla, si la solera es de Mérida ó de Arganda; la señora ritinga pueblerina que va de trapillo, llevando de espolique á una menegilda, «mecanógrafa de cocina», de ancha espalda y chatunga, como las serranas del Arcipreste. Todos los vendedores gritan, hacen aspavientos y llaman á la clientela pasajera y tornadiza. Un rufián levanta á lo alto su mercancía verdularia y atruena con su voz la calle: «¡Diez céntimos! ¡Nada más que diecito! ¡Aquí está el hombre que se ha vuelto loco!»

HAY MUCHO QUE HACER. UN PRESUPUESTO QUE SE APROXIMA Á UN MILLÓN DE PESETAS. LO QUE PAGAN LOS ALCOHOLES. EL AGUA. LOS SUELDOS Y EL AUMENTO DE PERSONAL. LO QUE VALIAN Y LO QUE VALEN LOS TERRENOS.

Tetuán es un inmenso barrizal. Hay lodo en las calles, en las paredes y en los tejados. La acera, que es en la ciudad el refugio del peatón contra los desavíos automovilistas, aquí no existe. Hay que ir de un lado para otro dando brinco y haciendo piruetas igual que payaso de circo, y este ejercicio del transeunte sirve de solaz y regodeo á los chiquillos y á los vecinos, que asoman sus cabezas por los estrechos ventanillos para veros saltar este negro charco ó aquel pocillo de cieno. Al pegar el brinco, si os quedáis corto, caéis como mosca en el chocolate negruzco del lodo, y allí trabajáis por salir igual que pajarillo cazado con liria.

—¿El Ayuntamiento? ¿Ha dicho usted el Ayuntamiento? Tire usted para abajo, emboque la segunda bocacalle, salga á la carretera, tome

En primer término, las chozas ante las cuales se alzan verdaderas colinas de basura

hacia arriba, entre por la calle de Wilson, y la primer callejuela á mano izquierda... No hay pérdida.

Y el payo me deja más confuso que antes.

Llego al Municipio de Tetuán. A la entrada leo: «Se prohíbe escupir en el suelo.» El edificio municipal es una casita estrecha, baja, pobre. En la sala de sesiones se llega al techo con la mano. Está llena de mozalbetes en camisa. Son los mozos, quintos del actual reemplazo. Un sargento los talla. Un escribiente menea la mano, anotando nombres. El alcalde, un hombre joven y de fuerte traza, D. Adolfo Bernabéu Pérez, comienza su charla.

—Yo soy alcalde de Tetuán—ó de Chamartín, que es la «madre»—desde el 23 de Noviembre del pasado año—nos dice el Sr. Bernabéu en tono de disculpa—. Hay mucho, muchísimo que

hacer aquí, como usted habrá visto, si se ha paseado por el pueblo. En estos meses hemos confeccionado unos presupuestos en los cuales atacamos de frente muchos de los problemas municipales de urgente solución. Esos presupuestos están ya en poder del señor delegado de Hacienda para su aprobación.

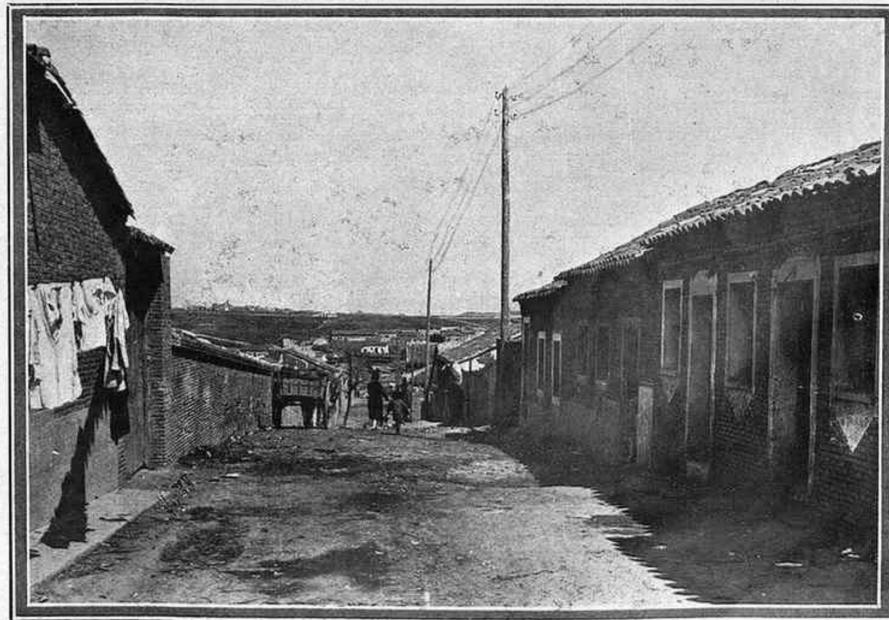
—¿A cuánto asciende el presupuesto de ingresos de Tetuán?

—A ochocientas once mil ciento ocho pesetas sesenta y cuatro céntimos.

—¿Y el de gastos?

—A ochocientas ocho mil trescientas cuarenta y una peseta con veinticuatro céntimos. Hay un superávit de dos mil setecientos sesenta y siete pesetas con cuarenta céntimos.

Una pausa. Un empleado le da unos papeles. Firma el alcalde, y continúa:



Una calle de Tetuán de las Victorias, que da idea de la espantosa falta de higiene y de limpieza que caracteriza á aquella aglomeración (Fot. Díaz Casariego)



La carretera de Fuencarral, arteria principal de Tetuán de las Victorias. A derecha é izquierda, las casas de la barriada (Fot. Díaz Casariego)



—En estos presupuestos van la creación de dos escuelas municipales; el aumento de cinco médicos, un practicante y un veterinario. Aumentamos el 50 por 100 el presupuesto de Policía urbana, y el 75 por 100 del personal de limpiezas.

—Buena falta hace, señor alcalde—arguyo tímidamente.

—Sí, señor; sí, señor. Tiene usted razón. En este pueblo existe una fuerte industria de trapos viejos, y para evitar que esos guiñapos que nos traen de Madrid nos ahoguen, hay que ejercer una estrechísima vigilancia, y tener sobre las escobas y palas á un ejército de trabajadores.

—Hay calles, como las de García Quejido, Muller y del Estudiante, que están ahogadas en lodo.

—Eso lo evitaremos en cuanto tengamos personal suficiente. También consignamos en el presupuesto actual 70.000 pesetas para el arreglo del pavimento de las calles. Hemos aumentado los sueldos á todo el personal municipal que estaba deficientemente pagado. Puede usted creer que llevo cinco meses de trabajo agobiante. Hace tiempo que salimos de esta casa todos los días á las dos de la madrugada. Me duele la mano de pagar deudas municipales. ¿Por qué no se ha de pagar todo lo que se debe, si el Ayuntamiento tiene dinero suficiente en su cuenta corriente del Banco? Y en los ingresos hemos apretado la mano. Vea usted un caso: los alcoholes rendían en los años pasados al Ayuntamiento un beneficio de 97.000 pesetas; pues bien, nosotros los hemos subastado para este año en 267.000.

Traperos de Tetuán de las Victorias regresando á sus chozas después de dedicarse á sus faenas en Madrid

(Fot. Díaz Casariego)

—¿Cuántos habitantes tiene Tetuán?

—Treinta y cinco mil almas dió el censo de 1925. Hoy llega á 40.000.

—¿Quién surte de agua al pueblo?

—Santillana.

—¿Hay agua suficiente?

—No, señor; hay escasez. Chamartín y Tetuán tienen 22 fuentes de agua del canal de Santillana. Este agua de las fuentes públicas las paga el Ayuntamiento por contador. Figúrese usted el derroche. El público se deja abiertos los grifos... Yo veo próxima la solución de este conflicto de la escasez de agua. Me he puesto al habla con el Canal de Isabel II, y nos ha dicho que en cuanto se acabe el nuevo canal, cuyas obras van muy adelantadas, harán una desviación del canal central, y por medio de un canalillo nos mandarían agua suficiente.

—¿Cuánto paga Tetuán por agua á Santillana?

—¿Al año?

—Sí, señor.

(El alcalde levanta la tapa de una carpeta, revuelve unos papeles y lee en uno: 9.955 pesetas.)

—¿Hay alcantarillado?

—No, señor. Pozos negros. Y en esto tengo un grandísimo cuidado. Hay un peligro para la salud pública en el pozo negro: que rezume. Yo castigo esta falta con una multa.

Y sigue:

—Como usted comprenderá, necesitamos un empréstito extraordinario para la construcción de un mercado de abastos, un edificio municipal, Juzgado, Casa de socorro, alcantarillado y pavimento. Y á todo iremos. No es posible vivir así á las puertas de una gran ciudad como Madrid. Otra de las cosas que pienso atacar es la «plus valía» de los terrenos. Yo llevo nueve años en Tetuán, y sé lo que valían esas tierras antes y lo que valen ahora. Se han hecho y se hacen grandes fortunas con el agio de la tierra, sin que el propietario haga nada más que aguardar á que pase el tiempo. Antes, el terreno que no daba á la carretera, se vendía á 20 céntimos el pie. Hoy, si quiere usted comprar una parcela en pleno descampado, le piden á usted á cinco y siete pesetas el pie. Madrid, al ensancharse, llena de plétora á los pueblos vecinos, y la riqueza de Tetuán ha aumentado enormemente en estos últimos años.

JULIO ROMANO



EPÍSTOLA Á DÍAZ MIRÓN

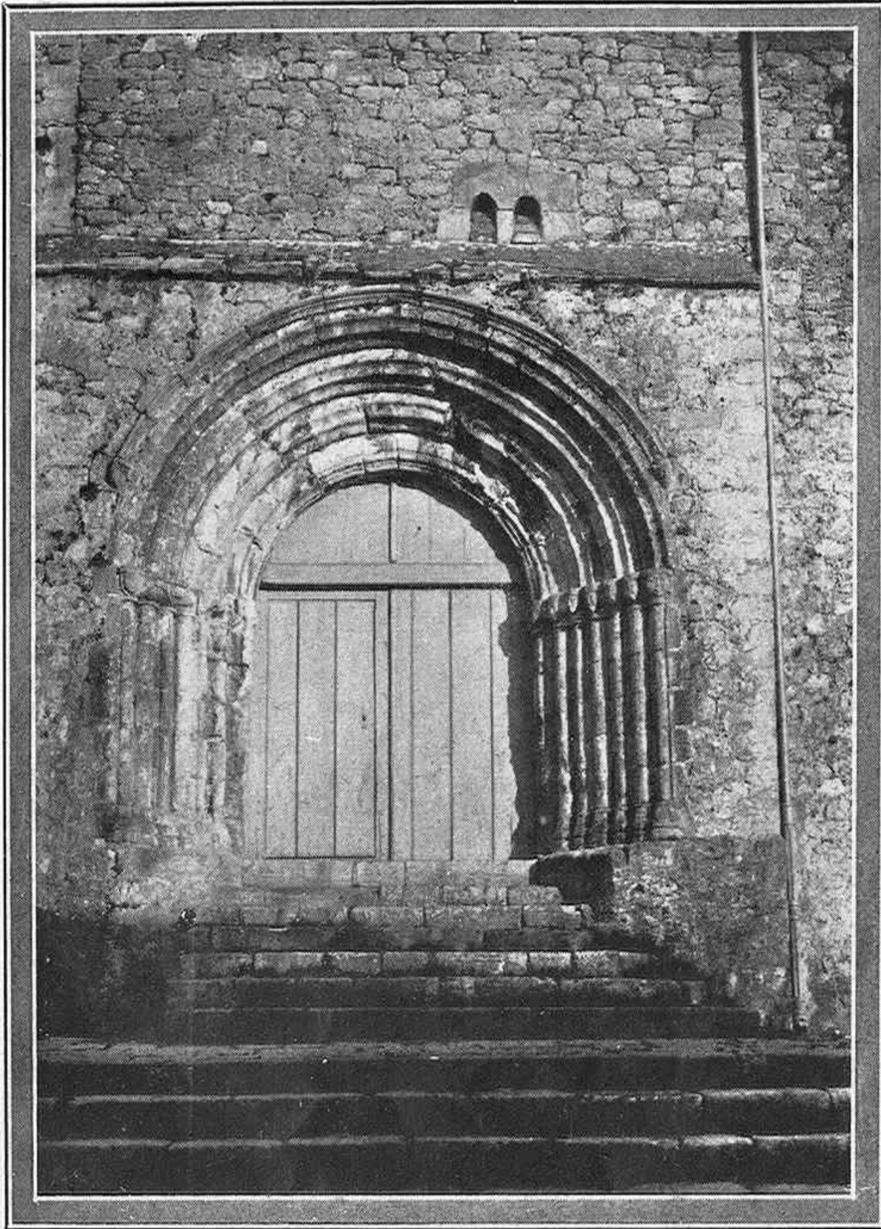
El insigne poeta mejicano Díaz Mirón (1) acompañado por nuestro admirado Camín (2) durante una visita hecha al gran vate americano por nuestro ilustre colaborador

Díaz Mirón: el mar está de fiesta;
se ha llenado el corpiño de luceros;
el viento trajo de la floresta
un turbión de cocuyos. Azules los senderos,
se alargan como cuerpos femeninos.
Hay en los horizontes diamantinos
una gran fiesta de veleros.
Los volcanes están
delirantes de nieve y de oros.
En el golfo de Yucatán
hay un fragor de meteoros.
Es la hora sincera.
Fiesta del mar y de la cordillera.
Noble bardo «jarocho»,
que con tu brazo inútil, muñón de un árbol mocho,
cimera en la montaña y timón en el puerto,
hoy rumias la emoción de tus horas bermejas,
como el león tras de las rejas
recuerda sus andanzas del desierto;
y aun mueves tu muñón como un tigre la cola,
y al cruzar la calleja oscura
acaricias la empuñadura
—oro y nácar—de tu pistola.
Díaz Mirón, Lobo Mayor,
insurrecto del verso en flor;
verso metálico y bruñido,
como un bello espadín florido.
Verso gallardo,

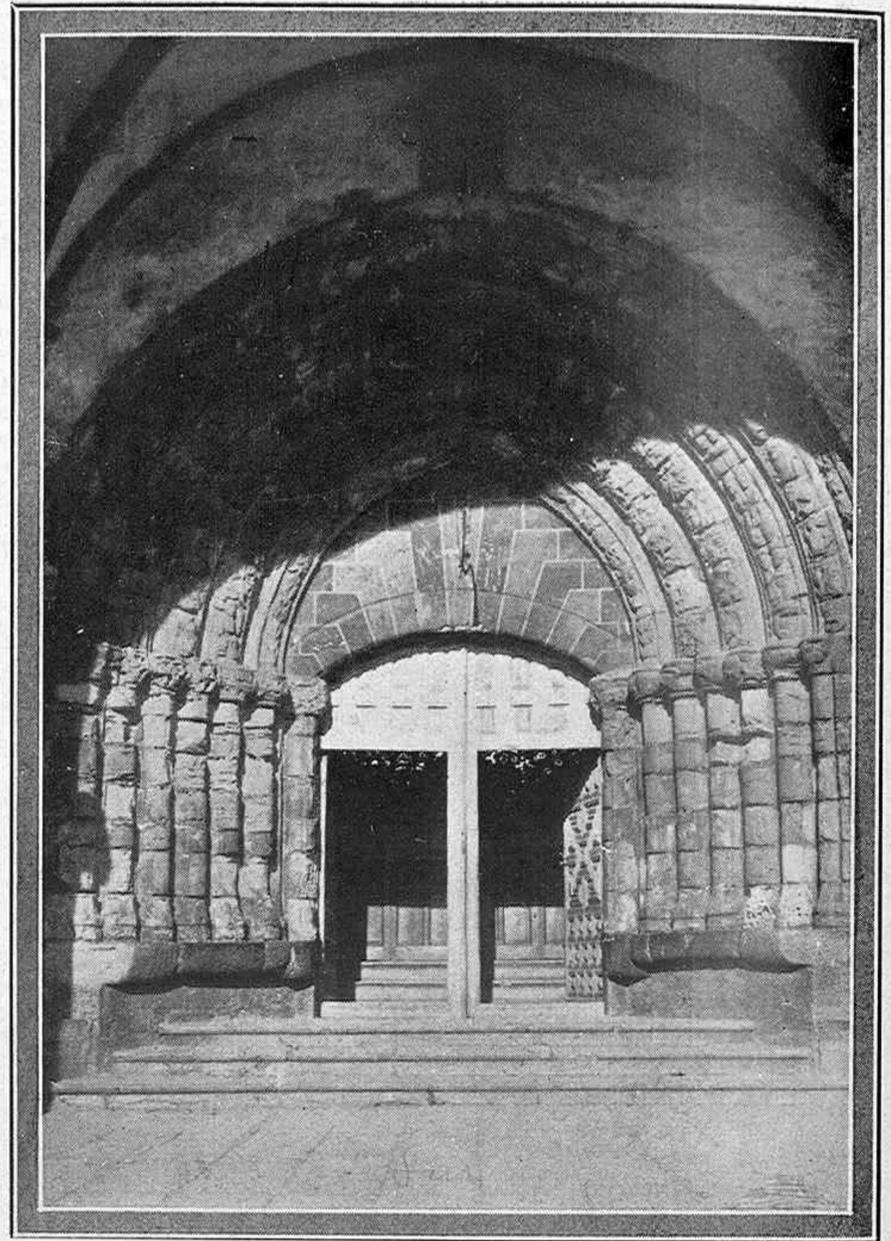
elástico y felino y manchado de sombra
y de fuego, lo mismo que la piel de un leopardo.
Empeñada en servirte de alfombra,
la vasta cordillera
de los Andes es una temblorosa pantera.
(No termina ni al Norte ni al Sur del Continente:
la cordillera tiene su término en tu frente.)
Lobo Mayor, ya era hora
que América pusiera en tus manos la aurora,
el airón rojo de sus rebeldías,
la caracola de sus armonías
y el tesoro de ese océano
que se arremclina en tu mano.
Tuyo es el verso como una joyante ola,
sonoro amanecer en la azul caracola,
en esta hora vieja de nuevo desencanto,
cuando los bardos son industriales del llanto,
cucos de la emoción,
«zacatecas» con capa,
que ignoran la belleza brotada de un león
en la vía de estrellas de Jalapa;
hombre que se dió al arte y á la muerte, lo mismo
que una estrella lanzada al abismo.
Díaz Mirón el de la primavera,
Díaz Mirón el de la musa entera,
el del verso hecho curva de luz,
que también echó á pique su galera,
cargada de crepúsculos, frente á la Vera Cruz.

Las cumbres de Maltrata te dan sus parabienes,
y con su largo cinturón de trenes
te saludan el monte y la nieve y el viento,
tres hermanos mellizos de tu azul pensamiento.
Dice el mar á lo lejos tus soberbias canciones;
á la entrada del puerto saltan los tiburones
y de las aguas turbias hacen brotar jazmines.
De los marítimos confines,
como de una fantástica floresta,
se acerca una avalancha de golfinos,
acróbatas del mar, que han venido á la fiesta
que América te brinda. Y no quieren llegar
tarde al azul desfile de la tierra y del mar.
Dueño de la monstruosa primavera
en la Florencia del cardenalato,
vaga tu sombra taciturna y fiera
por los jardines del asesinato.
Pero tan señoriales
fueron tus gestos en el desacato,
que te absuelven las manos papales.
Díaz Mirón, Lobo Mayor,
César Borgia del verso en flor:
por sobre el mar, como prendas mejores,
van hacia ti mi puñal y mis manos,
entre un rojo huracán de flores,
¡una escuadrilla de aeroplanos
y una tormenta de condores!

ALFONSO CAMIN



Portada lateral de la iglesia parroquial de Llanes



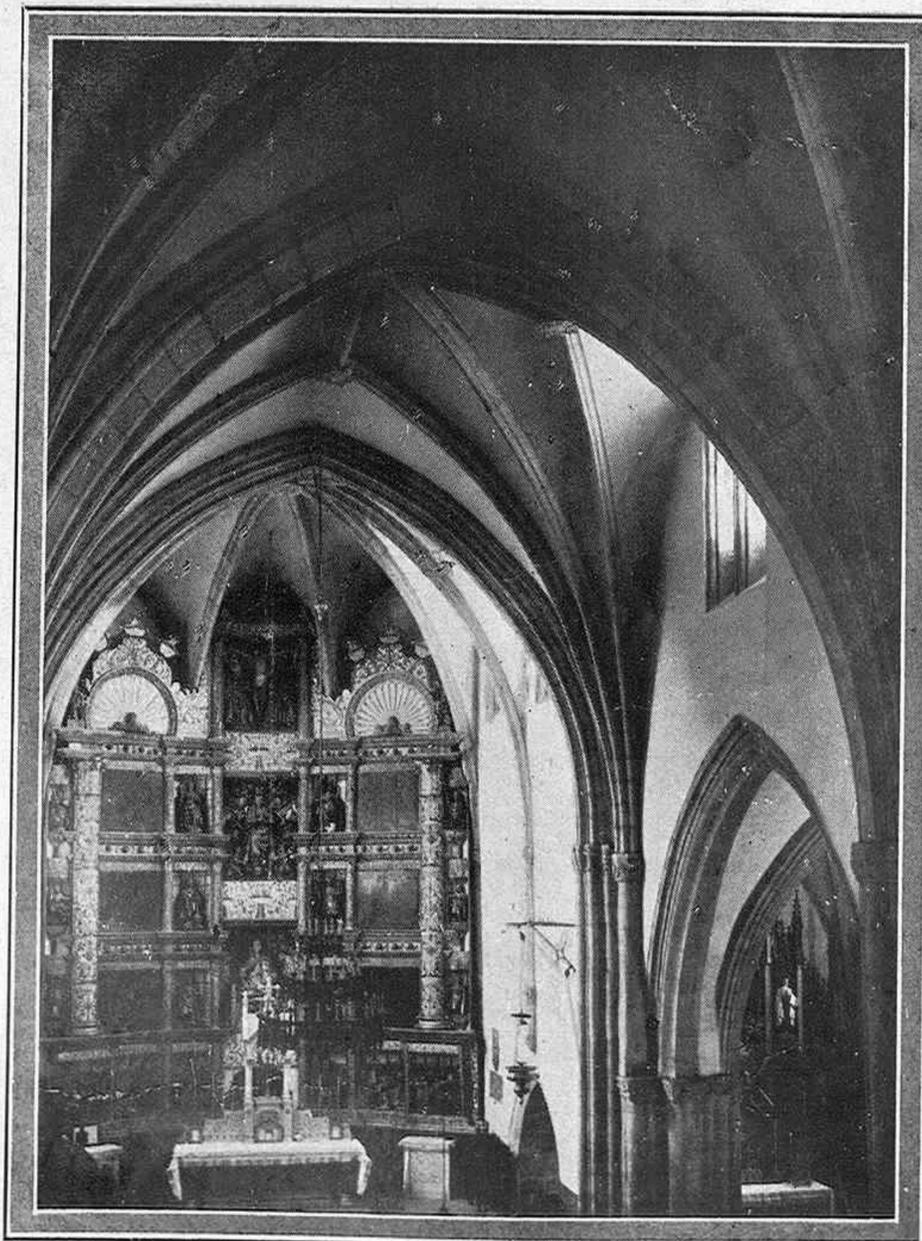
Portada Sur de la iglesia de Santa María de Llanes

J O Y A S ARQUITECTÓNICAS ESPAÑOLAS

LA magnífica iglesia parroquial de Santa María de Llanes es una construcción de principios del siglo XIII que, por sus detalles arquitectónicos, hay que clasificar dentro del gusto peculiar del momento en que se levantó, estilo donde se nota claramente la transición del estilo románico al ojival.

A principios del siglo XVII fué parcialmente restaurada, y entre las obras figura el pórtico que reproducimos y que cobija la portada lateral, construido en esta fecha para librar la portada de las inclemencias del tiempo.

Uno de los detalles más hermosos de la iglesia lo constituye el altar mayor, cuyo retablo, escultura y pintura alemanas, son obra



LA IGLESIA PARROQUIAL DE LLANES

del gusto de Lucas de Leyden. Consta el retablo de tres cuerpos de arquitectura, en el que hacen de basamento general los cuatro Evangelistas, de muy buena escultura. En el segundo está en medio la Virgen sentada, y á los lados, pinturas del Nacimiento y de los Reyes; en el tercero, en medio, magnífica escultura de la Asunción, y á los lados, cuadros de la Visitación y disputa de los Doctores.

Altar mayor de la iglesia de Santa María de Llanes con las magníficas pinturas y esculturas que le decoran

(Fots. García Arco)



NOCTURNO APASIONADO DE SEVILLA

No fué más alta que tú
aquella duquesa maja,
ni tuvo en sus ojos negros
una pasión más dramática.
Morena es tu cara triste,
con tornasoles de ámbar;
divinamente morena
como una reina gitana.
Tus labios son los que dicen
la copla más desolada,
cuando pasa el Nazareno
por el puente de Triana.

(Dibujo de Echea)

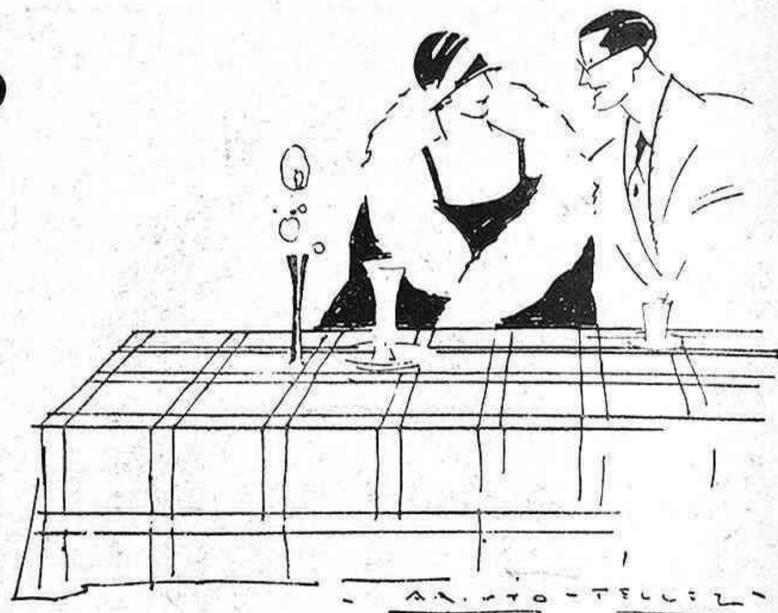
Tu boca sabe á claveles,
tus manos á flor de acacia;
tiene un aroma encendido
tu figura de tanagra.
Pero está siempre muy triste
tu carita bella y pálida,
y tienen tus ojos negros
irisaciones de lágrimas.
¡Estás tan triste, tan triste
como esa Virgen dramática
que pasa entre encapuchados
por el puente de Triana!

Porque estás triste te quiero
—también es triste mi alma—,
novia mía; ¡oh, qué remotas
y qué divinas palabras!
Tú me das tus veinte años
como un gran ramo de acacias.
¡Ya, entre mis labios marchitos,
los besos saben á lágrimas!
En mi dolor de poeta
mi alma está crucificada,
como ese Cristo que traen
por el puente de Triana.

¡Mi virgencita morena,
dolorosa y enlutada!
Dios quiso que tú llegases;
mi corazón te esperaba;
quisiera hacerte unos versos
lentos de ardiente fragancia,
cual los azahares que lleva
la Virgen de la Esperanza.
Que tuviesen la emoción
de esta noche pura y blanca,
llena de nardos y estrellas,
en el puente de Triana.

EMILIO CARRERE

EL ESPIRITU DIONISIACO

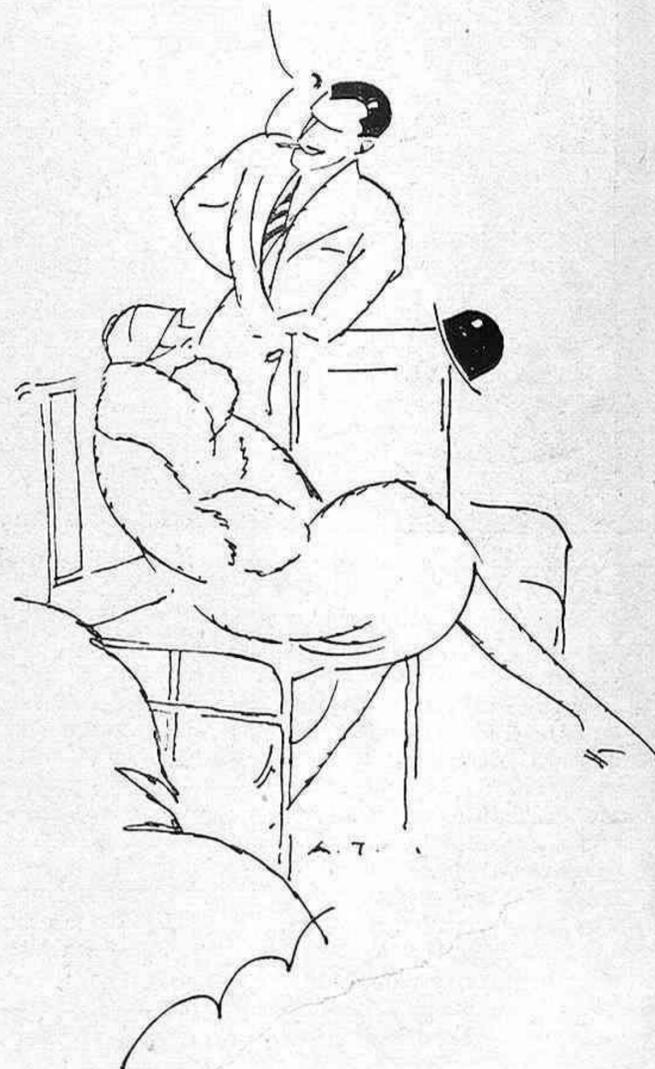
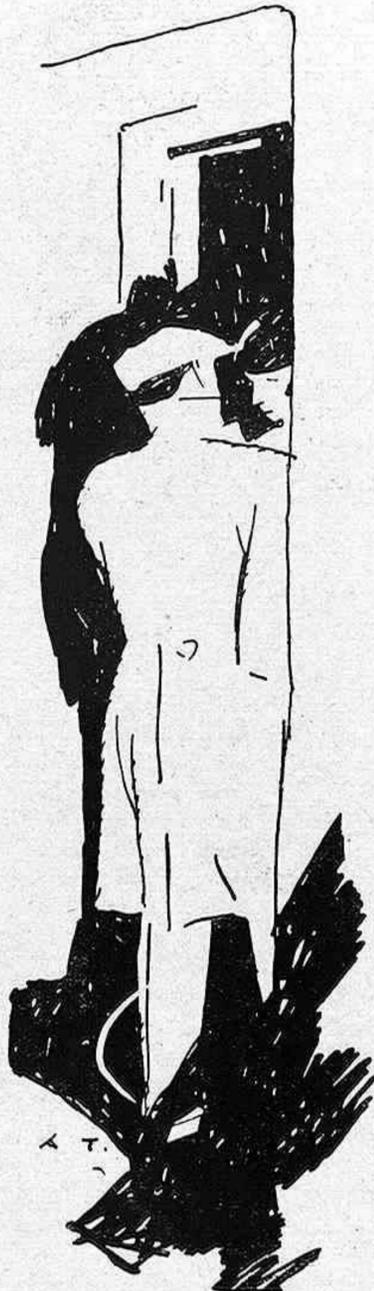


No sé si todo el año será Carnaval; pero todo el año es Amor. Un dibujante perspicaz puede, de paso por el año, ir sorprendiendo tantos idilios como rincones tiene el espacio, como momentos tiene el tiempo; junto á un árbol, la modistilla y el estudiante; en un banco del paseo, el ama de cría y el soldado; en la mesa del *tupi*, el menestral y la barriobajera; en el portal, la chica de familia que baja á festejar con el oficinista; en el salón de baile, los adolescentes; en el jardín, los jóvenes de juventud madura; bajo el frío de la madrugada, aquellos cuyo amor es una aventura; en el tibio *cabaret*, aquellos cuyo amor quiere ser un pecado.

Tragedia y sainete, *Romeo y Julieta* y el *Manolo*, Shakespeare y D. Ramón de la Cruz. El amor no habla siempre lo mismo; su técnica es diferente según los estados sociales y las situaciones, y su lenguaje va de la lírica alondra del balcón de Verona á los improperios de la paliza masoquista. Nada se transforma tanto, nada de tan distintas apariencias, siendo como es en la esencia único.

Parece que la atracción de hombre á mujer es lo único que le queda á la Humanidad del espíritu dionisiaco, aquello que todavía no ha perecido ni se ha marchitado. Pero es la mitad del espíritu dionisiaco. La otra mitad se ha ido. La otra mitad era la alegría.

Es curioso que nadie se ha preocupado de cercenar el dolor, y, sin embargo, nadie se ha preocupado de sostener la alegría que languidece, decayendo. Encontramos el dolor, naturalmente, en todas las encrucijadas, y le aceptamos como un grato huésped á cuya vista estuviésemos acostumbrados. Para alegrarnos, en cambio, tenemos que hacer un esfuerzo, buscar un motivo, preparar el júbilo, intoxicarnos con algún veneno, que, como el alcohol, tiene en su fondo un sedimento de mayor tristeza. Para la

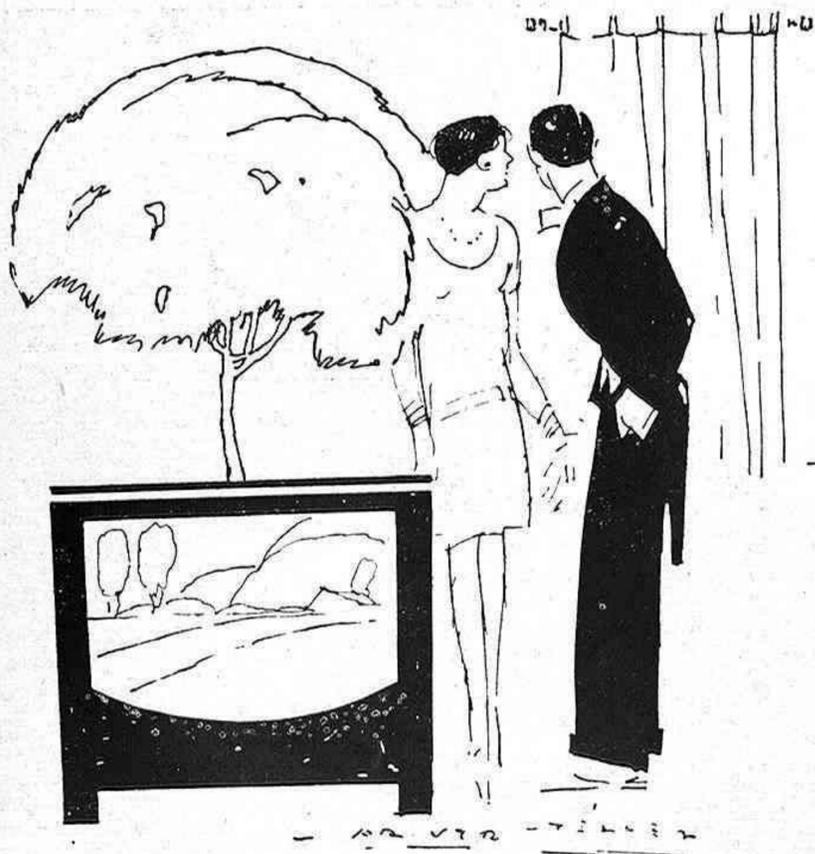


pena estamos siempre dispuestos; la alimentamos de silencio y de soledad; la alegría necesita agrupación, un poco de farsa combinada, gritos que aturdan y prohíban pensar.

En muchos dogmas, la alegría de la vida es delito, redención el dolor. Al gordo y optimista Dionisos le persiguen á latigazos.

Buena prueba de la decadencia de la alegría es lo que ocurre con el festejo que viene directamente de las dionisiadas: el Carnaval. De año en año agoniza, víctima de la falta de interés de la gente. Talentos preclaros, con una pluma en la mano, piden cada Febrero con mayor apremio que se le jubile definitivamente, que desaparezca para siempre de nuestras costumbres, que se le entierre y no vuelva á resucitar.

Las personas no tienen interés alguno por vestirse de máscara; les parece ello impropio de la seriedad que debe ostentar un ser humano; las Corporaciones se desentienden del Carnaval,

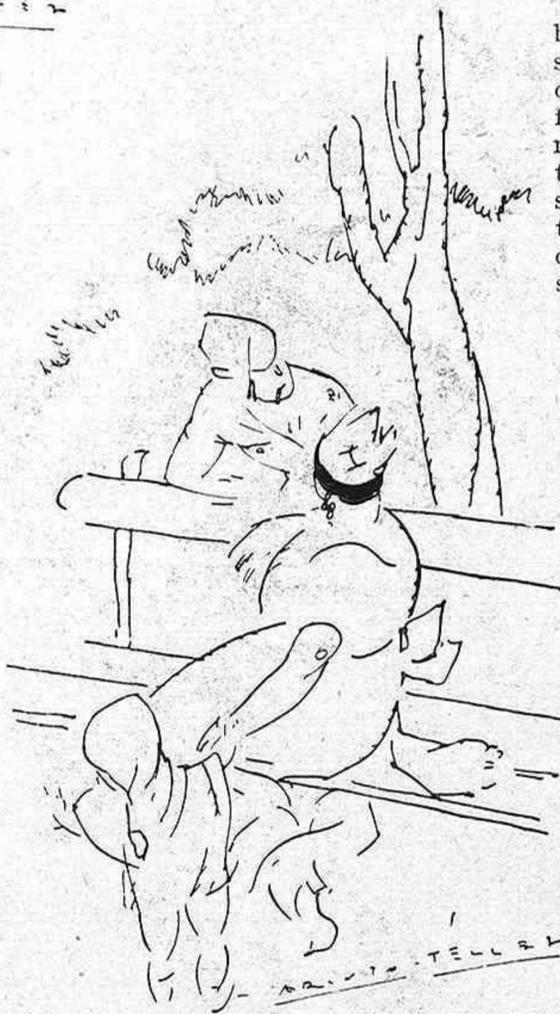


ó, á lo sumo, le reducen á unas cuantas horas en un local cerrado, á modo de delito tolerado, pero no consentido; y el Estado procura asestarle los últimos golpes echándole á un arrabal y prohibiendo que se haga fiesta.

No, nadie quiere ya reír.

No sé si se habrán fijado los moralistas de la época en el crecimiento de la sensualidad y el aborrecimiento de la alegría. El de nuestra época es un amor triste, moroso, sin carcajadas. Época de grandes guerras y, por lo tanto, de grandes matanzas, parece que los pueblos se repliegan en sí mismos y procuran bajo un disfraz de erotismo llenar de nuevo las filas que clareó el asesinato, cumpliendo un destino de naturaleza. En cambio, el vaho de los muertos prohíbe reír, porque ante la desventura universal la risa suena á burla y á nuevo crimen.

¿Será éste el motivo del entristecimiento con-



temporáneo? ¿Se va por ello el Carnaval huído como un pecado más?

Triste juventud la de esa generación que nos sigue y apunta sólo como un botón de flor en primavera. Todo se lo habremos quitado: las ilusiones, los cuentos, las bellas mentiras, los sucesos de júbilo y de aturdimiento. Todo placer.

En cambio, la herencia de odio y de trabajo será mayor que la que soportamos nosotros. La salud del alma, que tanto depende de la alegría, la tendrán muy disminuída, porque ninguna ocasión hemos perdido de aniquilarla. Morimos de seriedad y trascendentalismo.

El baile es la válvula que encontrarán los que nos sucedan para desgastar un poco la fuerza vital, y no morir, como el personaje de Shaw, de descorazonamiento. Pero el baile no es más que una forma incipiente de lo amoroso. No es jocosidad pura, como lo era el Carnaval.

Con el baile otro dibujante perspicaz podrá hacer nueva serie de parejas. Siempre serán un hombre y una mujer en cualquiera de las situaciones que van del lirismo de la alondra al masoquismo plebeyo y achulado. Siempre serán idilios sin imaginación, en vez de anacreónticos, de perversión mórbida, como todo lo que pudre la melancolía. La máscara, en cambio, era júbilo de uno solo, deseo de irrealidad, baile, en fin; dionisiada.

¿Quién resucitará la divina procesión de las bacantes? Poesía, ingenio, fábula, fuerza expansiva, fraternidad para la diversión, risa, se echan de menos. Todo eso era juventud. Todo eso se fué. Y nos queda ya únicamente, de aquel espíritu dionisiaco que aconsejaba vivir alegremente, la mitad fea y perniciosa: impulso de amorosidad. Lo que vió el dibujante: emparejamiento. De los pámpanos de la vendimia hemos huído; sarmientos secos y ásperos coronan nuestras sienes, fatigadas de pensar.

TOMÁS BORRAS



DIBUJOS DE
ARISTO TÉLLEZ





LA PINTURA CONTEMPORÁNEA

«Niños», cuadro de Fernando Villegas





Contraluz en la bahía de Willefranche. En primer término, y destacada sobre el intenso reflejo solar, la silueta del acorazado norteamericano «Memphis»
(Fot. Ortiz)



La fotografía de arte

Las
artistas
favoritas
del
público

(Fot. G. L. Manuel
Frères)

Las tres «Her-
manas G.»,
tan parecidas
como las ge-
melas, Dolly
Sisters, y «es-
trellas» del
«Moulin
Rouge»
de París





CINEMA-

TOGRAFIA

THELMA TODD

«Estrella» de la Paramount

Dice Pola Negri...

SI YO FUESE RUBIA...

A CERCA de las rubias existen opiniones muy equivocadas, y una de ellas es la que les atribuye una gran versatilidad.

Por lo general, la mujer rubia es modesta y constante. No suelen tener, en cambio, tales cualidades las incontables morenas que se dis-

frazan de rubias merced al uso de tinturas más ó menos eficaces. De ahí, tal vez, la confusión que ha originado esa fama de ligereza que injustamente sufren las auténticas rubias.

Y los hombres, que juzgan de todo por la opinión general, sin detenerse á analizarla y sin to-



Lil Dagover, la gran actriz alemana del teatro del silencio, contratada en Hollywood

marse la molestia de formarse un criterio propio, desconfían de las rubias tan sólo porque saben de tal ó cual caso en que se mostró excesivamente voluble una rubia... que de rubia sólo tenía la apariencia.

Si yo fuese rubia, lucharía por desvanecer esa falsa opinión y por conseguir que no cayesen sobre las rubias los pecados, las vanidades y el mal gusto imperdonable de las morenas teñidas.



La mujer rubia tiene, físicamente, mucho en su favor; pero aún más tiene en su contra.

La belleza de la rubia es más luminosa y atractiva que la de la morena, durante los años de juventud. Pero se marchita mucho más de prisa. A la edad en que las morenas se mantienen aún en el apogeo de su hermosura, las rubias, por lo general, decaen rápidamente.

Si yo fuera rubia, procuraría por todos los medios conservar esa dorada fragancia que es el tesoro de la mujer, parecida, por su tez, á la Afrodita. Para eso no hay más que un sistema: el régimen, y la voluntad necesaria para observarle con todo rigor.

Hay mujeres rubias que se tiñen de negro las pestañas, para obtener su contraste con el oro de los cabellos...

Si yo fuera rubia, evitaría el caer en semejante error, que supone, además de un gusto dudoso, una incomprensible ingenuidad.

Si yo fuera rubia, no soñaría con los países del sol.

Las rubias son hijas del Norte, y deben vivir bajo el cielo donde su belleza florece. El cutis rubio no puede resistir la intensidad de los rayos solares, y allí donde el rostro de una morena no sufre alteración alguna, el de una rubia aparece abrasado en cuanto ha sido expuesto durante algunas horas al fuego del sol.

Si yo fuera rubia, no me cortarí el pelo. La mujer rubia necesita de su cabellera, que es la gala mejor de su belleza.

Si yo fuera rubia, evitaría el abuso, y quizá el uso, de los afeites. La epidermis de las rubias es demasiado delicada para tolerar la acción nociva de los colores, y, por otra parte, esa epi-

Antonio Moreno, el ya célebre actor español de la pantalla, que, interrumpiendo su actuación en Hollywood, pasa actualmente una temporada en España



Greta Nissen, otra de las «stars» de las «Famous Players»



dermis tiene matices naturales de tal delicadeza, que ningún afeite puede reemplazarlos con ventaja.

Si yo fuera rubia, no me casaría con un hombre rubio también. En general, ha de buscarse el tipo diametralmente opuesto para el complemento amoroso del ser.

Y, por último, si yo fuera rubia, tendría que cambiar de profesión, porque me creería incapaz de prestar intensidad á un carácter. Por eso admiro á las rubias que triunfan en el cinematógrafo, venciendo esa terrible aureola de serenidad que las rodea, y que parece impenetrable á la emoción.



Luisa Brooks, la encantadora y traviesa ingenua del teatro del silencio, en su papel de «Amalos y déjalos», la nueva comedia cinematográfica de la Paramount

Un argumento de película “ÁMALOS Y DÉJALOS”

CUANDO murió su madre, Juanita fué á vivir con Matilde, quien la quería como se quiere á una hermana menor, á pesar de los disgustos que la daba. Juanita y Matilde traba-

jan en el gran almacén de departamentos de Ginsburg, uno de los más grandes y acreditados de la ciudad. Con las dos hermanas trabaja Guillermo Billingsley, encargado del adorno de los escaparates del almacén. Guillermo está enamorado de Matilde, la mayor de las dos hermanas. Esta ama á Guillermo con verdadera pasión. Llega el verano y con él las vacaciones de Matilde. La joven se dirige al campo con el objeto de pasar unos quince días de descanso lejos del ruido y la agita-

ción de la ciudad; mas es tanto el deseo que tiene de estar cerca de Guillermo, que á los dos días de haber partido vuelve á Nueva York, con el firme propósito de aceptar la proposición de matrimonio que pocas semanas antes le hiciera Guillermo. A su llegada á la casa de huéspedes donde vive con su hermana, lo primero que Matilde hace es avisar á sus amigos y compañeros de hospedaje que su regreso inesperado del campo se debe á su inminente boda con Guillermo. Aquellos felicitan



Luisa Brooks y Lorenzo Gray en una escena de «Amalos y déjalos»

á Matilde, y el ama de la casa de huéspedes propone darle una sorpresa á Guillermo, en celebraci3n del futuro acontecimiento, cuando el joven vuelva del *cine*, á donde habia ido en compa1ia de Juanita. Trágicamente, ignorantes de la broma que sus amigos les preparaban, Guillermo y Juanita se detienen ante la puerta abierta y se dan las buenas noches con un sonoro y apasionado beso. Una descarga eléctrica que hubiese caído en mitad del aposento, no habria causado conmoci3n más grande é Matilde que la que le produjo la perfidia de aquel beso. Repuesta, sin embargo, en seguida de su asombro, la humillaci3n y el desenga1o de Matilde t3rnanse, simultáneamente, en agresiva y cínica determinaci3n, como lo revelan estas palabras, las cuales producen en quienes las escuchan el efecto de un ca1onazo disparado á quemarropa: «De hoy en adelante, mi lema será: *Amalos y déjalos.*»

Siguiendo los consejos de Lamberto Woodruff, un sujeto tan antipático como su apellido, Juanita pierde el dinero de la Liga de empleados del almacén donde trabaja, de la cual es tesorera, en las carreras de caballos. Con el objeto de recuperar el dinero perdido, pues tiene que rendir cuentas la noche misma del gran baile de máscaras, Juanita apuesta los últimos veinte dólares que

le quedan al caballo que le indica Lamberto, «un caballo ganador seguro». En esta ocasi3n el pronóstico de Lamberto sale cumplido y los veinte dólares de Juanita se convierten en cien, que aquél se guarda bonitamente en el bolsillo. La señorita Amelia Streeter, jefe del departamento donde Juanita y Matilde trabajan, y presidenta de la Liga, exige de aquélla la entrega inmediata de los fondos que tiene á su cuidado. No sabiendo qué hacer, Juanita, presa de terror pánico, declara que los dejó en el caj3n de un mueble que está en su habitaci3n, y, aunque no lo dice claramente, insinúa que la autora de la sustracci3n es su hermana Matilde, pues nadie más que ella sabía que el dinero estuviese guardado en aquel lugar. La oportuna llegada de Matilde á la habitaci3n, seguida de las debidas explicaciones, motiva que la presidenta de la Liga se retire con la promesa formal de que la devoluci3n del dinero será un hecho antes de las once de la noche, que es la hora fijada por aquélla para dar parte á la policia, si los fondos que Juanita tenia á su custodia no han sido entregados. Enterada Matilde por su hermana de que Lamberto es el responsable del predicamento en que esta se encuentra, aquélla se dispone á poner en ejecuci3n un plan que de seguro habrá de darle el resultado desea-

do. Matilde manda á su hermana al baile de la Liga, como si nada hubiese ocurrido, é invita á Lamberto á su habitaci3n para «pasar con él una velada divertida». Mientras Juanita baila y se divierte con Guillermo en el almacén de Ginsburg, convertido en un suntuoso salón de baile, Matilde pone en juego toda su femenil astucia para sustraer la cartera con el dinero de su hermana del bolsillo de la chaqueta de Lamberto. Suenan las once de la noche y la señorita Streeter, creyendo firmemente que Matilde no entregará el dinero como le habia prometido, se dispone á llamar á la policia, y así se lo participa á Guillermo. La acusaci3n de la señorita Streeter, que él considera absolutamente infundada, obliga al joven á revelarse en defensa del honor de la mujer á quien en mala hora habia desdeñado. Lamberto recibe su merecido á manos de Guillermo; la señorita Streeter se da por muy satisfecha con la devoluci3n del dinero; Guillermo y Matilde hacen las paces, en la forma natural y lógica que supondrá el inteligente lector. Juanita, la coqueta eterna, perdic3n de los hombres débiles, sale del baile de la Liga del brazo del propietario del almacén para tomar el elegante automóvil Rolls-Royce que está esperando á la puerta.

Las
artistas
favoritas
del
público



(Fot. G. L. Manuel
Frères)



Wanda Wiener, la gentilísima bailarina austriaca, que triunfa en el «Casino» de París



ESTAMPA EXÓTICA DE HILARIDAD

A pesar de que el Circo se ha hecho ya espectáculo habitual en Madrid, siempre, por tradición, la primavera cortesana recibe su primer saludo de los también tradicionales payasos, «tozudos», «tontos» y «clowns» del Circo de Parish. Al verlos en la pista con sus muecas grotescas, sus contorsiones risibles, sus absurdas piruetas, el buen madrileño tiene una sonrisa satisfecha, mientras exclama:

—¡La primavera ya está aquí!

Y oficialmente, la estación vernal es saborea-

da, traída entre cabriolas y chistes por la *troupe* de la hilaridad.

Hilaridad, gracia, espíritu cómico, que siempre, no sabemos por qué, tiene un acento exótico. Ciertamente son mayoría los clowns, barristas y «tozudos» extranjeros. Pero abundan los artistas cómicos españoles. Nuestros saltadores son reputados como entre los mejores del mundo.

Y, sin embargo, en nuestras pistas suena siempre la voz de los payasos con un acento exótico... Alegría en el circo de España, con sonidos gutu-

rales, consonantes nasales y suaves *erres* muy arrastradas... ¿Tradicción? ¿Snobismo? No sabemos. Pero mejor sería renovar un poco el hábito, romper con la costumbre de que el *mimo* español hiciera sus chistes en castellano neto... Mostrar así a las gentes que también en estas tierras de Castilla, entre los rubios trigales de pan llevar, crece detonante, llamativa, henchida de color, la amapola de la alegría y la gracia juvenil y confortadora de la risa...

(Dibujo de Escribá)

DESDE EL PAÍS VASCO

Un filántropo vascongado que lega su fortuna para cultura, beneficencia y un premio de medicina

CUANDO la última voluntad de un ciudadano es como la del vizcaíno D. Laureano Jado y Ventades, la ciudad, el día que pierde a su vecino, vale un poco más, y la memoria del muerto pertenece al público.

No es frecuente la ejemplaridad entre los humanos para que pueda descuidarse la difusión del conocimiento de una vida que puede servir de modelo a tantas otras que se desgastan en la inacción infructuosa, en la mediocridad egoísta.

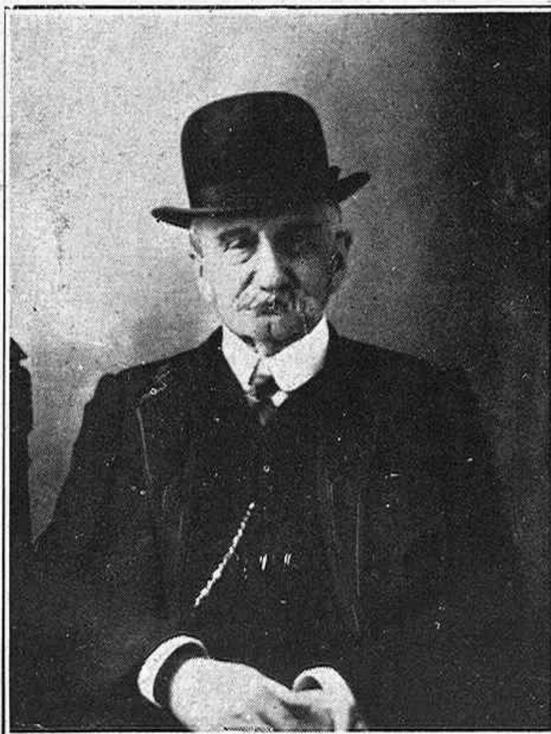
Vivir para ganar y guardar, ó vivir para ganar y gastar, suele ser frecuente; pero asignarle, tanto al dinero que se gana y guarda, como al que se gana y gasta, un designio futuro polarizado hacia un bien general, no es hoy todavía norma de conducta demasiado extendida.

Don Laureano Jado y Ventades, al socaire de una afición—afición de coleccionista de cuadros—, con necesidades tan escasas como las suyas, se encontró, al cabo de sus ochenta y tres años, con otra colección también importante: tres millones de pesetas y más. Y cuadros y dineros van a ir a parar: unos, al Museo Provincial de Bilbao, y los otros, a obras de enseñanza y beneficencia.

Sin embargo, a nadie le ha cogido de sorpresa lo acontecido, a pesar de la cuantía de la donación. Hay personas en cuyas vidas la intención está como montada al aire, y las gentes captan esta intención de modo inequívoco. La vida de Jado ha sido de éstas, y no podía parar más que en esto. Sus albaceas testamentarios podrían haberse ahorrado el trabajo de rasgar el sobre donde se guardaba la última voluntad del finado; les habría bastado preguntárselo a la gente; tan patente y tan clara se hacía para todos lo que había de acontecer.

•••••

La colección de cuadros, valorada en más de un millón de pesetas, es una de las dos mejores



DON LAUREANO JADO Y VENTADES

Ilustre filántropo bilbaíno fallecido

que existen en Bilbao. La otra, que puede compararse en importancia, pertenece al Sr. Gorostiza; y la fama de ambas hace muchos años que ha rebasado el ámbito comarcal. Los críticos y aficionados tienen noticia cierta de estas dos galerías.

La colección «Jado» se compone de trescientos cuadros verdaderamente bien elegidos y adqui-

ridos. El criterio seguro de su propietario sabía, a la hora de lidiar con el marchante, vestirse la cota de suspicacias tejida con los hilos del saber y de la cautela.

Recuerdo entre las piezas más notables de la galería: una *Magdalena*, del Greco; una *Escena de humildad*, del mismo autor; un *Felipe V*, de Housse; un *Carlos IV*, de Goya; un *Retrato*, de Van Dyck; una *Cabeza de estudio*, de Jordaens; una *Escena del Quijote*, de Fragonard; una *Adoración de la Virgen*, de Engelbrechts; un *Descendimiento*, de Weyden; un *Banquete*, de Bruegel (el viejo); unas *Fiestas campestres*, de Lancret; más numerosos lienzos y tablas de las escuelas holandesa, italiana y española.

Conoció bien, sin duda, el Sr. Jado la estructura y funcionamiento de nuestros museos, y, en previsión de contingencias—en esto fue profeta—, tuvo el acierto de legar «además una cantidad prudencial (25.000 pesetas) para gastos de traslado é instalación»; detalle revelador de la preocupación que para él constituyó el buen acondicionamiento de su importante legado artístico.

•••••

En la pintoresca antología que podría componerse con los lugares comunes que se oyen formular en los cortejos fúnebres, Bilbao habría de figurar con esta interrogante: «¿Cuánto ha dejado para beneficencia?»

Tan vieja costumbre la de legar mandas para el Hospital Civil y la Casa de Misericordia, que el hábito se ha concretado en fórmula para el proceder y en fórmula para el decir; y da idea cabal del lugar preferente que en lo afectivo reservan mis convecinos a estas dos instituciones.

Pero el Sr. Jado no sólo ha suscrito la tradición, sino que ha hecho algo más: se ha permiti-



«Magdalena», tabla de El Greco



«Escena de humildad», cuadro de El Greco

do la elegancia de causar su poquito de historia, que es rebasar en algo el molde consuetudinario; y en la norma clásica de la filantropía vascongada ha iniciado una diversión estratégica de parte de sus caudales hacia el Sanatorio Marino de Gorliz, institución sin abolengo, modernísima, para niños pretuberculosos.

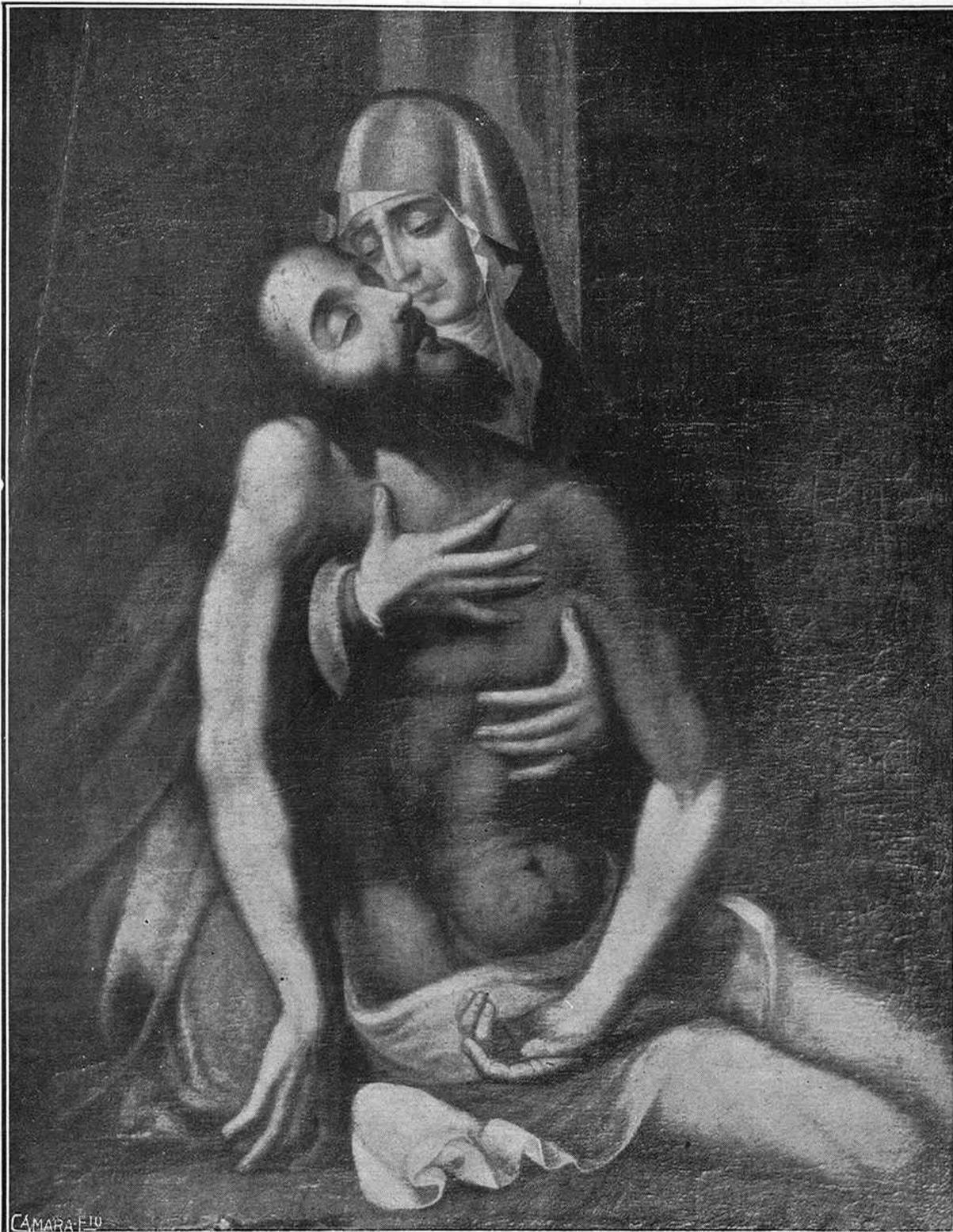
La Casa de Misericordia, que recientemente ha sido favorecida con un millón de pesetas, donado por el hermano de la Junta D. Luis Briñas, es también ahora atendida, aunque en menor proporción que Gorliz y el Hospital: entre ambos se reparten una casa de vecindad en el Arenal de Bilbao, valorada en medio millón de pesetas, y extensos terrenos en el término municipal de Erandio, cuyo valor asciende á otro tanto. Figuran, además, en el testamento otros legados de menor cuantía para varios institutos benéficos.

Pero la originalidad del testamento se debe á que los legados para beneficencia se simultanean con otros para cultura, destinando una parte mucho mayor á los fines culturales que á los benéficos.

Porque, con todas las excepciones que conengan al caso, puede decirse que la munificencia cultural, aquí, en el Norte, es de origen indiano. El muchachito aventurero que en el albor de la vida se expatriaba, creía siempre tomar pasaje para Jauja, y en lugar de Jauja se encontraba con que en la ribera de enfrente le aguardaba una lucha ruda por la vida. Si allí, sin medios, sin instrucción, con sólo una voluntad desahorada, conseguía vivir y luego enriquecerse, emprendía el retorno trayendo plegada en el alma «la gran ilusión»: la escuela para su pueblo, escuela dotada de todo aquello que á la suya y á su instrucción le faltó; y que él, ¿quién mejor lo había de saber?, lo tuvo que suplir con cuánto esfuerzo...

Jado, sin embargo, pertenece á la excepción: no fué indiano, ni hubo que luchar por la fortuna; empero, vivió madurando también «su gran ilusión». A ella dedica cerca de dos millones de pesetas. Las fundaciones son dos con idéntica consignación en metálico: 420.000 pesetas para sostenimiento y 130.000 para edificación; una se denominará «Fundación Ventades», y se levantará en Munguía, su pueblo natal, y la otra «Fundación Jado», en el pueblo de Erandio. Esta última dispondrá, además de la cantidad en metálico citada, de una gran parte de los pertenecidos que el Sr. Jado poseía en este término municipal, y cuyo valor se eleva á más de medio millón de pesetas.

Y, finalmente, se cierra el testamento con la cláusula que instituye el premio de medicina; dice así: «A la Real Academia de Medicina, 75.000 pesetas, cuyos intereses serán destinados



«La Piedad», cuadro atribuido al divino Morales



«El banquete», original de Bruegel, el Viejo

á la fundación de un premio anual, que llevará el nombre de «Premio Obieta» (1), destinado á premiar á un médico español que se haya distinguido en el año por sus escritos, ciencia, profesorado, ó en el ejercicio de su profesión, á juicio de la Academia.»

•••••

Los ganchos de traperero con que D. Luis Bello se *obstina* en escarbar por los rincones de España han solido sacar prendidos en las puntas expedientes de escuelas que no se construyen y de mandas que no se pagan. Yo tengo la seguridad que las fundaciones «Jado» y «Ventades» se construirán, y que las mandas serán pagadas. Al arbitrio de una junta de patronato, integrada por el alcalde, cura párroco y mayores contribuyentes, queda la ejecución y tutela de las fundaciones. Vizcaya ha demostrado, en materia de enseñanza, que sabe construir locales y dotarlos con decoro. Sabe, pues, lo que debe hacer; pero quizá el consejo de lo que deba evitar pueda ser bien aprovechado de quien ha visto tanto bueno y también tanto malo; consejo que, sin duda, será otorgado con toda la bondad que Bello pone siempre en sus afectos.

JUSTO D. SOMONTE

(1) Don Agustín María de Obieta, tío del Sr. Jado, fué, en su época, el médico más afamado de Bilbao. Parte de la fortuna del Sr. Jado provenía de la herencia de Obieta.

EVOCACIONES HISTÓRICAS UNA ALMONEDA VERGONZOSA

LA monarquía imperial que instituyera Augusto encerraba el grave peligro que á la muerte de Nerón hubo de manifestarse bien á las claras: el predominio del elemento militar, acrecentado por la ineptitud, la vileza y vesania de los príncipes, la repugnante adulación del senado y la estúpida indiferencia del pueblo rey, que, al perder sus virtudes cívicas, convirtiéndose en un despreciable populacho.

Convencidas de su fuerza las legiones acampadas en las provincias del vasto imperio romano, con sus sediciones decidían en la elección de los emperadores. Estos, para tener propicios á los que principalmente contribuían á su exaltación, hacíanles un donativo cuya esplendidez pudiera satisfacerles.

Menos disciplinados que los que en los campamentos estaban á vista del enemigo, los pretorianos encargados de la guardia del emperador llevaban una vida licenciosa y acompasaban su fidelidad á las dádivas y provechos que recibían ó esperaban recibir del César, y si éste no les era grato, ó no satisfacía sus exigencias, amotinábanse y, atropellando por todo, llegaban hasta el asesinato del príncipe, como hubo de ocurrir con Pertinax.

Pertinax, hijo de un liberto tratante en carbón, era un excelente general que se distinguió en la guerra de los Partos, ejerció el consulado, gobernó varias provincias y desempeñó el envidiable y peligroso cargo de prefecto de Roma. A pesar suyo, fué elegido sucesor del execrable Cómodo.

Los pretorianos, descontentos con la severidad y avaricia del César, resolvieron «eliminarle». Trescientos de ellos en armas penetraron en el palacio imperial y asesinaron vilmente á su emperador (28 Marzo 193).

Había reinado ochenta y siete días.

Momentos antes de la irrupción de los pretorianos en el palacio, Pertinax había enviado á su campamento para tranquilizarlos á su suegro Sulpiciano, prefecto de Roma.

Sulpiciano entró en el pretorio bien ajeno de que en él los rebeldes habían de mostrarle como un lúgubre trofeo la cabeza del emperador.

El hombre quedóse estupefacto contemplando el terrible despojo clavado en una lanza, y, después, en vez de récriminar á la soldadesca por la cruel felonía, compuso el rostro, y como si se tratara de la cosa más natural del mundo, manifestó á los asesinos su propósito de comprarles la púrpura empapada en la sangre de su desdichado yerno.

Los pretorianos, en la esperanza de que el desaprensivo pretendiente no había de regatearles el precio, mostráronse prontos á entrar en tratos. A ellos nada les importaba que fuera emperador Sulpiciano ú otro cualquiera, con tal de que el donativo estuviera en consonancia con el servicio que se les pedía.

Sulpiciano que, en su necia vanidad, empezaba á esponjarse teniendo por asegurada su proclamación, quedóse más estupefacto aun que á vista de la sangrante cabeza de su yerno, al aparecer en lo alto del muro un competidor: Didio Juliano.

Descendiente del famoso jurisconsulto de Adriano, este Didio era por sus riquezas y los elevados cargos que había desempeñado uno de los principales personajes de Roma. Tenía en su contra su mucha y pueril vanidad y el predominio que sobre él ejercía su orgullosa mujer Manlia Escantila, á la cual su desapoderada ambición hubo de sugerirle, al saber la trágica muerte del César, la idea descabellada de que su marido vistiera la púrpura.

Juliano, falto de juicio, halagado en su vanidad y conduciéndose como un joven inexperto, á pe-

sar de sus sesenta inviernos, al enterarse de que Sulpiciano trataba de atraerse á su causa á los pretorianos, le faltó tiempo para trasladarse al pretorio, con la idea de desbaratar el plan de su adversario.

La vergonzosa almoneda de la púrpura imperial era como un duelo entre los dos rivales que blandían, en vez de espadas, los sextercios: Juliano, en lo alto del muro, Sulpiciano dentro. Los pretorianos, naturalmente, no tenían ninguna prisa en terminarlo. Ya los licitadores habían llegado en sus posturas hasta ofrecer 20.000 sextercios, cuando Juliano, en un arranque, pujó de una sola vez 5.000 sextercios más. Anunció la puja á gritos, indicó con los dedos la suma, y hasta llegó á arrojar sus tablillas sobre los del pretorio, haciendo constar como argumento decisivo que «restablecería la memoria de Cómodo, mientras que Sulpiciano vengaría la muerte de su yerno Pertinax».

Sulpiciano, con rabioso despecho, cesó de licitar: sus «posibilidades» no le permitían sobrepasar tal derroche.

En forma tan ignominiosa se remató la púrpura imperial; cada uno de los pretorianos recibiría como donativo unas 6.000 pesetas de nuestra moneda.

Los padres conscriptos, para mayor afrenta,

confirmaron la elección de Didio Juliano. En cambio, el populacho negóse á reconocer la suprema autoridad al que consideraba como un usurpador.

El flamante príncipe reinó precariamente sesenta y seis días. Sólo tuvo tiempo para batir monedas en su honor, casar á su hija Didia y declararla «Augusta».

El ejército de Panonia, que mandaba Septimio Severo, proclamó emperador á su general. Marchó éste sobre Roma, previo aviso de que se disponía á vengar la muerte de Pertinax.

Juliano mendigó inútilmente de su formidable adversario la vida y compartir el poder.

Entregados de una manera cobarde por sus compañeros los trescientos pretorianos que intervinieron en el asesinato de Pertinax, el Senado decretó la muerte de Juliano, dió los derechos imperiales á Septimio Severo y los honores divinos á Pertinax.

Juliano fué asesinado hallándose en el lecho. Sus últimas palabras fueron: «¿Qué mal he hecho yo?»

Su competidor Sulpiciano fué uno de los veintinueve senadores condenados á muerte por haber sostenido la rebelión de Albino.

DEL PADRE MANANTIAL



ENRIQUE GONZALEZ ROJO

A Enrique González Rojo, hijo de Enrique González Martínez, y autor de los Poemas «Espacio».

Recorriendo el «Espacio»
de un mundo ideal,
acreció la sed de mi espíritu,
sediento de una joven linfa en que abrevar.

Y vino á mí, armónica y límpida,
la nueva gota de cristal,
como un diamante raro y puro
de una mina de ensueños quizás.

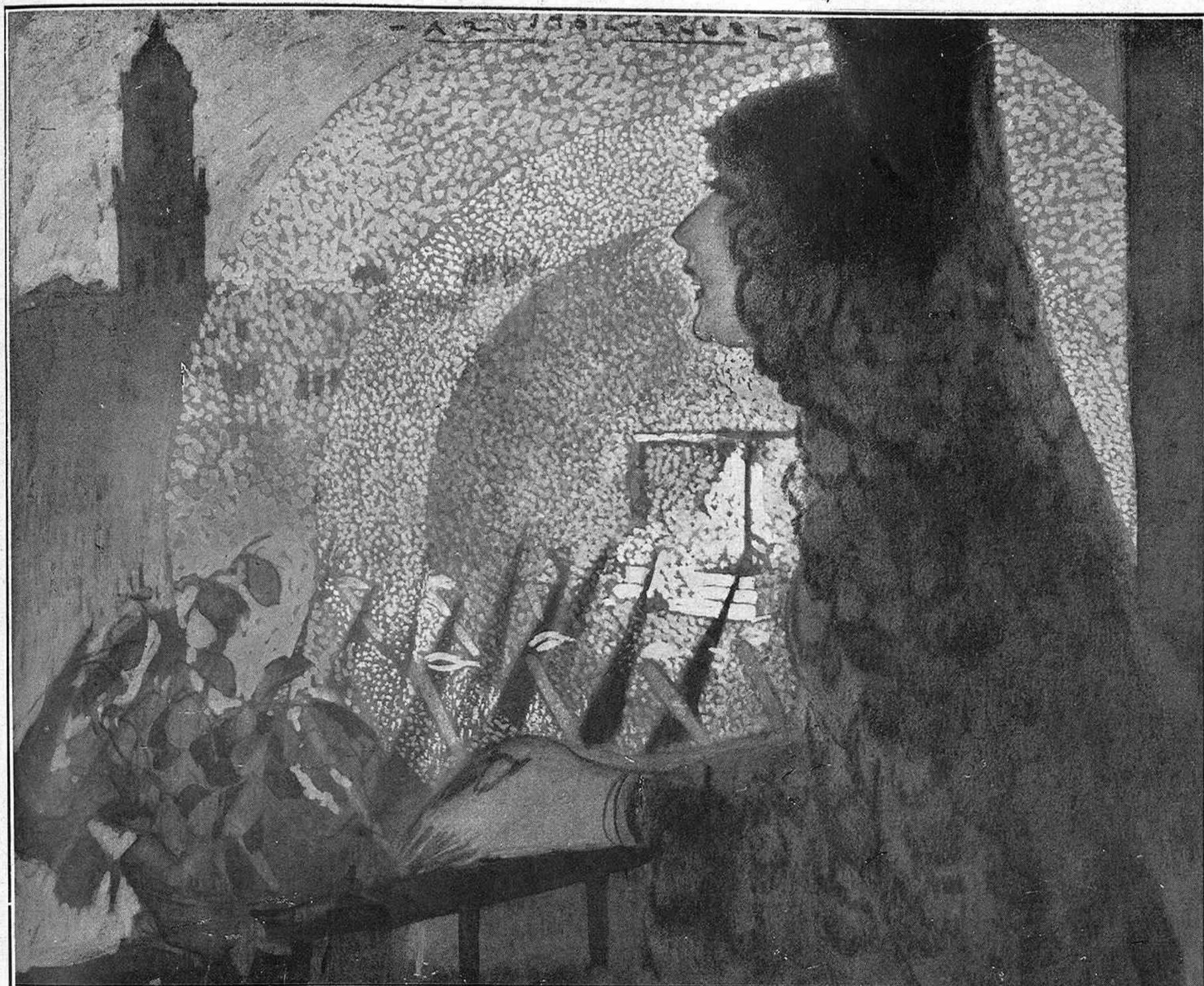
Traía la corriente
primaveral
sabor á varia tierra cosmopolita,
olor á diverso mar
y aires de amores tempranos
todavía no hechos carne de realidad.

Hay que encontrar la fuente — dije —
y proseguí mi interno andar
siguiendo el trazo recto
del precioso hi'o de cristal.

Y recorrido el áureo «Espacio»,
satisfecha la sed, exclamé: ¡Ya!...
Era la vena joven que fluía
de innumerable y glorioso manantía.

Manuel S. RICHARDO

ALEJANDRO LARRUBIERA



P R O C E S I Ó N

*Destrenzadas, las saetas
clavan el cielo de bronce.
Se queda el corazón preso
en la red de las canciones.
Van como palomas negras
heridas. Entre las voces
hay un resquicio de llanto
lejano, triste, salobre,
brisa lenta del calvario
que aromatizan las flores
pasionarias. En los ojos,
un brillo de lagrimones
y un acogerse de luces
pajizas, bajo la noche.
Palpita una campanilla
su escala de carillones,
vaso de cuenco sonoro
sangre musical recoge.
La sierpe de nazarenos
mueve línea de luz doble*

*muy melancólicamente.
Lejos, rumor de tambores.*

*Llévate ahora, procesión,
mi corazón en tus andas,
tranquilamente latiendo
bajo la luna de plata.
Clávame en él, procesión,
tus saetas desgarradas
y las gotitas sonoras
de tus campanillas blancas.
Que los puntos suspensivos
luminosos de tus llamas,
rellenen con su misterio
los rincones de mi alma.
Y dame tu buen silencio
perturbado de campanas,
en el nocturno doliente
lleno de estrellas y lágrimas.*

José María SOUVIRÓN

(Dibujo de Aristo Téllez)

Elegancias

El traje de tarde y la línea circular

EL traje de tarde es el más importante de todos los que, en el transcurso del día, utiliza la mujer. Por serlo, exige más cuidado su elección. Un traje de mañana resulta bien con tal que se le confeccione de algún material gracioso y se le adorne con un cuellecito y unos puños última moda. El traje de noche, por sencillo que sea, logra un éxito si la que lo viste es, naturalmente, *chic*, si posee una silueta distinguida y si sabe peinarse y arreglarse con distinción; pero el llamado «traje de tarde» tiene que poseer valor estético propio, logrado mediante un corte perfecto y un género bueno si no se desea que lo haga trizas la crítica femenina en esas reuniones de tarde en que la única obligación es el chismorreo.

Sucede que muchas de las mujeres más elegantes añaden á sus deberes exclusivamente de sociedad otros filantrópicos ó culturales que las obligan á salir de casa casi inmediatamente después de almorzar é impiden el volver á ella á tiempo de vestirse para asistir á una recepción ó un té. Precisa, pues, que las que por necesidad ó gusto se ven forzadas á este ajetreo tengan dos ó tres modelos de trajes de tarde que sirvan igualmente para asistir á una junta, visitar una Exposición, oír una conferencia y lucirse en una recepción diplomática ó en un té elegante.

Hace algunos años, cuando la Moda y la costumbre tenían decretado el que desde las cinco de la tarde hasta las nueve de la noche fuese «de etiqueta» el llevar un enorme sombrero cubierto de plumas, traje de media cola y mangas rematadas por largos puños de frágil encaje, hubiera sido imposible el frecuentar en una sola tarde lugares tan distintos, y de hacerlo, la *toilette* ya mencionada hubiera resultado inapropiada; pero de algún tiempo á esta parte, la Moda ha desarrollado un envidiable sentido práctico, y la



Sombrero de seda con una aplicación de bordado multicolor
(Modelo Blanchot)

Sombrero de paja «beige» con cinta de «gros grain» del mismo tono
(Modelo Mimosa)



Sombrero de paja con adorno de flores
(Modelo Talbot)



Sombrero de fieltro adornado con paja
(Modelo Nandine)



Sombrero de paja adornado con cinta de seda
(Modelo Boinard)



Sombrero en «gros grain» palo de rosa, guarnecido de una cinta de paja rosa y azul
(Modelo Roger)

mayoría de los modelos más *chic* que ahora se confeccionan para usar por las tardes son de una exquisita sencillez á la par que de impecable corte, pudiéndose utilizar lo mismo para un acto de cultura que para una reunión de sociedad.

Son varios los modelos ideados por los grandes modistos para este tipo de vestido. Siendo todos muy lindos, exigen ser llevados por personas de muy distinta figura. Quizás el que mejor siente á la mayoría sea el modelo de talle largo levemente fruncido en las caderas y en ocasiones todo en derredor. Exige este traje que la falda vaya prendida con absoluta juteza y que tenga algo de vuelo, para evitar una tirantez antiestética.

Dicha amplitud puede colocarse en frunces ó pliegues en la delantera, sólo ó en la delantera y la espalda, y tratándose de personas muy del-



Sombrero de paja con una cinta y trencilla de seda

(Modelo Alphonsine)

gadas, alrededor del cuerpo todo.

El modelo que va acompañado de una chaquetita de bolero resulta muy gracioso para tardes, y sienta admirablemente a las mujeres de acentuada delgadez, y más si son de tipo añado. Se ven los boleros lo mismo en los trajes de encaje que en los de *kasha*. Para aumentar el efecto juvenil de este vestido puede hacerse la falda de dos volantes sesgados. El bolero, como la capita colocada en los hombros, y bajando hasta las caderas, favorece mucho a la mujer que es un poco cargada de espalda.

Se están llevando bastante los blusones confeccionados de género que tienen un diseño de rayas horizontales. Estas telas resultan bien en mujeres de hombros muy estrechos; pero son un desastre cuando las utilizan mujeres de fuerte contextura. Lo propio ocurre con los canesús y con los escotes re-



Vestido de noche en crespón de seda azul cielo, bordado de perlas y «strass»

(Fot. Henri Manuel)

dondos. Claro que, á veces, un collar largo consigue cortar la línea ó prolongarla, evitándose el peligro antedicho. Se ven mucho como adorno de faldas y al pie de los blusones, las tiras cortadas al sesgo, unas veces de un color contrastante, otras utilizando el género al revés, obteniéndose así alguna diferencia de entonación que destaque el adorno.

La mujer gruesa que no puede usar las rayas diagonales y quiere estar á la moda, puede utilizar guarniciones de jaretitas sin efectos de color y resultará á la Moda sin aumentar su volumen.

Muchos de los modelos más elegantes de tarde logran el efecto circular por medio de flecos colocados en torno á las faldas ó de menudos volantes plegados.

Cada día se acentúa más la tendencia hacia el traje *composé*, como llaman ahora los cronistas de la Moda al vestido confeccionado con dos géneros distintos y más de un color ó graduaciones del mismo.

Las combinaciones que más prevalecen son castaño y beige, azul marino y amarillo, verde y gris. También se ven mucho los de falda á cuadros y blusón de un solo color, de ordinario igual á uno de los que tiene la prenda bajera.



Sombrero de paja con una aplicación de bordado en metal

(Modelo Marín Gay)

Sin embargo, las mujeres que poseen un guardarropa limitado deberían contentarse con vestidos de un solo tono.

Se ven algunos trajes confeccionados de sedas ligeras adornadas con un diseño geométrico ó con flores diminutas sobre fondos neutros.

El *georgette*, el crespón *romain* y el *marocain*, la falla y el raso crepé son los géneros predilectos para los trajes primaverales de tarde. De vez en cuando se ven algunos modelos de *tajeta* muy lindos.

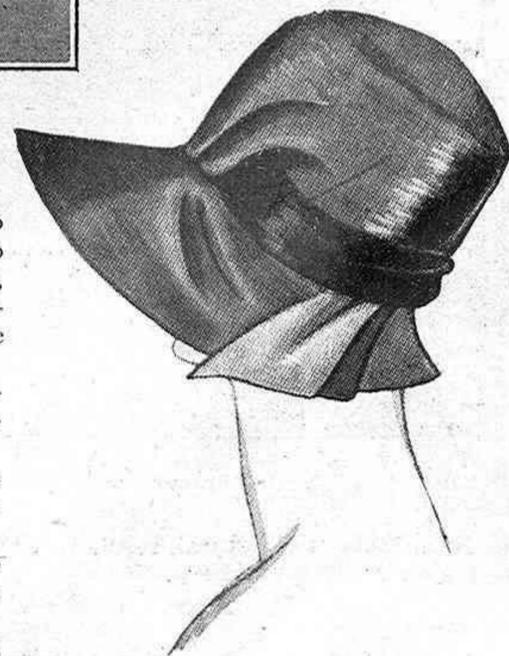
Las mangas siguen haciéndose largas y cada vez más ajustadas al brazo, adornándose mucho los puños con bordados ó cintas. Cuando el vestido es muy sencillo precisa que se le anime con algún accesorio. Las flores de color contrastante que tanto se han llevado este invierno pasado con los trajes de calle, de tarde y de noche, van siendo substituídas por alfileres de preciosos diseños esmaltados de piedras. El efecto es muy lindo.

I. P.



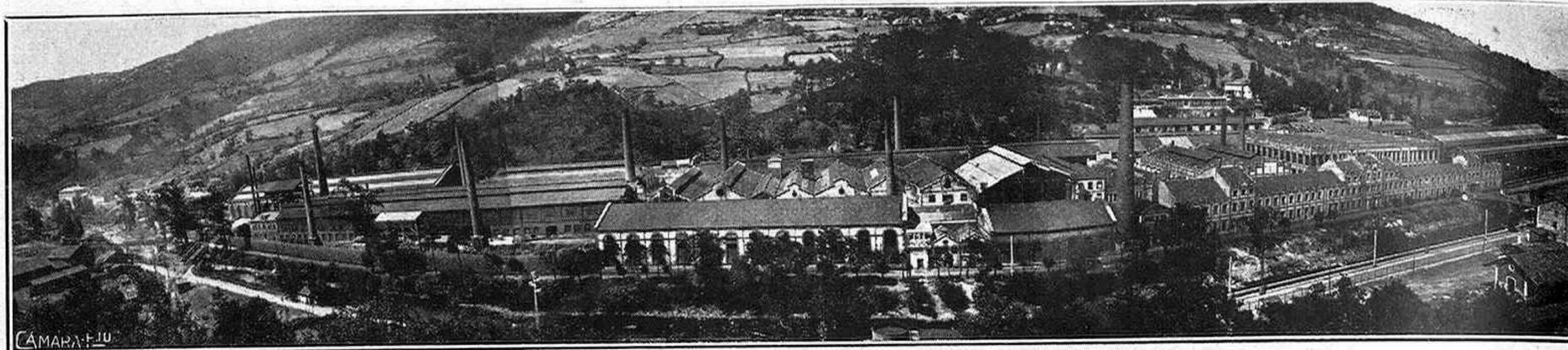
Sombrero de seda con adorno de cinta

(Modelo Germaine Page)



Sombrero de seda con cinta de terciopelo

(Modelo Margueritte et Germaine)



Vista general de la Fábrica de cañones de Trubia

Es por la mañana; al levantarme veo las cristalerías del mirador vencidas por la luz. He quedado largo tiempo ensimismado, y avanzando unos pasos, en el fondo, junto al horizonte, se muestra altiva la amplia curva del Naranco.

A lo largo de una cinta sin fin, oculta á veces, se presiente el chirriar de las carretas, y en la canción de su marcha fatigosa nos quiere invitar para que también nosotros gocemos, al despertar de este día, todo luz, en que hacemos nuestra primera salida, para que tú, lector amable, conozcas por nuestros pasos cuanto encierra esta tierra astur, fémina feliz que, sin necesitar

INDUSTRIAS DEL ESTADO

LA FÁBRICA DE CAÑONES DE TRUBIA

tasía... Numerosas chimeneas en actividad nos adelantan la noticia de la labor intensa y extraordinaria que pronto veremos en toda su grandeza.

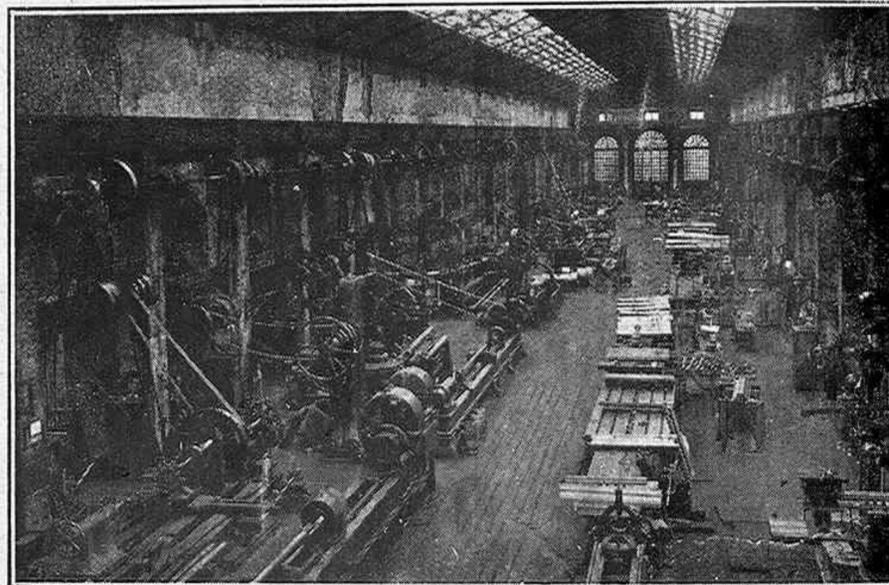
•••••

Hemos pasado el puente, estamos en Trubia, y avanzando unos pasos más nos apeamos junto á la puerta central de la fábrica de cañones.

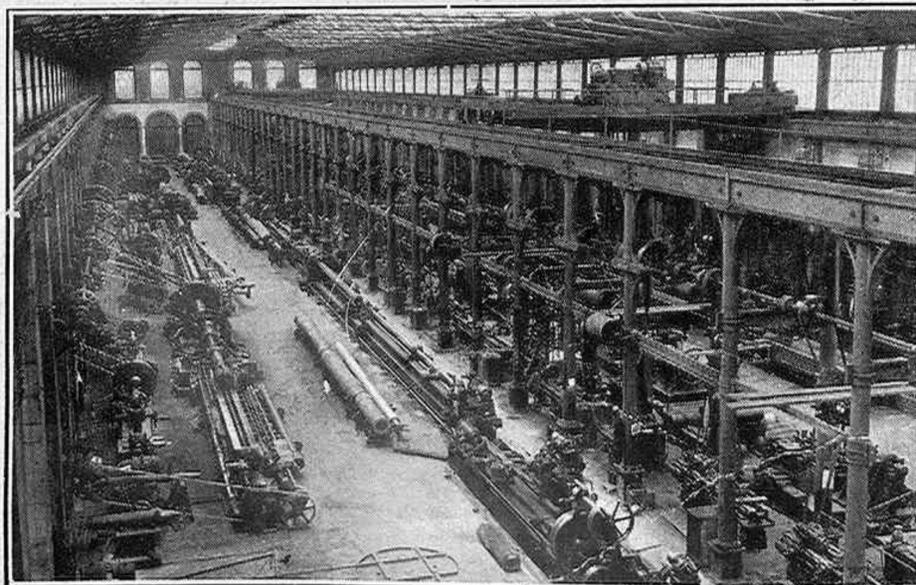
El comandante Galbis, á quien nunca agradeceremos bastante cuanto se molestó por nosotros, con la exquisitez en él habitual, nos presenta al teniente coronel Sr. Soto, que ha sabido fundir en envidiable crisol la simpatía y el saber.



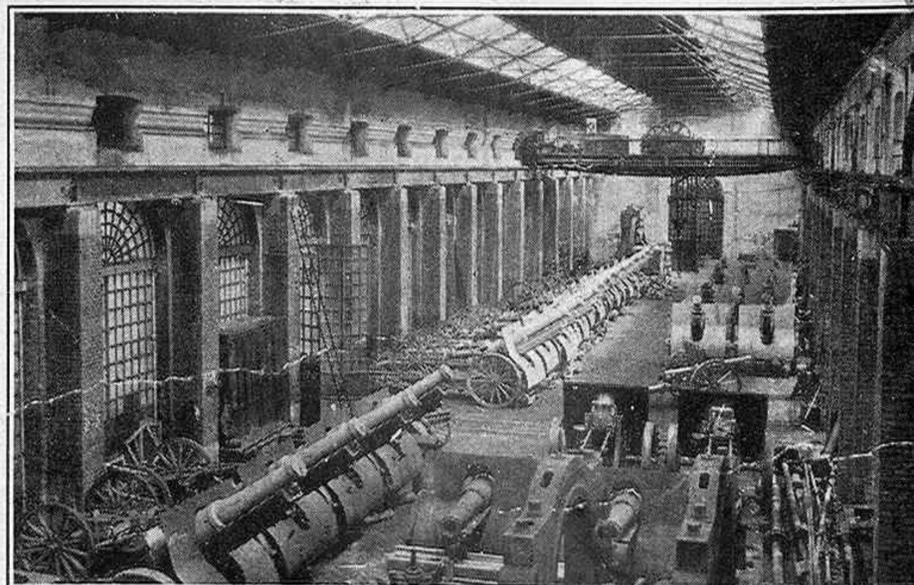
Primera nave del taller «Terminación de cañones»



Segunda nave del taller de artillería



Tercera nave.—Terminación de cañones



Cuarta nave de artillería con material «aparcado»

alifafes, siempre al natural, resplandece policromada en grado superlativo.

•••••

El auto veloz en que caminamos deja á su izquierda el comienzo de una arteria más, que tiene como arribada forzosa el pueblo de Caldas.

Después de un repecho, y pasados unos minutos, oteamos al final de un macizo, y como incrustaciones de pedrería, el ópalo obscuro en que irradian como por encanto gigantes fantásticos que en su constante *fumar* adormecen la vista. Más cerca se transfiguran estos gigantes, y, sueños á un lado, vemos la realidad de nuestra fan-

Enterado de nuestro propósito, accede gustoso á nuestras pretensiones, y en su compañía, con sus eruditas explicaciones, comenzamos á visitar los talleres.

No pretendemos hacer historia de esta Fábrica, que nació en 1795, ni tampoco seguir paso á paso la marcha progresiva y triunfal de su en-



grandecimiento, que tiene su iniciación desde que al frente de ella se puso un artillero ilustre, de brillante historia de este cuerpo, y que se llamó Elorza.

Desde el comienzo de su segunda época, así podemos decir, ha ido sufriendo una gran transformación, reformando y ampliando sus talleres y haciendo cambiar la fisonomía de tal forma, que bien puede asegurarse es otra en aspecto y grandiosidad.

El taller de artillería donde se fabrican piezas desde el calibre 305, cureñas y carros de los materiales de guerra reglamentarios, tiene un local de proporciones insospechadas, y la maquinaria, toda ella modernísima, nos asombra verdaderamente.

En otro hermoso edificio de dos pisos, en la dirección que llevamos, vemos las distintas faenas que se hacen hasta convertir en proyectil el lingote tosco de acero.

Otro taller de fundición y moldeo, cuya instalación extraordinaria se está terminando en la actualidad.

La obtención del acero exige materiales de características determinadas, y la Fábrica, atendiendo á estas necesidades, tiene montados dos hornos Siemens, de 40 y 20 toneladas, con los que se produce toda clase de aceros que el moderno material de guerra exige. Complemento de estos hornos son los talleres de laminación y gran forja que en la Fábrica se encuentran.

Los Laboratorios mecánicos, químico, metalográfico, verdaderos sensores de la misma Fábrica en donde se avala y comprueba cuanto producen, dan una sensación de grandeza difícil de adivinar si no se vive unas horas en esta formidable Ciudad, que parece hecha y dirigida por hombres titánicos nacidos para este fin.

Apartando la parte industrial y técnica, atendidísima en todas sus difíciles fases, no podemos dejar de reseñar la sección social.

El obrero de esta potente industria ha sido siempre objeto de atención, y así se desprende al ver las casas del barrio obrero de la Fábrica, Casino, Biblioteca, Teatro, plaza del mercado, salas de baño, etc., etc.

La enfermería—hospital diríamos nosotros— está montada con los elementos que modernamente se requiere.

No hemos de citar datos de las producciones de esta Fábrica; sólo diremos que esta Ciudad Fabril ha ido constantemente laborando y ganando terreno en el estrecho valle en que se asienta, y hoy día podemos asegurar es la Factoría más importante de la industria militar española.

La central eléctrica, arteria importante de esta Fábrica, primorosamente cuidada por su capitán, y otras cosas más que harían interminable nuestra información, hacen comprender á todas luces que el Gobierno debiera ser pródigo, y sin tacañerías prestar en aumento, por verdadero instinto egoísta, el apoyo necesario que requiere esta Factoría para llegar con un poco más de esfuerzo á ser faceta inconfundible de nuestra actividad fabril.

De esta forma, la centralización de los Laboratorios sería una realidad, y también se llevarían á la práctica los proyectos admirablemente trazados por quienes dirigen los potentes brazos que ejecutan las distintas operaciones de producción para la artillería española.

El ánimo se conforta al retrotraer á la visión lejana cuando presenciábamos la forja de piezas de 14 toneladas que allí, hace ciento treinta años, un ayer en la inmensidad de la vida, asentaban sus reales y ponían los cimientos de esta soberbia Fábrica dos modestos altos hornos, El Volcán y El Incendio, y un taller con varias fraguas de fuelle.

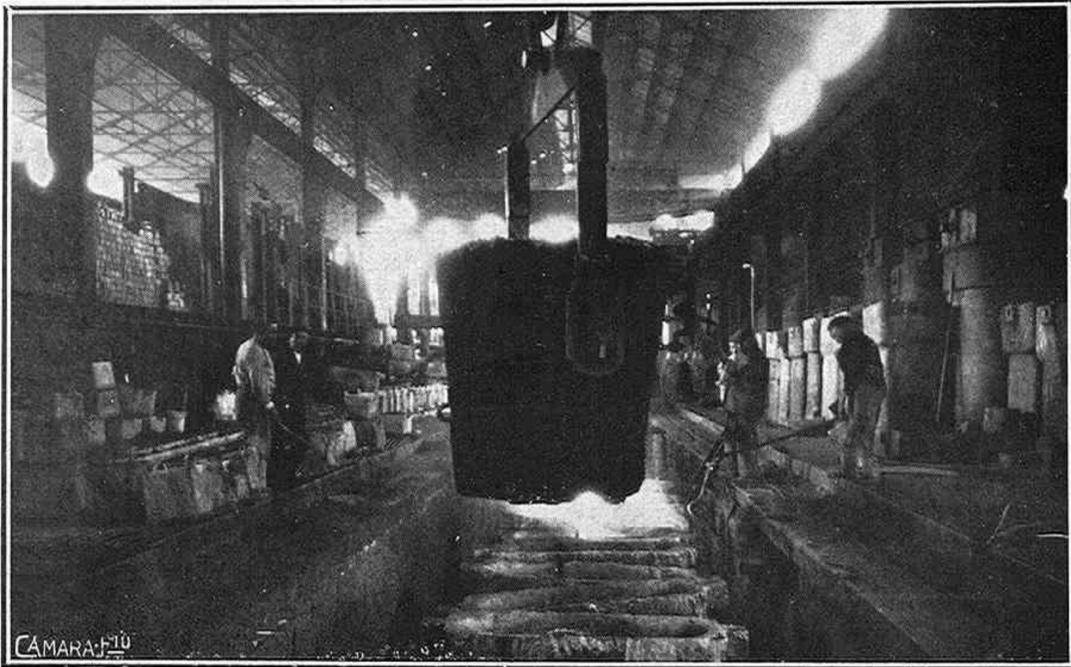
Al final de nuestra visita presenciemos la colada, y el chorro inmenso de acero líquido, acompañado de chispas fugaces, nos hizo comprender al resplandor de su luz rojiza y fantástica todos los valores incalculables que realizan los que, alejados de la ciudad, laboran por la prosperidad de España.

•••••

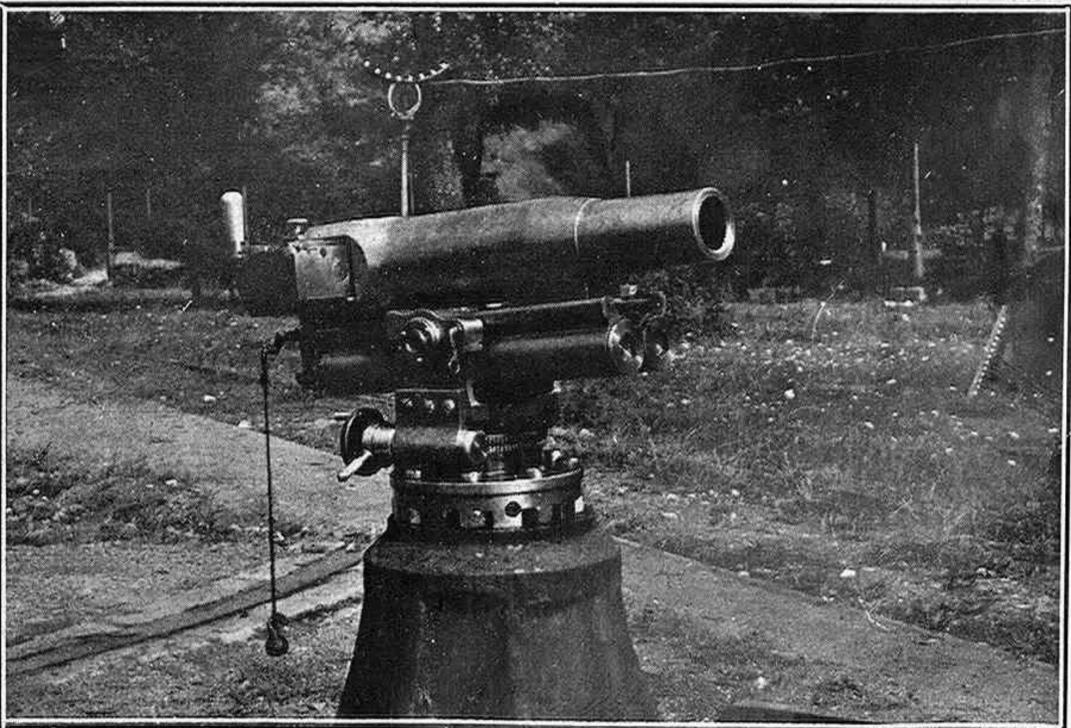
La sirena de la Fábrica nos habla de la hora,



Vista parcial interior de la Fábrica de cañones de Trubia



Colada de acero del horno Siemens, de 20 toneladas



Cañón de 7,5, con paracarro de combate de artillería. Modelo Trubia

y estrechando manos amigas, las de los comandantes Túrriz, Ruano, Salgado, Ramírez, y la de los capitanes Guevara—acerista enorme—, Sanz, Díaz Varela, Menéndez López, Ruiz de Toledo, Fernández Landa, Jofre, Bans, Cuartero y teniente Goicoechea, les rogamos nos despidan de los jefes Muñoz Dueñas, Cuartero y muy especialmente de D. Mariano Soto Sancho.

Por último, abrazamos á nuestro particular amigo el comandante Galbis, metimos los bártulos de mi inseparable artista Duarte en el

coche y los cuarenta caballos arrancan briosos á nuestro impulso.

•••••

El manto de la noche azulea el horizonte, y recorridos ya unos kilómetros, al volver instintivamente la vista, creemos adivinar que las enormes chimeneas, con su empedrado de luces, nos acompañarán siempre..., siempre.

LUCIO ESCRIBANO

Oviedo.

UN PERRO DE CIRCO

NOVELA
POR
JACK LONDON



TRADUCCIÓN

DE

FERNANDO
DE LA MILLA



ILUSTRACIONES
DE E C H E A

(CONTINUACIÓN)

que. Y puso en práctica la idea inmediatamente. Marchó á lo largo del estrecho corredor; torció á la derecha y vió una escalera. El olfato le advirtió que cerca habían pasado su dueño y Kwaque. Subió por la escalera rápidamente y fué á salir al puente, donde halló varios hombres, los cuales no le causaron sorpresa, á pesar de las voces que le dieron. Miró á su alrededor, y siguió la excursión, llegando á un lugar donde otros hombres, más favorecidos por la suerte, se hallaban reposando cómodamente en unas mecedoras.

Pero allí tampoco se encontraban ni el mayordomo ni Kwaque. Otra nueva carrera y otro grupo de hombres. Tras de caminar por intrincados caminos, detúvose. Es preciso decir que el capitán Duncan, que tenía mucho cariño á los animales, poseía á bordo, además de dos *fox-terriers*, una hermosa gata persa, y que ésta tenía varios hijos, los cuales había instalado en la cámara de vigilia del jefe del barco. Este protegía á los animalitos, prohibiendo que nadie se acercase á molestarles, bajo penas severas.

Michaël ignoraba todo esto, como es natural. Al verle la gata, quedó sorprendida, y, pasado el primer momento de estupor, quiso caer sobre él en un ágil salto, al ver que se aproximaba á la cámara. El perro, instintivamente, echóse á un lado y se aprestó á la defensa. La agresión era inesperada é injusta. Sus pelos se erizaron sobre el lomo, y quedó contemplando á su adversario con rencor y astucia. La gata volvió á saltar hacia él. Su rabo aparecía como hinchado, y sus uñas se descubrían afiladas y amenazadoras. Cuando estuvo en el aire avanzó veloz hacia ella, y recibió diestramente el golpe de su cuerpo en el hocico, sujetándola fuertemente con sus dientes, y zarandeándola la arrojó lejos de sí. El felino produjo un ruido seco al caer sobre el suelo. Su lomo estaba destrozado.

Esto, sin embargo, no fué para *Michaël* más que el comienzo de la batalla. Un aullido agudo, más que un ladrido, le hizo volver la cabeza, y en aquel instante, como una tromba, caían sobre él, haciéndole rodar por tierra y desgarrando su piel á dentelladas, dos *fox-terriers* adolescentes. Digamos de paso que estos perros, siendo muy chicos, habían pasado al *Makambo* ocultos en el bolsillo de Dag Daughtry, de los cuales, según su costumbre, se había apoderado al hacer escala en Sydney, y ambos fueron vendidos al capitán Duncan por unas monedas.

Michaël, iracundo, se afianzó fuertemente al suelo con toda la energía de los músculos de sus patas. Como una granizada terrible caían sobre él perros y gatos. Su estupor se fundaba en que

no le había guiado allí ningún espíritu pendero. Los dos *fox-terriers* poseían una acometividad salvaje, y apenas *Michaël* irguióse, cuando se encontró aprisionado por los dientes de los canes: el uno le sujetaba por la izquierda, y el otro le mordía por la derecha. Pudo desprenderse otra vez, en un supremo esfuerzo; pero pronto hallóse prendido entre los dientes feroces. Y en seguida un nuevo asaltante apareció tan inesperadamente como los otros. Fué el capitán Duncan, con el gesto furibundo ante el espectáculo de su gato doliente, que se arrastraba por el suelo con esfuerzos desesperados.

Un puntapié formidable del capitán alcanzó en medio del pecho del animal, cortándole la respiración y haciéndole dar un volatín. Fué á caer pesadamente á unos metros de distancia, al mismo tiempo que los perros se precipitaban sobre él. Entablóse una lucha frenética, en el curso de la cual *Michaël* hizo presa en una de las patas de uno de sus adversarios, hincando en ella los dientes hasta tocar el hueso. Luego se desasíó y comenzó á dar vertiginosas vueltas, perseguido por sus enemigos. Volvióse bruscamente y mordió á uno de ellos. En aquel momento la pierna del capitán se estiró con furia, y el zapato dió por segunda vez en el cuerpo de *Michaël*.

Ya fuera de sí, éste, sin reflexionar en la trascendencia del acto, saltó ágilmente hacia el dios blanco, iracundo. Lo hizo con habilidad. Avanzó á un lado, como si el ataque fuera dirigido á otro, y en seguida mordió la pierna de Duncan, cuando éste hacía ademán de golpearle. Sus dientes prendieronse enérgicamente en la tela del pantalón, y la acometida fué de tal violencia, que el hombre perdió el equilibrio y rodó por tierra. En esta actitud, atolondrado, hubiera permanecido durante unos minutos, si *Michaël*, peor intencionado que un demonio, no se hubiera lanzado sobre uno de sus hombros. Incorporóse el capitán, intentó sujetar en vano á su enemigo, púsose en pie y, dándole con la bota un golpe, le lanzó por el aire. *Michaël* volvió á la pelea con mayor saña. Dió un salto para hacer presa en la garganta, pero no llegó. Sin embargo, los dientes se engancharon en la corbata, y el peso del animal hizo inclinarse al jefe del barco. Desde este instante, Duncan se batió en retirada, asustado de la acometividad muda de *Michaël*. Durante la pelea, en efecto, no se le había oído ladrar, ni siquiera gruñir. Un marinero puso fin á la situación, colocando una escoba en el hocico del perro, la cual fué mordida por éste, y luego como escupida con estupefacción.

El capitán Duncan aprovechó esta oportunidad para recuperar la fuerza. Respiró anchamente y se enjugó el sudor que bañaba su frente.

Muchos pasajeros habían acudido al ruido de la batalla, y Dag Daughtry entre ellos, el cual quedó sobrecogido al hallar á su capitán cubierto de sangre y resollando como un cachalote; á *Michaël*, con la boca espumeante frente á la escoba, y á la gata persa, tendida y como muerta.

—¡*Killeny-Boy!*—exclamó el mayordomo en tono imperativo.

Michaël, en su loco furor, oyó la voz del amo como un grito á su conciencia. Inmediatamente se calmó; sus orejas volvieron á su posición normal, y sus erizados pelos alisáronse. Volvió la cabeza hacia el mayordomo para darle á entender que había oído.

—¡Aquí, *Killeny-Boy!*—volvió á gritar Dag. *Michaël* obedeció, y alegremente, en un trotecillo gracioso, acudió hasta él. Luego, dando media vuelta, arrodillóse á sus pies, sacando la lengua.

—¿Es tu perro, mayordomo?—preguntó el capitán con voz ahogada.

—Sí, es mío.

La indignación estranguló entonces las palabras del jefe del barco. Le fué imposible emitir ningún sonido, y tuvo que contentarse con fruncir el rostro en muecas y señalar con la mano extendida á la gata doliente, á sus vestidos desgarrados, á sus heridas sangrantes, y luego á los dos *fox-terriers*, que gemían lamiéndose las heridas.

—Es lamentable, capitán, muy lamentable—comentó Dag.

—¡Por vida de Satanás!—rugió Duncan—. Arroje inmediatamente al mar á ese animal.

—Tirar al agua al perro... Sí, capitán.

En el rostro de Dag Daughtry se dibujó un mohín de perplejidad.

—Pero—balbució con timidez—considere que es bueno é... inofensivo. No me explico, créame, cómo haya podido ocurrir esto. Con toda seguridad, ha sido provocado por alguien.

Uno de los pasajeros, natural de la isla Salomón, intervino:

—Sí, ha sido provocado—afirmó.

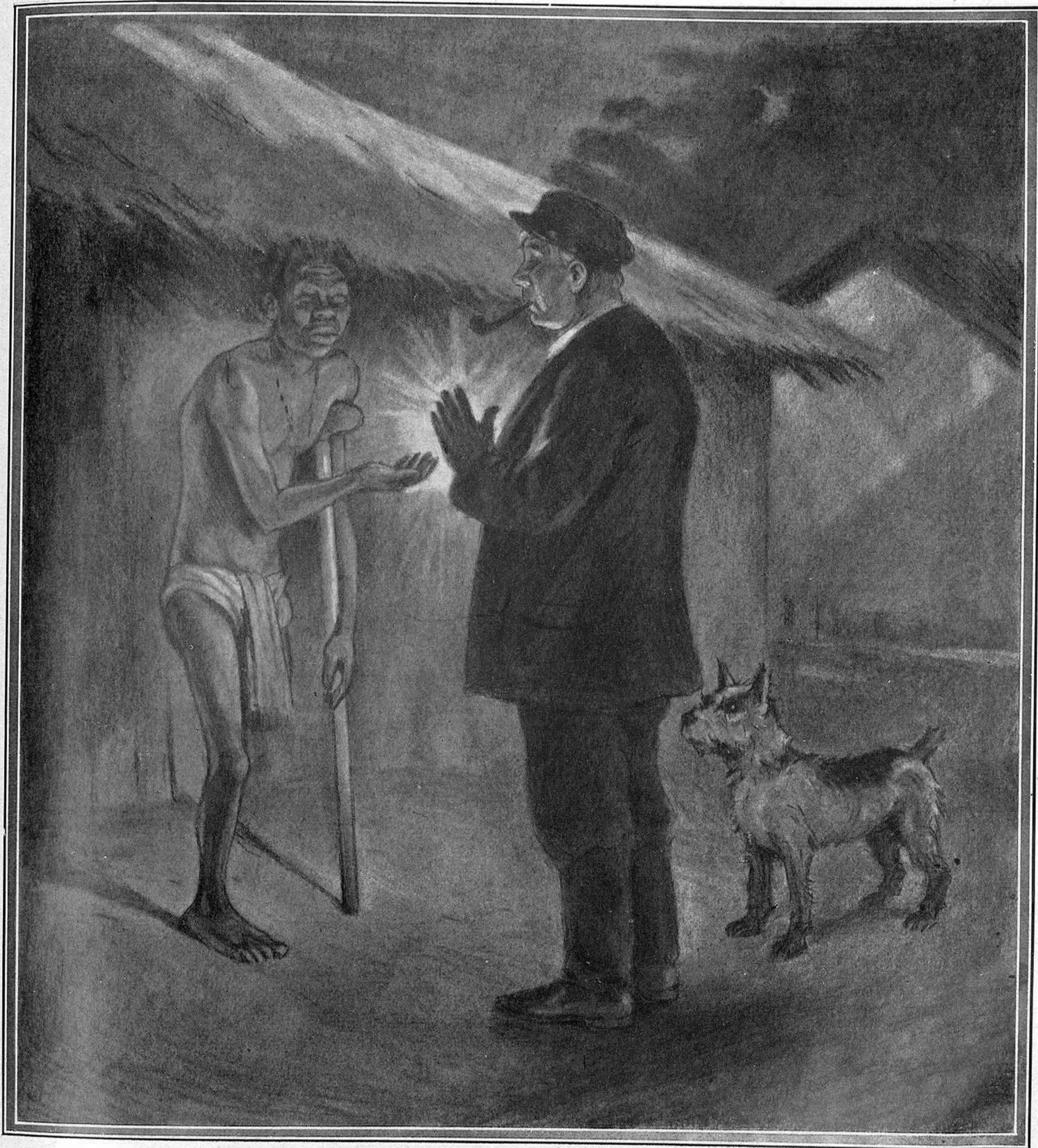
El mayordomo le dirigió una mirada de gratitud, y continuó:

—Es un can excelente, capitán, y obediente como muy pocos. Recuerde cómo en cuanto ha oído mi voz, en pleno combate, ha venido á tenderse á mi lado. Tiene tanta inteligencia como un mono y realiza cuanto se le ordena. Observe usted...

Y Dag, avanzando hacia los otros dos *fox-terriers*, llamó á *Michaël*.

—Mira, *Killeny*, qué simpático es este animal—dijo mientras acariciaba á uno de ellos.

El perro acudió al llamamiento. El *fox-terrier*



... Un leproso podrido—pensó Day...

gruñía quejumbrosamente y se acercaba al capitán, tratando de esconderse entre sus piernas. *Michaël* movió el rabo y se aproximó, lamiéndole las heridas.

—Véale, capitán—exclamó Dag con regocijo—. No tiene malos sentimientos. Es ejemplar: no se descubre en él malicia... ¡Aquí, *Killeny*! ¡Aquí! El otro perro también es digno de cariño. Vete á besarle como á su compañero, y haz las paces... ¡Pronto!

El segundo *fox-terrier*, que tenía la pata herida, comenzó á gruñir ante la proximidad de

Michaël, y cuando le tuvo á su lado, alargó el hocico y le mordió.

—No te enfades—apresuróse á decirle el mayordomo—. En el fondo es un animal dócil...

Michaël testimon ó que le había comprendido agitando el rabo, y como inocente represalia, como juego, dió un empujón al *fox-terrier* y le hizo dar una voltereta.

Después, satisfecho, sin ocuparse del otro animal, que gruñía malhumorado, levantó la vista hasta su amo, esperando un gesto de aprobación.

La hilaridad de los pasajeros fué general. El mismo capitán pareció más calmado.

—¿Qué piensa usted, jefe?—exclamó el mayordomo, más dueño de sí—. Apuesto que de aquí á mañana se convertirá en su mejor amigo.

—No, porque antes de cinco minutos habrá muerto ahogado—replicó el capitán Duncan.

Y añadió:

—Cúmplanse inmediatamente mis órdenes. Pero nadie le obedeció.

Entre los pasajeros se produjo un murmullo de protesta.

—Señores, miren mi gata y... mírenme á mí —lamentó el capitán.

Uno de la tripulación dió unos pasos hacia el perro, mientras que Dag Daughtry le lanzaba una mirada furibunda.

—¡Vamos! ¡A obedecer!—ordenó el capitán.

—¡Alto ahí!—exclamó en tono enérgico el de la isla Salomón—. Es preciso tratar á ese perro con justicia. He sido testigo de lo ocurrido, y puedo asegurar que él no se metió con nadie, sino que se limitó á defenderse. Primero le ofendió la gata. Por dos veces le acometió, arañándole junto á los ojos. Después le atacaron los *fox-terriers*. Usted también, señor capitán, le atacó primero. Nada, en verdad, le había hecho. Más tarde el marinero le agredió con la escoba. Y ahora quiere usted que le arrojen al mar... ¡Eso no es justo! No ha hecho, repito, más que defenderse. Un perro digno de este nombre no podía conducirse de otra manera. No pretendería usted que se estuviera quieto mientras los perros y los gatos le zarandeasen, y en tanto que usted le propinaba puntapiés.

—¡Defenderse!...—gruñó el capitán, pasando la mano sobre su hombro dolorido y mirando su pantalón destrozado—. En fin, ¡sea! Si tú, mayordomo, consigues convertirle inmediatamente en amigo mío, le conservaré á bordo; pero has de pagarme el pantalón.

—Con mucho gusto, capitán. ¡Y muchas gracias!—exclamó Dag Daughtry—. También le indemnizaré trayéndole otra gata. ¡Ven aquí, *Killeny-Boy!* Acércate á saludarle.

Al oír estas últimas palabras, *Michaël* olvidó la épica batalla, las heridas producidas por los afilados dientes de los *fox-terriers*, que le quemaban, y los puntapiés, y avanzó lentamente. Pero al mirar las rasgaduras del pantalón vaciló, y el pelo comenzó á erizarsele.

—Tóquele, capitán...—suplicó Dag.

Y Duncan, volviendo á su estado pacífico y bondadoso habitual, se inclinó y pasó la mano sobre la cabeza de *Michaël*. Después acarició las orejas. *Michaël* agradeció esta lisonja y le perdonó los golpes recibidos. Hizo oscilar con rapidez el muñón del rabo; en sus ojos relampagueó una luz de alegría, y su lengua lamió cariñosamente la mano del capitán, antes enemiga.

VII

«MICHAEL» HACE PÚBLICAS SUS HABILIDADES

Durante el resto del viaje, *Michaël* tuvo autorización para andar suelto por el barco en las direcciones que tuviera por conveniente. Y aprovechó esta libertad para hacerse amigo de todo el mundo, hasta de los dos *fox-terriers*, aunque reservó todas las atenciones y el cariño para el mayordomo.

Este explicó al individuo de las islas Salomón, un día que se acercó á comprarle uno de los peñes de concha:

—Es el perro más alegre y al mismo tiempo el más serio. En pocos segundos pasa del juego á las más graves ocupaciones. Sabe contar hasta cinco y conoce á maravilla la telegrafía sin hilos. Se lo demostraré.—Dag Daughtry emitió en este momento un ruido tan apagado, que casi ni él mismo llegó á percibirlo. El de las islas no se dió cuenta.

Michaël se hallaba ocupado en simular un combate con los *fox-terriers*, los cuales rodaban con las patas al aire con fingido furor. Inmediatamente quedó parado, inmóvil; volvió luego la cabeza hacia su amo, y puso las orejas en punta. Nuevamente el mayordomo emitió el imperceptible llamamiento, y el perro entonces se aproximó á éste.

—¡Eh! ¿Qué dice usted?—interrogó Dag con aire fanfarrón.

—Pero ¿cómo diablo ha sabido que usted le llamaba?—contestó el otro ingenuamente.

—Telegrafía sin hilos ó telepatía, como usted guste—murmuró el mayordomo—. *Killeny* y yo, créame, estamos amasados con la misma arcilla. Solamente nos separa la forma. Sin duda, ha habido un error en la gran fábrica de la Naturaleza, cuando ella ha hecho de uno un hombre y de él un perro, porque, en realidad, somos

hermanos. Ahora—prosiguió—va usted á ver cómo sabe cantar.

Otros pasajeros se habían aproximado y formaban corro. Dag Daughtry sacó de su bolsillo una docena de pelotas de papel, y después de una orden, el perro apartó cinco con la pata. Todo el mundo quedó asombrado, y el mayordomo exclamó en tono triunfante:

—Sí, señores; tiene una inteligencia sorprendente. Si en un *bar* pidiese cuatro vasos de cerveza, y por distracción, como suele ocurrirme, no me diera cuenta de que el camarero sólo me servía tres, este perro me supliría y llamaría la atención del mozo.

Desde que *Michaël* fué admitido en la cubierta, Kwaque no se vió obligado á hacerle compañía en la cabina. Por lo tanto, solía darle las lecciones de canto al aire libre. En cuanto el negro comenzaba á lanzar sus ritmos bárbaros, *Michaël*, involuntariamente, abría el hocico y gritaba. No era, como su hermano *Jerry*, un clamor opaco el que salía de su garganta. Eran sonidos modulados que crecían y decrecían alternativamente, y Kwaque pudo pronto regular el ritmo según sus propios acordes.

Estas lecciones de canto no placían á *Michaël*, que despreciaba á Kwaque y que no gustaba de obedecer á su autoridad. Era otro, en verdad, cuando Dag Daughtry, habiendo observado tales lecciones, se hizo cargo de ellas. Dag sacó de su cofre un instrumento de música, y entonces fué cuando el perro hubo de entonar gustoso el canto. Comenzaba con notas suaves, y subía y bajaba el tono graciosamente, hasta que su dueño dejaba de tocar. El mayordomo no tardó en enseñarle á cantar sin acompañamiento musical. Dag comenzaba por una larga serie de gemidos: O..., o..., o... Después entonaba una vieja canción. *Michaël* le seguía perfectamente. Así como obedecía de mal humor al negro, con Dag, en cambio, experimentaba placer en formar dúo.

Como la travesía tocaba á su fin, el mayordomo dijo á su perro, aproximadamente, lo siguiente:

—Escúchame... Una noche te robé en la playa con el pensamiento de sacar de ti provecho. Imaginé convertirte en cerveza. Al pronto he juzgado que me valdrías cincuenta dólares. ¡Bonita suma! Cincuenta dólares, por contar como los yanquis. Hay para adquirir líquido, para ahogarse. Pero tú vales más. ¿No es cierto? Entregarte por cincuenta dólares con todo tu mérito... No, no.

Michaël, con la cabeza entre las rodillas de su amo y actitud de contemplación religiosa, no comprendía ni una sola palabra de lo que le decía. Movié con rapidez el rabo y lanzó un ladrido.

Dag continuó:

—Vamos á ver. Pongamos cien dólares... ¿Te daría yo por cien dólares? ¡Qué tontería! ¿Y por doscientos cincuenta? Esto ya es otra cosa. Pero quinientos me interesan muchísimo más. ¡Quinientos dólares de cerveza! ¿Imaginas esta suma, querido *Killeny-Boy!* El viejo casco del *Mahambo* podría flotar en el líquido. ¡Sería magnífico! Pero ¿quién me ofrecerá quinientos dólares en el país del Tío Sam?

Al terminar esta conversación, tuvo el mayordomo otra con el capitán Duncan.

—Ciertamente, capitán—dijo—. Este perro me siguió voluntariamente al barco. El día anterior le encontré en la playa. Al siguiente le sorprendí durmiendo en mi cuarto. ¿Cómo es que vino? Jamás he podido saberlo. Encuentro todo esto maravilloso.

—Pagas el precio de mis heridas—murmuró el capitán Duncan—. Ese perro le has robado. No vino aquí por la pasarela, sino por otro sitio y clandestinamente. Además, no vino solo. Pero, en fin..., dame el perro, y te perdono la gata.

Dag Daughtry frunció el ceño.

—¿De modo, capitán, que me cree usted ladrón del animal y desea ser mi cómplice? Vamos, vamos... Yo no soy sino un pobre mayordomo. Si yo he robado y se llega á averiguar y si se me detiene, esa será cuenta mía. Pero usted, capitán, que tiene la responsabilidad del mando de un navío tan magnífico, ¿no piensa en el efecto que produciría cualquier incidente que sobreviniera por suponerle mezclado en esta aventura?

—¿Y si te doy cincuenta dólares?

El mayordomo movió la cabeza negativamente.

—No, capitán; no piense en ello. No le quero hacer mi cómplice... Conozco, por otra parte, á *Sydney*, un gato de Angora, un ejemplar magnífico. Su dueño marchó de viaje, y estará muy satisfecho aquí con un buen dueño y una excelente comida.

No se dió por vencido Duncan, y no tardó mucho tiempo en volver á la carga. Dijérase que le extasiaban las condiciones excepcionales de *Michaël*, que producían el asombro de los pasajeros.

—Supongan ustedes, señores—dijo Dag á mediodía al individuo de la isla Salomón y á un ingeniero que se hallaba á bordo—; supongan ustedes que fuesen dos policías encargados de mi persecución por cualquier crimen que yo hubiera cometido. Han cogido al perro y esperan que, á pesar de mis negativas, el animal va á descubrir mi personalidad. ¡Y ustedes se equivocan! ¿Quieren que hagamos la experiencia?

Era un nuevo truco que había enseñado á *Michaël*, y se hallaba tan seguro de la aplicación de su discípulo, que no dudaba del éxito de la prueba.

El ingeniero y el de las islas cogieron al perro por el collar; después, según las instrucciones recibidas, le condujeron á un extremo del barco, y volvieron más tarde hacia donde estaba el mayordomo.

Michaël pasó ante su dueño imperturbablemente, sin demostrar alegría ni siquiera con un movimiento del rabo.

Dag avanzó hacia él y preguntó:

—¿De quién es este perro?

—No sé—respondió el ingeniero—. Se ha perdido y busca á su dueño.

—Pues mío no es—declaró Dag—. ¿Quiere vendérmelo? ¿Tiene mal humor?—El mayordomo extendió la mano hacia *Michaël*, con el propósito de acariciarle, y el animal, con el pelo erizado, descubrió los dientes gruñendo.

—No tenga usted miedo—dijo el de las islas—. Gruñe, pero no hace daño. ¡Tóquele sin temor!

Dag volvió á extender la mano, y apenas tuvo tiempo para retirarla, para escapar de una dentellada. *Michaël*, sujeto por el collar, hacía esfuerzos por agredirle.

—¡Diablo de chuchó!—vociferó el mayordomo—. ¡Llévensele á un lado! No le quiero á ningún precio.

Después emitió un apagado sonido, casi imperceptible, y *Michaël*, al que el ingeniero había soltado del collar, corrió hacia él alegremente.

Dag sonrió triunfante.

—Es un viejo truco—explicó—que se practica en Inglaterra. Todos los cazadores furtivos adiestran á sus perros de modo que los guardas no puedan valerse de estos animales para identificarlos. Se les presenta al perro, y como si no les conociese. Ved cómo he logrado yo también que aprenda á hacerse el olvidadizo.

Todos aplaudieron, y Dag, cada vez más orgulloso, prosiguió:

—Mi perro conoce todos los objetos por su nombre. Dejo entreabierto la cabina, y todo aquello que necesite, zapatillas, zapatos, gorra, cepillo, petaca, etc., viene hasta mí por su conducto. Me basta con pedírsele en inglés. ¿Quieren ustedes, señores, que haga la prueba?

—¡Zapatilla!—exclamó el capitán, que acababa de llegar y oía las últimas palabras.

—¿Una ó dos?—preguntó el mayordomo.

—Las dos.

—Aquí, *Killeny-Boy!*... Escúchame. Trae una zapatilla, dos zapatillas.

Michaël enderezó las orejas.

—¡Dos zapatillas! ¡En seguida!

El animal desapareció corriendo, y su carrera era tan rápida, que dijérase que el vientre rozaba el suelo. Al llegar á la escalera perdió el equilibrio y rodó escurriéndose abajo por el piso bruñido.

Un minuto más tarde estaba de regreso con las dos zapatillas en la boca. Se acercó al mayordomo y las dejó á sus plantas.

—¡Cuando yo digo que no le falta sino la facultad de hablar!—puso como comentario Dag—. Las palabras brillan en sus bellos ojos negros. Su defecto es no pronunciarlas. Intenta hablar,



... le cogió el remo, y se puso á bogar en su puesto.

y no puede. Se irrita entonces, y parece que va á estallar. Pero, por lo menos, canta conmigo. ¡Ah, cuántas cosas diversas, qué de pensamientos y de sentimientos comunes cambiamos cuando comienzo á tocar!... ¡O... O... O... O...! Comienza el dúo, y las notas suben al cielo como una ofrenda al Creador. No se conoce bien todo lo que contiene el alma de un perro...

El mayordomo dió fin á su discurso, al cual no eran ajenos los vapores del alcohol, y puso como remate estas sencillas palabras:

—No todos los días se fabrican perros como el mío. Le he robado, ciertamente.

VIII

UN CUARTETO EXTRAÑO

La mañana en que el *Makambo* hizo su entrada en el puerto de Sydney, Duncan hizo el último esfuerzo por adquirir la propiedad de *Michaël*. Mientras que se aproximaba la lancha del médico encargado de la vigilancia sanitaria, el capitán hizo un gesto para que el mayordomo se detuviese. Después le dijo:

—¡Le doy á usted cien dólares!

—No, capitán; muchas gracias. No me es posible; además, no se inquiete, porque hay muchos *terriers* irlandeses en el mundo.

—¡Ciento cincuenta dólares!—aumentó Duncan.

—No, no, capitán—murmuró Dag—. Quizá

pueda proporcionarle otro perro en Sydney: Y no le llevaré sino lo que me pidan por él.

El capitán Duncan insistió:

—Yo deseo *Killeny-Boy*; los otros no me interesan.

—A mí me ocurre igual. Y tengo preferente derecho, por ser el primer poseedor.

—Ciento cincuenta dólares no es una cifra apreciable para pagar un perro.

—Sí; pero *Killeny-Boy* vale por muchos perros. Dígame, capitán, con la mano sobre el corazón: ¿no tienen un valor excepcional las cualidades que posee? Canta, cuenta... Poco importa cómo lo haya adquirido. Su sabiduría es mi propiedad. Los conocimientos de que justamente me enorgullezco los ha adquirido gracias á mi esfuerzo y mi paciencia. Por consiguiente, en él hay algo mío. Venderle sería venderme yo.

—¡Ciento setenta y cinco dólares! Es mi última palabra.

—No, capitán. No puedo.

Duncan se vió obligado á alejarse sin haber conseguido su propósito al ver aproximarse al médico.

Cuando hubo terminado la cuarentena y el *Makambo* se hallaba dispuesto á pasar á los muelles de los *docks*, la lancha de un navío de guerra se acercó, y un oficial trepó ágilmente por la escala. En pocas palabras explicó el objeto de su visita. El *Albatros*, crucero inglés de segunda clase, del que era oficial, acababa de llegar de Tulagi, donde había hecho escala. Allí, el capitán Kellar había dado cuenta de la desaparición de

un *terrier* irlandés, coincidente con la salida de *Makambo*.

El capitán Duncan quedó perplejo. No podía negar la verdad, y, por otra parte, quería evitar molestos incidentes al mayordomo. Como el *Albatros* marchaba hacia Nueva Zelanda y no tenía que volver á Tulagi, he aquí cómo Duncan arregló el asunto:

—En efecto, el perro se encuentra á bordo. Se metió en el barco sin que nadie lo advirtiese. Dentro de dos meses, el *Makambo* estará en Tulagi, y yo me encargaré de que se le restituya á su dueño legítimo. Nuestro mayordomo le ha adoptado y le cuida con todo esmero.

A continuación, el capitán expuso á Dag la situación. Este suspiró:

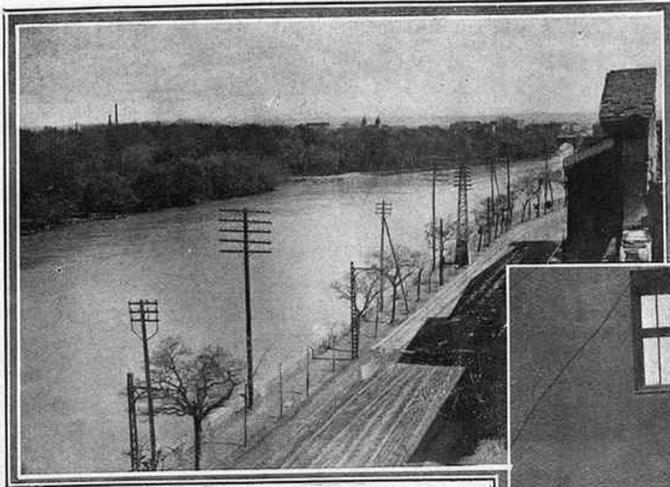
—Me da muy mala espina. Creo que el perro no será de ninguno de los dos.

El mayordomo se alejó lentamente hacia la cabina frunciendo el entrecejo y con aire tan preocupado, que al cruzarse con él el individuo de las islas le preguntó si había sufrido alguna reprensión del capitán.

A despecho de los seis litros de cerveza cotidiana y de la amplitud de conciencia acerca del robo de perros y de gatos, Dag tuvo vergüenza de no ganarse honradamente el salario, y olvidando sus preocupaciones, de las que *Michaël* era el principal objeto, vigiló con severidad las operaciones de limpieza del barco apenas hubo de salir el último pasajero.

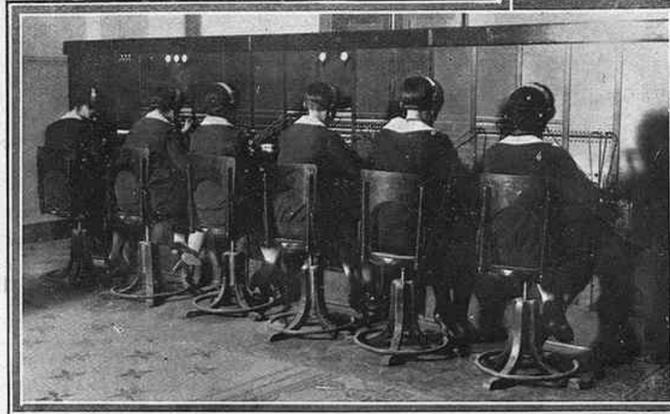
(Continuará en el número próximo)

EL GRAN AVANCE DE LA TELEFONÍA ESPAÑOLA

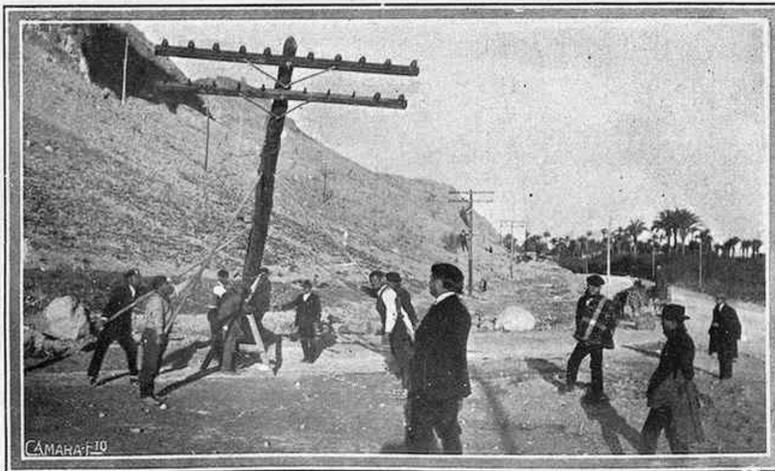


Entrada en Zaragoza de la línea telefónica que llega de Madrid y que se bifurca en la capital aragonesa, siguiendo hacia Barcelona y San Sebastián

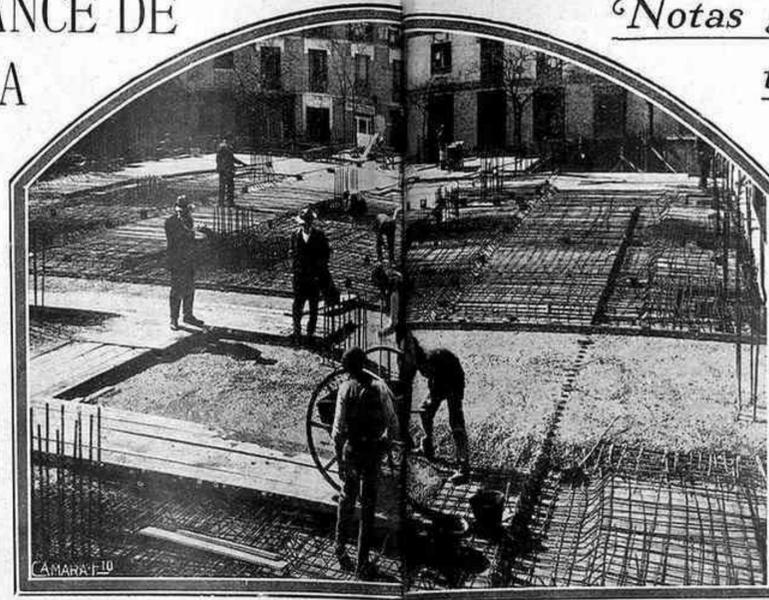
Madrid.—La primera columna metálica del edificio de la Telefónica, en la Gran Vía, antes de ser colocada verticalmente para comenzar la armazón. El edificio de esta Compañía será el más elevado de la Corte



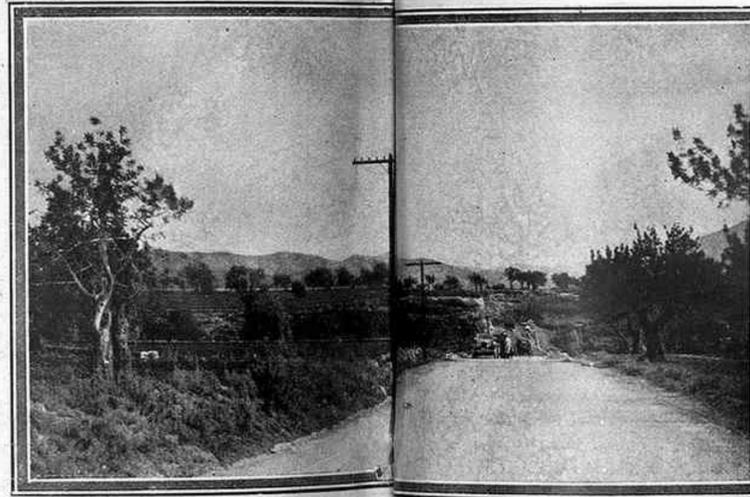
Córdoba.— Cuadro telefónico interurbano que interviene en las comunicaciones que llegan del Norte y Centro de España para Andalucía



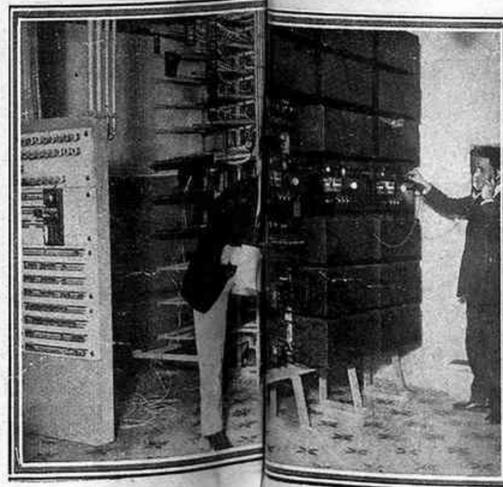
Operarios de la Telefónica levantando postes de la línea Alicante-Murcia en un recodo de la carretera



Madrid.—Emparrillado de un piso de la Central Automática de Delicias, que se construye activamente para ampliar la automática madrileña



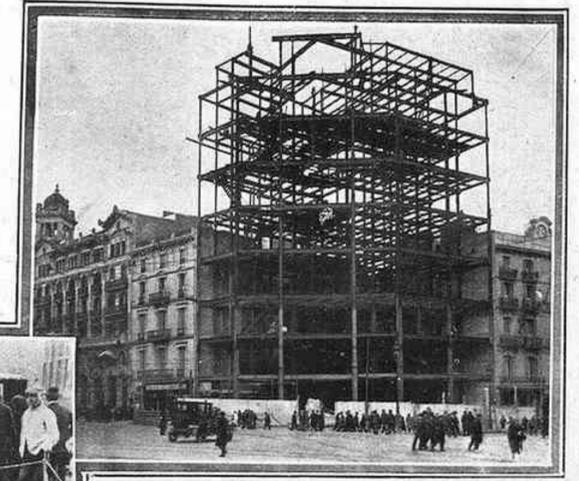
La línea Barcelona - Valencia, vista en el kilometro 171 de la carretera de Tarragona



Córdoba.— Repetidores telefónicos instalados por la Compañía Telefónica Nacional para perfeccionar el servicio.

Los repetidores refuerzan la voz que llega de lejos debilitada y le devuelven su vigor inicial

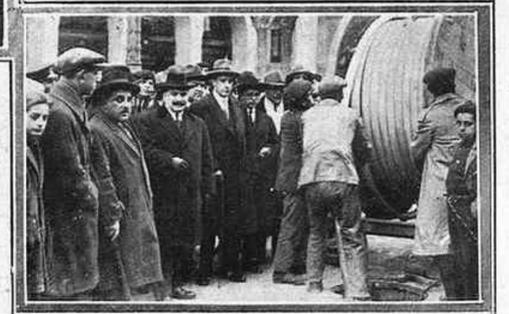
Notas gráficas de algunos trabajos de la Compañía Telefónica Nacional de España



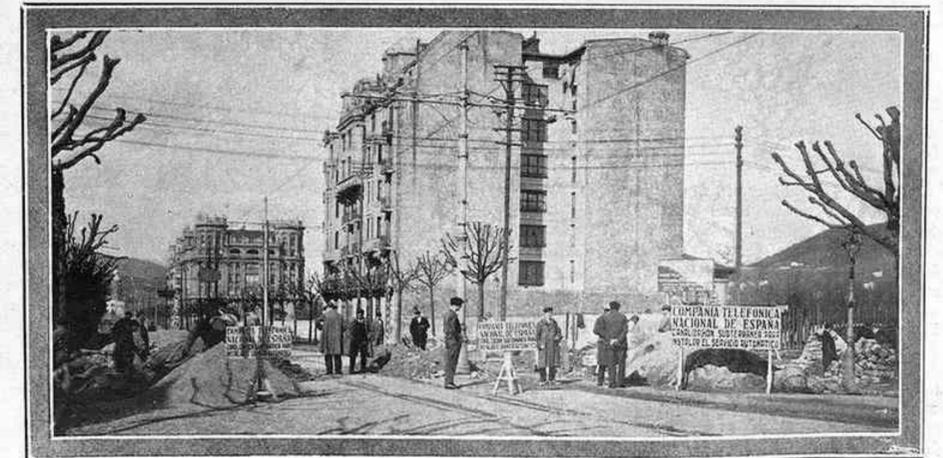
Barcelona.—Edificio en construcción, destinado a Oficina general y Central Automática de la Plaza de Cataluña. Estado de las obras a primeros de Marzo próximo pasado



Valencia.—Aspecto de la canalización en sus comienzos. Esta obra está ya casi terminada. Por los conductos de fibra que se ven en el fondo de la zanja se tendieron posteriormente los cables telefónicos



Zaragoza.—Tendido de cable subterráneo perteneciente a la futura red automática



Bilbao.—Vista de la prolongación de la Gran Vía y su travesía con 20 tubos. A la derecha, la actual instalación con postes de 18 metros, que desaparecerán al dar entrada subterránea a los cables en la nueva instalación



De la regata universitaria británica.—Los remeros de Oxford y Cambridge, cuando pasan bajo el puente de Hammermith, rasgan la senda del Támesis, brevemente distanciados todavía, en plena dura lucha sostenida hasta la misma meta de llegada (Fot. Agencia Gráfica)

LOS DEPORTES

CRÓNICA DEL «SPORT» UNIVERSAL

AUTÓDROMO NACIONAL

FUE el título sonoro con que nació la pista de Sitges. Sus padres soñaron con hacer del recinto el banco de pruebas más popular del Continente; pero en la primera prematura salida los obstáculos invencibles detuvieron las máquinas potentes y los bólidos dejaron de rodar durante unos años.

¿Defectos de organización? ¿Falta de ambiente? ¿Indiferencia injustificable del público? De todo en cantidad suficiente para sumar aquel rotundo fracaso, del que ahora, transcurridos muchos meses, intenta sacarle una dirección más modesta, pero más capacitada de la situación deportiva nacional.

Tanto se discutió sobre los errores pasados, que recordarlos podría parecer intención de revivir muertas cenizas; y, sin embargo, sólo encaminándose por una senda opuesta puede contar con una vida honorable el autódromo de Terramar. Traer, pues, á la memoria aquello es velar por el bien futuro de esto.

El único autódromo que existe en la Península, cuya construcción, por otra parte, se anticipó á la de los franceses de Miramar y Monthlery, tiene para el espectáculo de gran atracción un gravísimo defecto: la distancia á Barcelona. En su anillo sólo excepcionalmente podrán celebrarse pruebas internacionales de gran envergadura, de las que necesitan de muchos millares de aficionados, cuyas entradas son indispensables para atender á los gastos cuantiosos de la organización.

Para llegar á Terramar, el procedimiento más cómodo es el del coche propio; pero es al mismo tiempo el menos lógico para llenar unas espaciosas gradas populares, esas entradas amplias que constituyen el sostén de las empresas que con títulos deportivos se aventuran en tales asuntos.

La ausencia de industria nacional es el otro extremo discutidísimo que pondrá siempre en grave riesgo la vida del autódromo, pendiente entre nosotros del interés que quieran concederle las representaciones establecidas de máquinas

y motores, á cuyo negocio puedan convenir los éxitos en la pista.

Contra tales dificultades, invencibles por el momento, si la actividad del autódromo importa—y esto es lo que está fuera de toda duda, desde el punto de vista deportivo—, lo único que cabe son paliativos que, enmendando aquellos vicios originarios, permitan el modesto discurrir de programas de cierto interés, en espera de un momento propicio á acometer mayores empresas.

Los medios de comunicación parece que han sido estudiados por los restauradores de la obra del autódromo, atendiendo al probable aficionado modesto, que contando con un viaje modesto puede llegar á ser buen cliente de las reuniones de Terramar.

En el aspecto deportivo, y en tanto que la nonnata industria nacional acaba de florecer, construye lo suficiente para atender los requerimientos del mercado español. é incluye en sus gastos el renglón destinado á propaganda y carreras; mejor será no tenerla en cuenta, por sensible que ello sea. En cambio, los representantes de firmas acreditadas deben suplir aquella ausencia, y los organizadores, teniendo presente las preferencias del público, estudiar los programas de tal modo que, antes que la velocidad pura, sea el turismo al que se invite á actuar y el que resulte favorecido con los concursos

En Barcelona y en Madrid, y en menor número

ro en Bilbao, Valencia, Sevilla y alguna otra capital, hay grupos de aficionados al motor que pueden en principio proporcionar al autódromo, la base de sus organizaciones, como lo demuestra el éxito franco del primer programa, en el que madrileños y catalanes rodaron vertiginosamente sobre la pista. Tras ellos, despierta ya la pasión deportiva regional, afluirá la corriente de partidarios que pueden sostener el tinglado con mejor fortuna que la vez precedente..., siempre con la esperanza de que las comunicaciones acerquen Sitges á la ciudad condal en plan económico, y que la industria nacional quiera alguna vez aventurarse á dar los primeros pasos por el cemento pulido en lucha con los motores extranjeros que tienen acaparado el mercado nacional.

Por de pronto, hay que registrar el éxito de las jornadas iniciales de reapertura de Terramar á base de catalanes y madrileños, seguidas, según se asegura, de nuevas y más interesantes fiestas deportivas del motor.

RIVALIDADES INTERNACIONALES

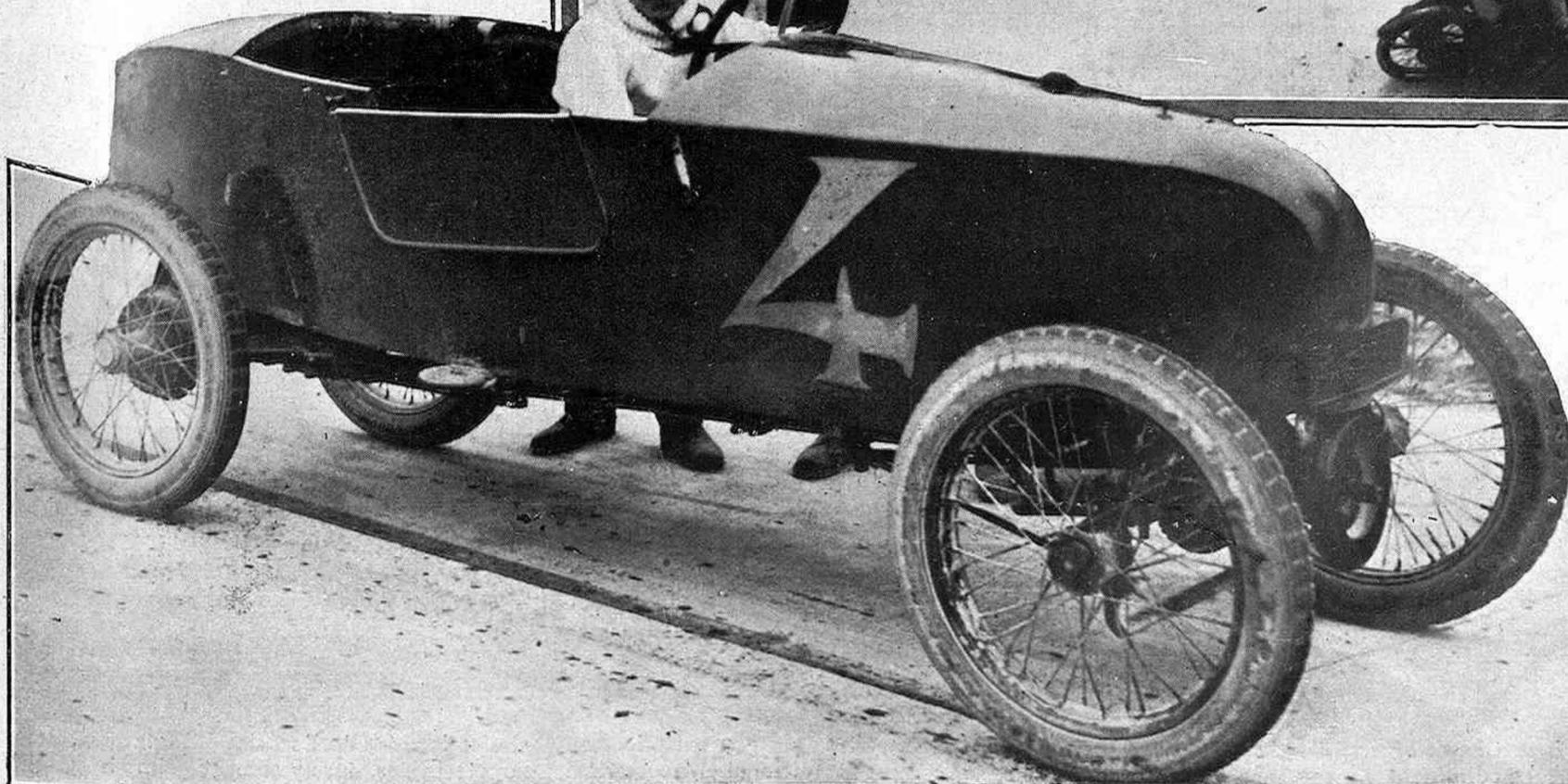
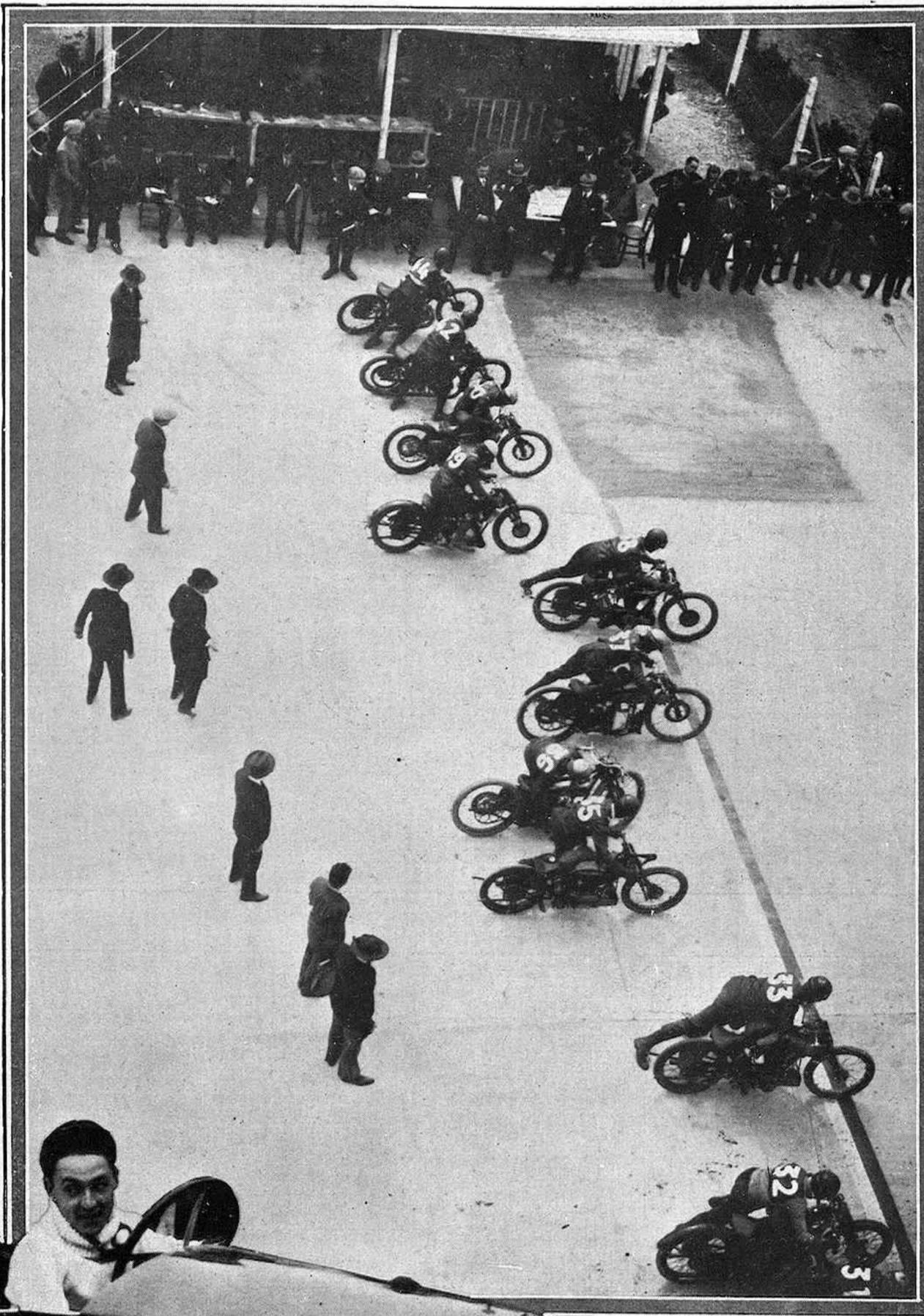
Los encuentros clásicos entre los equipos seleccionados de los distintos deportes fijan la máxima emoción del sector de afición á que se refiere la lucha; y si la gran liza es de alguno de aquellos juegos favoritos por su popularidad, entonces sube de punto el interés, y allí donde el duelo se ventile, millares de aficionados, para no perder movimiento de sus ídolos, se trasladan para estimular á sus hombres con los fervorosos gritos de entusiasmo.

Entre nosotros, esos trenes especiales que han llevado de una capital á otra de la Península á los devotos de los clubs que juegan el campeonato nacional, son la mejor demostración de tales entusiasmos. Fuera de España, tales manifestaciones deportivas se repiten con frecuencia, porque la afición no es exclusivista.

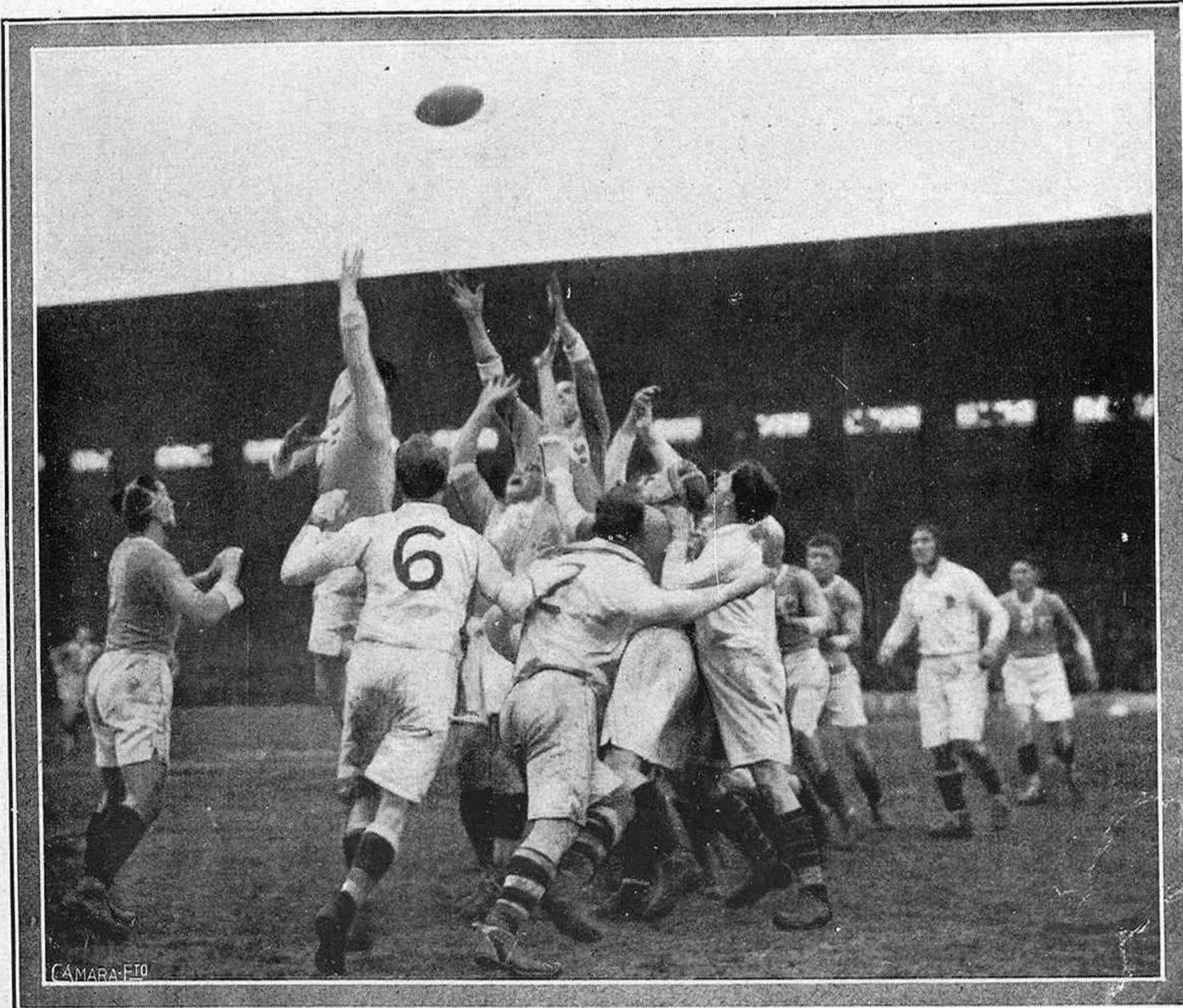
Franceses é ingleses han celebrado en Colombes el tradicional *match* de rugby, y el amplio estadio de Colombes resultó insuficiente para albergar á los aficionados que quisieron ver el juego diestro de galos y británicos.

Por vez primera en la historia de la con-

Barcelona.—Aspecto de la meta del autódromo de Terramar, preparadas las «motos» que disputaron el Gran Premio del pequeño motor para la carrera celebrada en la pista de Sitges y en la que los madrileños hicieron tan brillante papel



Uno de los cochecitos que corrieron en la prueba de autociclos, preparado para lanzarse como pequeño bólido á devorar kilómetros



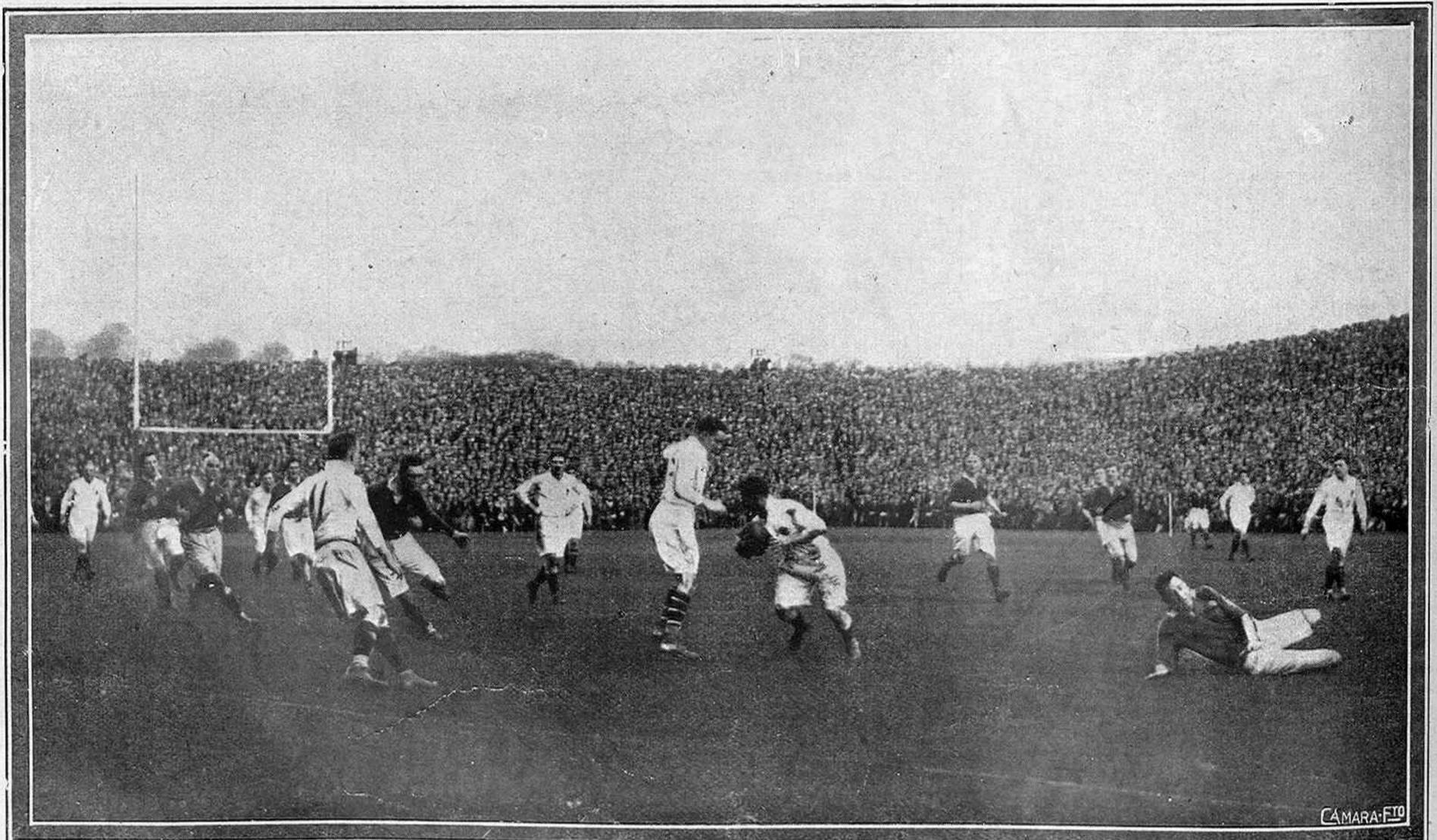
tienda, el triunfo fué de los franceses, cuyo equipo, si no mejor en juego que los rivales, se mostró, cuando menos, más resuelto y decidido que nunca. Tal éxito ha tenido la virtud de elevar la moral de los jugadores del bando tricolor, apoyados en Colombes por los aplausos delirantes de una muchedumbre enardecida.

Otros acontecimientos internacionales registra la actualidad: fracasan los dos equipos suramericanos futbolistas; los uruguayos del Peñarol, batidos en Viena decisivamente, y los chilenos del Colo-Colo, derrotados un día y otro por los clubs de Galicia al comienzo de la *tournee* por España.

Los seleccionados de *rugby* de Escocia vencen á los de Inglaterra; y por aquí nuestros futbolistas se preparan para exigir á Suiza un éxito más que añadir á la lista de los triunfos internacionales rojos.

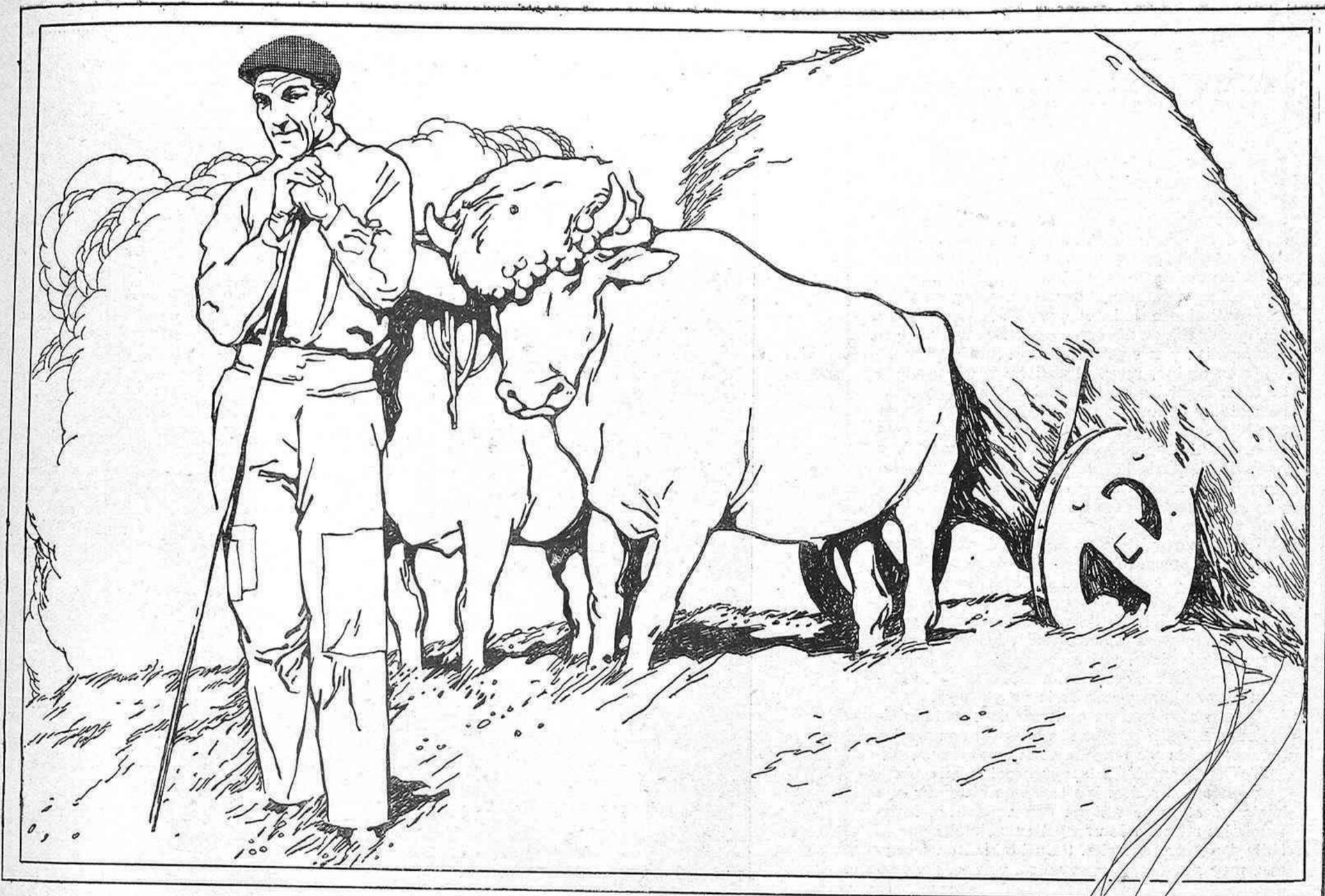
JUAN DEPORTISTA

París.—En el estadio olímpico de Colombes, por vez primera, los «rugbymen» franceses se imponen á los británicos. Esta instantánea del partido, en la que se advierte el fogoso entusiasmo de los galos, fué el lema sostenido del «match» que dió el brillante triunfo á los jugadores de la República



En la pista deportiva de Murrayfields se desarrolló recientemente el «match» de rugby entre los equipos seleccionados de Escocia é Inglaterra, uno de cuyos momentos culminantes recogemos en este grabado; partido, como es tradicional entre los rivales caracterizados, duro y competidísimo hasta el último instante de la pelea

(Fots. Agencia Gráfica)



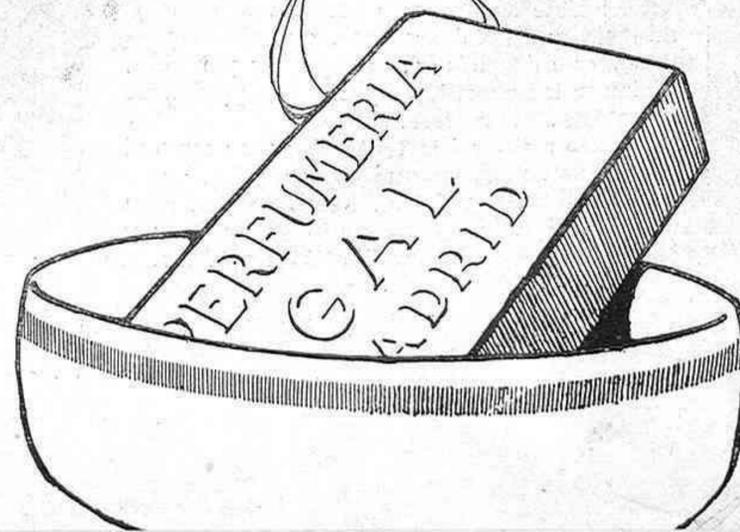
Lo que sugiere un perfume.

El olor y la frescura del
heno recién cortado son
evocados por el perfume del

JABÓN HENO DE PRAVIA

No ha podido ser imitado.
Conserva la misma intensidad
hasta el final de la pastilla.

Pastilla, 1,25 en toda España.



PERFUMERIA GAL. - - MADRID

ESTAMPAS DE PARIS C'EST BIEN PARISIEN

EL correo me ha traído una tarjeta para la inauguración en la *Sorbona* de un curso de Historia de España, que explica el catedrático español Sr. Viñas. Es sábado, y mi reloj marca las dos de la tarde; tras de mí queda la labor de toda la semana, y el vagar de estas horas grises de lluvia menuda y antipática, en nada me parece mejor empleado que en halagar un poco este sentimiento de interés por España y sus cosas, que de día en día crece en esta gran urbe tan cosmopolita y tan personal al mismo tiempo.

Me encamino, pues, al anfiteatro en que han de tener lugar las explicaciones de nuestro compatriota, y ocupo un pupitre junto á un joven que está en esa edad victoriosa de los veintitrés años. Pronto me convenzo de que es español, y lleno de simpatía le interrogo. Es doctor en letras, buen estudiante, y ha sido enviado á París por sus padres para que sepa de la vida y olvide algo de lo que con exceso aprendió en los libros, y que pudiera conducirle á una idiotez de esas que saben todo lo que los demás supieron é ignoran cuanto el propio sentimiento y la propia sensibilidad pueden elaborar en una creación original. El muchacho, que va para catedrático, ha aprendido un francés de «Berlitz» que para nada le sirve, y para no perder del todo el tiempo, según me confiesa, acude á la única clase que por ahora puede serle provechosa.

Apenas comienza su conferencia el catedrático, el españolito escribe sus apuntes con verdadera devoción y suspende toda confidencia, dejándome entregado á la observación minuciosa de cuanto nos rodea. No tardo en observar que hacia nosotros se dirigen con verdadera insistencia las miradas de una bella muchacha que se halla á nuestra derecha. Su asiduidad en mirarnos, mejor dicho, en mirar á mi vecino, me permite observarla bien. Tiene un hermoso pelo rubio, una piel blanca, con esa transparencia de nácar y rosa que sólo tienen las francesas; ojos azules, de una aparente serenidad, que hace más visible su picardía; boca breve y contingente esbelto y cimbreante, de falsa delgada, como aquí se dice; no hace caso alguno á las explicaciones, y realiza visiblemente una conquista poniendo un empeño tan obstinado, que en España no nos permitiríamos los hombres al hallarnos por primera vez ante una mujer que nos gustase muy de veras.

Acabada la explicación del catedrático, el estudiante español recoge sus papeles, los mete con solicitud de amante en su *serviette* y se lanza á la calle. La francesita se lanza decidida tras de él, y sin vacilaciones se le acerca con la sonrisa en los labios y con toda la coquetería en los ojos.

—Perdón, caballero. Yo no sé bien el español, y no he podido tomar las notas de la lección de historia que acabamos de escuchar. Sin duda alguna, usted las tiene muy completas, á juzgar por la atención que ha puesto en ello, y yo le agradecería que me las dejase copiar.

El joven, que aun sin mirar ha estado viendo, enrojece hasta las uñas, saca de su cartera con manos casi temblorosas las cuartillas, y las alarga á la muchacha, balbuciendo:

—Celebraré mucho que le sirvan de algo.

—Puedo asegurarle—dice ella con desenvoltura, pagando la dádiva con dos sonoros besos—que me servirán de mucho... Pero dígame en qué hotel vive, é iré á llevárselas mañana.

El joven español va á hablar; pero ella, sin dejarle, insiste en que sólo necesita sus señas; le anuncia que irá á las once, que almorzarán juntos y que después irán al bosque; y rápida, acariciando las cuartillas, que son la prenda de su conquista, desaparece.

No puedo resistir á la tentación; me acerco al español, que no sabe lo que le pasa, y le digo:

—Enhorabuena, paisano. Escriba usted á su padre que al fin ha encontrado su profesor y cuantos libros necesitaba. *C'est bien parisien.*

ANGEL S. SALCEDO

Paris, Abril 1927.



ROLDAN

CAMISERÍA * ENCAJES
EQUIPOS PARA NOVIA

* * ROPA BLANCA * *

CANASTILLAS

* * * BORDADOS * * *

Fuencarral, 85

* Teléfono 13.443 *

MADRID